

SERIE 
Magíster
VOLUMEN 198

*Valor de uso
y contradicción
capitalista*

*una aproximación
al pensamiento
de Bolívar Echeverría*

David Chávez



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador



CORPORACIÓN
EDITORIA NACIONAL

Valor de uso y contradicción capitalista
*Una aproximación al pensamiento
de Bolívar Echeverría*

SERIE 
Magíster
VOLUMEN 198

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR
Toledo N22-80 • Apartado postal: 17-12-569 • Quito, Ecuador
Teléfonos: (593 2) 322 8085, 299 3600 • Fax: (593 2) 322 8426
www.uasb.edu.ec • uasb@uasb.edu.ec

CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL
Roca E9-59 y Tamayo • Apartado postal: 17-12-886 • Quito, Ecuador
Teléfonos: (593 2) 255 4358, 255 4558 • Fax: ext. 12
www.cenlibrosecuador.org • cen@cenlibrosecuador.org

David Chávez

Valor de uso y contradicción capitalista
Una aproximación al pensamiento
de Bolívar Echeverría



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador



CORPORACIÓN
EDITORIA NACIONAL

Quito, 2015

Valor de uso y contradicción capitalista
Una aproximación al pensamiento de Bolívar Echeverría
David Chávez

SERIE 
Magíster
VOLUMEN 198

Primera edición:
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Corporación Editora Nacional
Quito, diciembre de 2015

Coordinación editorial:
Quinche Ortiz Crespo
Armado:

Juan A. Manangón

Impresión:
Editorial América Latina
Bartolomé Alves 623 y Pedro Cepero, Quito

ISBN Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador:
978-9978-19-721-9

ISBN Corporación Editora Nacional:
978-9978-84-896-8

Derechos de autor:
Inscripción: 047534
Depósito legal: 005395

Título original: *La dimensión política del concepto de valor de uso
en el pensamiento de Bolívar Echeverría*

Tesis para la obtención del título de Magíster en Estudios Latinoamericanos,
con mención en Política y Cultura

Programa de Maestría en Estudios Latinoamericanos, 2013
Autor: *David Chávez Maldonado* (correo e.: *davichok@gmail.com*)
Tutor: *Alejandro Moreano*

Código bibliográfico del Centro de Información: T-1290

Índice

Introducción / 13

Capítulo I

La ambivalencia política del «valor de uso» en el pensamiento de Bolívar Echeverría / 25

«Valor de uso» y política en la crítica a la modernidad capitalista / 25

El doble carácter de la política en la «forma natural» de la reproducción social / 34

La contradicción entre «forma natural» y modernidad / 39

Capítulo II

El problema de la contradicción fundamental del hecho capitalista / 49

El problema de la «determinación formal» del valor de uso en Marx y la crítica de Echeverría / 49

Entre la «producción social en general» y la «forma natural» de la reproducción social / 57

¿Valor de uso-valor o capital-trabajo? / 65

Conclusiones / 79

Bibliografía / 87

A la Fer
In memoriam

Las líneas que siguen le deben mucho a Sebastián, su presencia, ternura e inteligencia han sido motivo de inspiración. También a Cecilia, compañera incondicional. Mi agradecimiento para ambos por su cariño y paciencia.

De igual forma, tengo una enorme deuda con Alejandro Moreano, quien colaboró como tutor de la investigación que dio origen a este texto. Varias de las ideas expuestas surgieron de las conversaciones y enseñanzas de Alejandro quien, además, me ha brindado su amistad por varios años. Su generosidad intelectual y su apuesta permanente por el marxismo constituyen una influencia invaluable para mí.

Agradezco también a Rafael Polo y Pablo Andrade, por sus importantes comentarios sobre esta investigación y por sus lecciones en los cursos en los que fui su estudiante, que contribuyeron significativamente a dar forma a las preocupaciones sobre las que aquí se escribe.

Finalmente, mi agradecimiento a Bolívar Echeverría, su legado teórico radical, fundado en su también irrenunciable toma de partido por la crítica de Marx han sido determinantes en mi reflexión sobre su obra. Ensayar una discusión de su pensamiento es el mejor homenaje que podemos hacer a ese legado.

[T]odos los estadios de la producción tienen caracteres comunes que el pensamiento fija como determinaciones generales, pero las llamadas condiciones generales de toda producción no son más que esos momentos abstractos que no permiten comprender ningún nivel histórico concreto de la producción.

Marx, Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse).

Introducción

Es indudable que el concepto de «valor de uso» ocupa un lugar central en la reflexión de Bolívar Echeverría.¹ Su idea de que este es el concepto crítico fundamental de Marx está presente de diverso modo en toda su obra. Pero el estatuto teórico que le confiere al valor de uso presenta una notable complejidad. Así por ejemplo, en uno de sus últimos ensayos, Echeverría establece que la particularidad de la «modernidad americana», la que corresponde a la experiencia histórica estadounidense, consiste en una débil y repetitiva resistencia de la «forma valor de uso» o «forma natural», la cual prácticamente se equipara con la «forma valor». El efecto que esto produce —piensa— es una *hybris* del valor de uso, configura un «valor de uso monstruoso», que describe una dinámica doble de «artificialización de lo natural» y «naturalización de lo artificial».² Si consideramos que la modernidad americana sería la realización histórica más «pura» de la modernidad capitalista, su planteamiento parece decirnos que la forma natural dentro del capitalismo es casi inexistente, que ella solo puede adquirir existencia fuera y en contradicción con él; pero a la vez, nos dice también que aunque monstruoso o desmesurado existe un valor de uso propio del capitalismo que podría verse realizado del modo más depurado en aquel tipo de modernidad. Estamos frente a la paradoja del valor de uso tal como Echeverría lo concibe: de una parte, el valor de uso contiene una posibilidad de emancipación y resistencia; pero, de otra, se presenta como «cosa monstruosa» que sustenta la dominación del capital.

En las interpretaciones sobre el pensamiento de Echeverría esta doble dimensión del valor de uso tiene un carácter marginal o queda del todo excluida. Es como si la centralidad que el concepto tiene se tradujera, generalmente, en una ausencia de problematización sobre su contenido específico; de manera

1. Stefan Gandler, *Marxismo crítico en México. Adolfo Sánchez Vásquez y Bolívar Echeverría*, México DF, FCE / UNAM / FFyL / UAQ, 2007, p. 269-320; Jorge Veraza, «La lectura de *El capital* de Bolívar Echeverría», en Diana Fuentes, Isaac García Venegas y Carlos Oliva Mendoza, comp., *Bolívar Echeverría. Crítica e interpretación*, México DF, UNAM / Itaca, 2012; Daniel Iclán, Mátgara Millán y Lucía Linsalata, «Apuesta por el «valor de uso»: aproximación a la arquitectónica del pensamiento de Bolívar Echeverría», en *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, No. 42, Quito, FLACSO Sede Ecuador, 2012.
2. Bolívar Echeverría, *Modernidad y blanquitud*, México DF, Era, 2010b, p. 99-100.

que, este aparece desprovisto de ambigüedades, contradicciones y tensiones en su desarrollo; su potencial crítico frente a la modernidad capitalista es presentado como unívoco (Iclán, Millán y Linsalata, 2012).³ El trabajo de Stefan Gandler es una excepción, ahí es posible encontrar algunas referencias que buscan problematizar el concepto: la probable falta de radicalidad del concepto en relación con la crítica de Marx; el posible efecto de debilitamiento de «la concepción materialista de la materia», y la equiparación entre producción y consumo (S. Gandler, 2007: 315, 320 y 333). Sin embargo, estas cuestiones quedan planteadas pero no son desarrolladas, lo cual dificulta precisar el sentido teórico específico de los límites que presenta el concepto de valor de uso.

La casi inexistente discusión al respecto contrasta marcadamente con la atención que se ha prestado a otros aspectos de su obra: la modernidad capitalista, la teoría de la cultura, la cultura política o el *ethos* barroco. Este notorio desbalance resulta más significativo aún si se tiene en cuenta que —como anota Veraza—⁴ todos estos temas solo pueden ser entendidos a cabalidad si se los observa a la luz de la particular lectura que Echeverría hace de *El capital*, de la cual surge el concepto de valor de uso. Esta ausencia constituye nuestro punto de partida.

El acercamiento al valor de uso como problema teórico se inscribe, además, en la necesidad de considerar los desplazamientos, las tensiones internas o las ambigüedades del conjunto de la obra de Echeverría porque, parafraseando una alusión suya a Marx, «hay varios sujetos homónimos llamados Bolívar Echeverría» que pueden discrepar entre sí.⁵ Usualmente, el tratamiento de los distintos momentos del pensamiento de Echeverría está ligado a una periodización biográfica o a un ejercicio descriptivo de los temas abordados;⁶ este tipo de aproximación no aborda los aspectos mencionados. En términos teóricos, Rafael Polo⁷ identifica un desplazamiento conceptual en el pensamiento de Echeverría que iría de la exégesis del discurso de Marx, como fundamento de la utopía

3. Otros ejemplos en Wladimir Sierra, «Teoría crítica ex-céntrica. Valor de uso, modernidad barroca y utopismo. Aproximaciones al pensamiento de Bolívar Echeverría», en *Procesos. Revista: ecuatoriana de historia*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador (UASB-E) / Corporación Editora Nacional, 2010; Marco Aurelio García Barrios, «Sobre el concepto de «cultura política», en Bolívar Echeverría», *Íconos, Revista de Ciencias Sociales*, No. 42, Quito, FLACSO Sede Ecuador, 2012.
4. Jorge Veraza, «La lectura de El capital de Bolívar Echeverría», en Diana Fuentes, Isaac García Venegas y Carlos Oliva Mendoza, comp., *Bolívar Echeverría. Crítica e interpretación*, México DF, UNAM / Itaca, 2012, p. 228.
5. Bolívar Echeverría, *El discurso crítico de Marx*, México DF, Era, 1986, p. 14.
6. Entre los más interesantes esfuerzos de lo que podemos definir como «biografía intelectual» de Bolívar Echeverría destaca el texto de Gandler (2007: 83-138), que es —sin duda— el esfuerzo más sistemático y metódico.
7. Rafael Polo, *La crítica y sus objetos. Historia intelectual de la crítica en Ecuador (1960-1990)*, Quito, FLACSO Sede Ecuador, 2012, p. 255.

comunista, a una «deconstrucción crítica de la modernidad». En opinión de este autor, no solo se trata de un «cambio de tema», esto se relaciona con una modificación en el objeto teórico. Sin embargo, consideramos que estos dos momentos teóricos se hallan vinculados por lo que sería el «fundamento crítico» de Echeverría: su conceptualización del valor de uso. Su indagación acerca del «discurso crítico de Marx» no es solo una lectura exegética, en ella Echeverría desarrolla este fundamento que le permitirá aproximarse a la crítica a la modernidad y los distintos temas de análisis vinculados con este segundo momento.⁸

Ahora bien, es necesario referir el planteamiento de Echeverría a la discusión sobre el valor de uso en Marx. Es bastante sabido que el concepto hace parte del análisis de la mercancía en *El capital*, el objeto mercantil es la «unidad contradictoria» de valor de uso y valor. Marx dice que «[l]a utilidad de una cosa hace de ella un valor de uso»; pero esta utilidad está determinada por la «corporalidad física» de la mercancía, sus peculiaridades materiales le otorgan el carácter de valor de uso o bien. Estas características, según Marx, hacen de los valores de uso el «contenido material de la riqueza».⁹ La otra cara de la mercancía es el valor, la dimensión abstracta del trabajo que contiene, al que Marx define como «tiempo de trabajo socialmente necesario» (48).

Esta dualidad del objeto mercantil ha servido de base a un importante debate sobre el «lugar» del valor de uso en la crítica de Marx. Aunque no podemos hacer un balance exhaustivo de las interpretaciones sobre este tema, tomaremos algunas de las más relevantes como punto de partida para situar la conceptualización de Echeverría. Seguimos para ello las síntesis de la discusión efectuadas por Rosdolsky¹⁰ y Eiss y Pedersen.¹¹

8. Se puede hablar de un «tercer momento» teórico en Echeverría, caracterizado por una reflexión más detenida en la política. Alejandro Moreano, «Bolívar Echeverría, entre Marx y el barroco», en Mabel Moraña, edit., *Para una crítica de la modernidad capitalista. Dominación y resistencia en Bolívar Echeverría*, Quito, UASB-E / Corporación Editora Nacional / DGE Equilibrista, 2014, p. 123-124. Desde nuestro punto de vista, este nuevo desplazamiento podría ser –más bien– un «retorno», puesto que esa preocupación por la política parece volver sobre la necesidad de encontrar fundamentos teóricos a un eventual «horizonte utópico». El definitivo agotamiento de la política «formal», el inédito monopolio capitalista actual y el predominio de la «renta tecnológica» son algunos de los temas que permiten delinear este momento teórico. Todos relacionados con su interpretación de la Escuela de Fráncfort y el particular acento que pone en el trabajo de Benjamin.
9. Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, t. I, vol. 1, *El proceso de producción del capital*, trad. por Pedro Scaron, México DF, Siglo XXI, 1975, p. 44 (ed. alem.: *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie*, t. I, *Der Produktionsprozess des Kapitals*, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Werke*, t. 23, Berlín, Dietz, 1962).
10. Roman Rosdolsky, *Génesis y estructura de El capital de Marx*, México DF, Siglo XXI, 7a. ed., 2004, p. 101-103.
11. Paul K. Eiss y David Pedersen, «Introduction: Values of Value», en *Cultural Anthropology*, No. 3, s. 1., American Anthropological Association, 2002.

Entre la significativa diversidad de posiciones frente a la cuestión del valor de uso existe un punto de partida común: la cuestión de si Marx excluye al valor de uso de su teorización sobre la economía política. Así, desde el campo del marxismo, Sweezy¹² al igual que Hilferding¹³ afirman que Marx descuida el valor de uso porque este concepto sencillamente no expresa una relación social de producción como sí lo hace el concepto de «valor». En un sentido contrapuesto, Marcuse¹⁴ se posiciona «en el otro extremo» –dice Rosdolsky– señalando que Marx busca criticar el modo en que el capitalismo trata al valor de uso como mero «soporte del valor de cambio», lo que convierte al valor de uso en el núcleo conceptual de Marx.

De entre los críticos de Marx conviene mencionar dos enfoques diferentes. De un lado está Baudrillard,¹⁵ quien dirá que el valor de uso es una relación social y tiene un denso contenido ideológico, aspecto que Marx descarta equivocadamente al reducirlo a mera utilidad o funcionalidad. Afirma Baudrillard que la funcionalidad implica en sí misma una relación de equivalencia, semejante a la del valor de cambio, la cual se hallaría en el contenido ideológico que comporta ese criterio de funcionalidad. De otro lado, la crítica poscolonial coincide en que Marx no se preocupa por el valor de uso porque su discurso está enmarcado en el sentido abstracto de universalidad del «eurocentrismo». Para Chakrabarty¹⁶ Marx privilegia la dimensión abstracta del valor para la crítica del capital y no logra ver la «diferencia histórica» –la multiplicidad de formas de relación no-capitalistas– con la que se encuentra el capital y que no logra suprimir; a su modo de ver, el valor de uso estaría relacionado con la diversidad histórica; en la misma línea, Spivak¹⁷ considera que la narrativa «continuista» de la teoría del valor de Marx suprime al valor de uso como espacio de la diferencia, desde

12. Paul Sweezy, *The Theory of Capitalist Development. Principles of Marxian Political Economy*, Londres, Dobson Books, 1946, p. 26-27 (ed. esp., *Teoría del desarrollo capitalista*, México DF, FCE, 1945, p. 35-36). Hay que señalar que Sweezy reconoce como esencial el papel que Marx atribuye al valor de uso en la producción, aunque no puede ser una «categoría económica en sí misma».
13. Rudolf Hilferding, «Böhm-Bawerk's Criticism of Marx», en Paul Sweezy, edit., *Karl Marx and the Close of His System by Eugene von Böhm-Bawerk & Böhm-Bawerk's Criticism of Marx by Rudolf Hilferding*, Nueva York, Augustus M. Kelley, 1949, p. 125-135.
14. Herbert Marcuse, *Reason and Revolution. Hegel and the Rise of Social Theory*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1955, 2a. ed., p. 298-305.
15. Jean Baudrillard, *Crítica de la economía política del signo*, México DF, Siglo XXI, 1989, p. 148-193.
16. Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 2008, p. 51-71.
17. Gayatri Spivak, «Scattered Speculations on the Question of Value», en Gayatri Spivak, *In Other Worlds. Essays in Cultural Politics*, Nueva York, Methuen Press, 1987.

su punto de vista es el valor de uso el que puede poner en cuestión la «cadena textual del valor» (Spivak, 1987: 162).

Una interpretación distinta a las anteriores es la que plantea Rosdolsky (2004), quien puntualiza la importancia que el valor de uso tiene en distintos momentos del desarrollo del argumento de *El capital*, más precisamente cuando modifica o es modificado por la «determinación formal económica», es decir, por el valor entendido como relación social.¹⁸ Retomando el argumento de este autor, David Harvey,¹⁹ por su parte, especifica que el valor de uso es un «concepto relacional» lo cual no le confiere un lugar fijo en la estructura teórica de *El capital*, ya que su sentido solo puede comprenderse en la medida en que se halla puesto en relación con los otros dos conceptos básicos del texto de Marx: valor y valor de cambio. Esto explicaría –de acuerdo a Harvey– las distintas posiciones del concepto en los diferentes ejemplos señalados por Rosdolsky.

Al revisar la teoría del valor de uso de Echeverría lo primero que llama la atención es que prácticamente no toma en cuenta esta discusión que se desarrolla previa y paralelamente al desarrollo de su teoría crítica. De modo explícito solo se refiere a la crítica de Baudrillard (1989) en la que encuentra una reducción «utilitarista» del concepto de valor de uso de Marx (Echeverría, 1984: 34-35; 1998a: 153-154).²⁰ En cuanto al debate que se da en el campo de los «marxismos»,²¹ es indudable que esta omisión se debe a su posicionamiento teórico-político que cuestiona tanto al «marxismo dogmático» como a la interpretación althusseriana, versiones que –en su opinión– liquidan la radicalidad crítica del discurso de Marx (Echeverría, 1986: 12-15). Como es bien sabido, en contraposición a esos «mar-

18. Esto se evidenciaría en algunos ejemplos concretos como: a) libro I: el dinero y los metales preciosos, en la cuestión de la mercancía fuerza de trabajo y el proceso de acumulación; b) libro II: en la circulación del capital fijo y el circulante, en la necesidad de transformación material del capital social global, y libro III: en la renta del suelo y en la ganancia (Rosdolsky, 2004: 111-119).

19. David Harvey, *The Limits to Capital*, Londres, Verso, 2006, p. 5-9.

20. Además de este señalamiento sobre Baudrillard, también hace referencia –de modo más general– a lo que considera una valoración equivocada de Foucault acerca del discurso de Marx al considerarlo como parte de una «episteme» obsoleta. Michel Foucault, *Les mots et les choses*, París, Gallimard, p. 272-275 (ed. esp.: *Las palabras y las cosas*, México DF, Siglo XXI, 2007, p. 255-257). Echeverría atribuye este error básicamente al desconocimiento que este autor tiene de la obra de Marx, ver Bolívar Echeverría, «La «forma natural» de la reproducción social», en *Cuadernos Políticos*, No. 41, México DF, Era, 1984, p. 35; *Valor de uso y utopía*, México DF, Siglo XXI, 1998a, p. 153; *El discurso crítico...*, p. 14.

21. Hay que tener en cuenta que Echeverría conoce el trabajo de Rosdolsky, a quien menciona en su trabajo sobre los esquemas del libro II de *El capital*, pero no lo hace en relación con la cuestión del valor de uso. Bolívar Echeverría, *Circulación capitalista y reproducción de la riqueza social. Apunte crítico sobre los esquemas de Karl Marx*, México DF-Quito, UNAM / Nariz del Diablo, 1994, p. 14.

xismos», Echeverría toma partido por la tradición marginal de las heterodoxias marxistas.²²

En cualquier caso, relacionada con el campo de discusión que hemos referido, la perspectiva de Echeverría se diferencia radicalmente, su preocupación se contrapone completamente a la idea de que el valor de uso es omitido o subordinado en la crítica de Marx, para Echeverría es el concepto central de la crítica de la economía política. Sin duda, esta es la mayor novedad de su interpretación. Al constituir la dimensión material concreta de la vida social, el valor de uso es el espacio de la multiplicidad cualitativa de las diferencias históricas que no pueden ser anuladas por el capital.

Veamos entonces en qué consiste la especificidad de la interpretación de Echeverría sobre el valor de uso. El concepto es significativamente complejo puesto que contiene distintas dimensiones teóricas. Un primer elemento necesario para la problematización del concepto supone un esfuerzo de síntesis que exponga la articulación interna de aquellas dimensiones. En su formulación más general, el valor de uso tiene que ver con la forma social elemental que se encuentra en la base de cualquier sociedad, esta tiene que ver con la «reproducción material» de la vida social. En suma, se trata de una «estructura» social básica que está presente –de modos distintos– en todas las sociedades. De modo que, así formulado, el concepto da cuenta del fundamento ontológico de lo humano. Es importante tener en cuenta que la «forma natural» constituye para Echeverría la «sustancia» a la que las distintas sociedades le confieren una forma histórica específica (Echeverría, 1984; 1998a; 2010b). Para referirse a esta formulación general, Echeverría utiliza como equivalentes los conceptos de valor de uso y «forma natural» de la reproducción social. Al aproximarse al contenido específico de esa «estructura general» es posible hacer una distinción más precisa de dos elementos que la componen: el *proceso* social que la define y el *objeto* que le sirve de base. Con esta consideración, es más exacto señalar que el valor de uso corresponde al plano del «objeto», mientras que la «forma natural» se vincula con el del «proceso».

De modo que, la «forma natural» tiene que ver con el proceso general de la vida humana que vincula la esfera de la producción («sistema de capacidades») con la esfera del consumo («sistema de necesidades»). Para que esto ocurra se requiere de la mediación de un factor concreto, de un objeto, al que Echeverría denomina «objeto práctico». Su condición de nexo entre los campos de la producción y el consumo determina que ese objeto tenga una «dualidad interna»: es *producto* en cuanto es el resultado de la producción y es *bien* o *valor de uso*

22. En este caso llama aún más la atención que no haga ninguna alusión al que parece ser su antecedente teórico más directo: Herbert Marcuse, con quien parece compartir no solo el intento por vincular a Marx con Heidegger (Gandler, 2007: 92), sino también la idea de que Marx buscaba algo así como la «emancipación» del valor de uso (Roldosky, 2004: 103).

en la medida en que satisface necesidades. Por esta razón Echeverría afirma que la «forma natural» de la reproducción social tiene como soporte al valor de uso que hace posible la «praxis productivo-consuntiva» (Echeverría, 2010a: 159).

Es posible decir que en el pensamiento de Echeverría el concepto de valor de uso o «forma natural» es problematizado de dos modos diferentes, aunque evidentemente entrelazados. El primero, «directo» si se quiere, consiste en la fundamentación teórica del concepto; es decir, el intento por comprender en qué consiste ese esquema abstracto y transhistórico de la reproducción social.²³ El segundo, «indirecto» se puede decir, hace del valor de uso el soporte teórico de la crítica a la modernidad capitalista.²⁴

Pues bien, el examen del concepto en estos dos modos de problematización deja ver cierta «tensión interna» en cada uno de ellos. En cuanto a la teorización de la «forma natural» de la reproducción social, se debe tener en cuenta que en ella se distinguen dos temporalidades distintas: «lo político» y «la política» (Echeverría, 1998a: 79-82; 2010a: 149-172). Ambos constituyen dos momentos diferentes: el primero transforma la forma social, el segundo la conserva. Entonces, la dimensión política del valor de uso contiene simultáneamente a «la política» y a «lo político», a la rutinización de la reproducción del orden social y a su puesta en crisis; esferas ambas que entran en contradicción.

Por otra parte, en su crítica a la modernidad capitalista Echeverría sostiene que lo esencial de esta forma de modernidad es la imposición de la «lógica del valor» por sobre la «lógica del valor de uso». El primero reprime al segundo, lo subordina como un medio de la autovalorización del valor. Sin embargo, en la modernidad capitalista el valor de uso adquiere dos formas históricas contrapuestas: una «arcaica» o «tradicional» identificable en las sociedades precapitalistas y otra «moderna» que se despliega al interior de la experiencia histórica de la modernidad capitalista. Ambas se oponen a la «enajenación política» que impone la autovalorización del valor, pero difieren notablemente, pudiendo llegar a ser antagónicas entre sí (Echeverría, 1995: 83-96). Además, el valor de uso «moderno» adquiere un sentido paradójico: al tiempo que la autovalorización del valor subsume al valor de uso —que traiciona su sentido «natural»— requiere de la inédita y explosiva proliferación del mundo del valor de uso (Echeverría, 1995: 138-144; 2010a: 221-223).

23. Bolívar Echeverría, «La «forma natural» de la reproducción social», en *Cuadernos Políticos*, No. 41, México DF, Era, 1984; *El discurso crítico...: Valor de uso y utopía*, México DF, Siglo XXI, 1998a; *Definición de la cultura*, México DF, FCE / Itaca, 2a. ed., 2010a.

24. Bolívar Echeverría, *Las ilusiones de la modernidad*, México DF, UNAM / El Equilibrista, 1995; *La modernidad de lo barroco*, México DF, Era, 1998c; *Vuelta de siglo*, México DF, Era, 2006a; *Modernidad y blanquitud*, México DF, Era, 2010b.

En suma, es posible observar cierta ambivalencia del valor de uso tanto en la «forma natural», entendida como fundamento de la vida social en general, como en la forma histórica concreta que es la modernidad capitalista. Las relaciones entre esos dos estratos constituyen el ámbito específico de nuestra problematización. Ambos se relacionan en lo que viene a ser el núcleo teórico sobre el que se estructura la crítica de Echeverría: la «contradicción fundamental» del capitalismo. Su interpretación de Marx señala que esta contradicción es la que se da entre el valor de uso y valor,²⁵ la cual define el antagonismo entre una forma cualitativa y concreta de la riqueza (valor de uso) que es sacrificada por otra forma cuantitativa y abstracta (valor). Para Echeverría el capitalismo privilegia la producción de valor y no la de valores de uso (Echeverría, 1995: 158; 1998a: 154; 2010a: 223).

Echeverría recoge la centralidad política que la idea de contradicción contiene para Marx. Por esta razón su preocupación no busca hacer una reflexión sobre los «conflictos» o los «disensos», procura determinar cuál es la contradicción «irresoluble» del capitalismo, la que lo fundamenta y –a la vez– determina las posibilidades de su superación como totalidad. Sin embargo, la tesis de Echeverría sobre esta contradicción toma distancia de las interpretaciones usuales – hasta canónicas en ciertos casos– de lo que sería para Marx esa contradicción, es decir, las que observan que esta alude a las oposiciones capital-trabajo o relaciones de producción-fuerzas productivas. Para Echeverría ubicar la contradicción capitalista en el par relaciones productivas-fuerzas de producción es inscribirse en la «teoría del progreso» e impide alcanzar el fundamento crítico esencial del discurso de Marx.²⁶

Podemos mencionar tres intentos por discutir la tesis de la «contradicción fundamental» propuesta por Echeverría. El primero es el de Stefan Gandler (2007), al que nos hemos referido anteriormente, en lo sustancial este autor busca discutir ciertos límites que podría tener el concepto, pero –además– plantea una interrogante que es sustancial para nuestra investigación: ¿en qué medida

25. Aunque a primera vista Echeverría utiliza indistintamente la oposición valor de uso-valor, la forma teórica específica de esta contradicción en su propuesta teórica es: valor de uso-autovalorización del valor. La distinción es necesaria porque la primera correspondería con exactitud a la circulación mercantil simple, en tanto que, la segunda es la forma específicamente capitalista del valor, es decir, la del valor que se incrementa a sí mismo. A lo largo de nuestra investigación –siempre que no indiquemos lo contrario– nos referimos a la forma capitalista de esta contradicción cuando hablamos de valor de uso-valor.

26. Esta afirmación se encuentra en el texto de un comentario crítico que hace Echeverría en torno al texto de György Márkus «La posibilidad de una teoría crítica», en *Desacatos*, No. 23, México DF, CIESAS, 2003, p. 179-200 (este texto es un fragmento del libro *Language and Production. A Critique of The Paradigms*, Dordrecht, Reidel, 1986). Sobre el comentario y la respuesta ver Bolívar Echeverría, «Crítica a «La posibilidad de una teoría crítica» de György Márkus», en *Mundo Siglo XXI*, No. 20, México DF, CIESAS, 2010; y, en la misma revista György Márkus, «El legado de Marx –una respuesta–», en *Mundo Siglo XXI*.

el concepto de «valor de uso» halla sustento en la crítica de Marx? (S. Gandler, 2007: 317). El segundo es el de György Márkus, para quien lo central en Marx es el «paradigma de la producción» que se expresa en la antítesis fuerzas productivas y relaciones de producción; es aquí donde se expresaría la capacidad creativa del sujeto social, y frente a esto afirma que el valor de uso es un concepto bastante indefinido y ambiguo en Marx. Sin embargo, coinciden al final de cuentas, la «producción» de Márkus es muy semejante al «valor de uso» de Echeverría. El segundo es planteado por Alejandro Moreano, quien afirma que la contradicción valor de uso-valor puede llevar a una exaltación del trabajo y la riqueza concreta, lo que se aleja de la crítica de Marx; para Moreano, la contradicción no está en las formulaciones «clásicas» tampoco, esta tiene como sustrato básico un complejo proceso de transfiguración que va del deseo al trabajo y al capital.²⁷ Sin embargo, estos señalamientos que buscan abrir un debate sobre el valor de uso no son desarrollados por los autores mencionados. De todos modos, para nuestra investigación constituyen un incontestable punto de partida.

En relación con el problema de la «contradicción fundamental», aunque está fuera de la discusión con Echeverría, conviene mencionar la tesis de Gary Young²⁸ para quien la contradicción fundamental ocurre al interior de las relaciones sociales de producción, se enfrentan las que son propias del funcionamiento del capital y otras distintas que corresponden al trabajo. Desde su punto de vista tanto el desarrollo como el estancamiento de las fuerzas productivas dependen de aquella contradicción. Al no ser parte del objeto de su análisis, lo que no es posible establecer en su trabajo es la relación que podría tener la interpretación que ensaya sobre la contradicción fundamental con los conceptos de valor de uso y valor.

En consecuencia, una aproximación al carácter ambivalente del valor de uso en Echeverría exige considerarlo en el marco de la determinación teórica básica que lo define, es decir su contradicción con la autovalorización del valor. En este sentido es necesario tener como marco de referencia de la discusión el sentido de esa contradicción contrastándolo con el fundamento teórico del que proviene: el «discurso crítico de Marx».

Por lo tanto, la investigación que aquí se propone busca responder a la siguiente pregunta central: ¿cuál es el fundamento teórico que explica el carácter ambivalente de la dimensión política del concepto de valor de uso en el pensamiento de Bolívar Echeverría? La hipótesis que ensayamos señala que la explicación de la ambivalencia política del concepto de valor de uso radica en la

27. Alejandro Moreano, «Marx, América Latina y la mundialización», cap. III, Quito, mimeografiado, s. f.

28. Gary Young, «The Fundamental Contradiction of Capitalist Production», en *Philosophy & Public Affairs*, No. 2, Nueva Jersey, Princenton University, 1976.

reformulación que Echeverría hace respecto a la contradicción fundamental del capitalismo, es decir, el desplazamiento desde la contradicción entre el capital y el trabajo hacia la contradicción entre valorización del valor y valor de uso. Con estas consideraciones, los objetivos de la investigación son los siguientes:

1. Analizar el problema de la ambigüedad política del concepto de valor de uso en la crítica a la modernidad capitalista como «forma histórica» y en la formulación abstracta y transhistórica de la «forma natural» de la reproducción social.
2. Examinar el contenido ambivalente del concepto de valor de uso en relación con la formulación que tiene el concepto en la crítica de Marx que constituye su fundamento.
3. Discutir la contradicción fundamental del capitalismo propuesta por Echeverría en contraste con el planteamiento de Marx.

Este intento de problematización del concepto de «valor de uso» guarda relación con un par de preocupaciones más amplias. En primer lugar, la ausencia de discusión sobre el concepto de valor de uso desarrollado por Echeverría puede conducir a simplificaciones teóricas que clausuran las posibilidades de seguir un camino de reflexión que, lejos de estar resuelto en su pensamiento, deja abierto un campo de investigación complejo y de gran riqueza. Y, en segundo lugar, en el ámbito de la reflexión política, la discusión de este concepto puede contribuir a develar los alcances y los límites de la tesis de una modernidad alternativa no capitalista que busque algo así como la «recuperación del valor de uso», evitando así que esta reflexión termine entrampada en posiciones que supriman el fundamento mismo de la modernidad en función de la «vida simple» de las sociedades tradicionales,²⁹ posiciones que dejan de lado la preocupación

29. Un par de ejemplos en los que se observa tanto el riesgo de la simplificación teórica como una cierta interpretación «antimoderna» del concepto de «valor de uso» en Echeverría, se hallan en Julio Peña, «Dinámicas del capitalismo: escisión metabólica y sacrificio del valor de uso», en *Letras Verdes*, No. 9, Quito, FLACSO Sede Ecuador, 2011, en <http://revistas.flacsoandes.edu.ec/letrasverdes/article/view/902/863>. Fecha de consulta: 6 de febrero de 2012, y Jaime Breilh, «La subversión del buen vivir. Rebelión esclarecida para el siglo XXI: una perspectiva crítica de la obra de Bolívar Echeverría», en *Salud Colectiva*, septiembre-diciembre, Buenos Aires, Universidad Nacional de Lanús, 2011. El primero encuentra en este concepto el fundamento de una crítica ecologista al «extractivismo moderno» y el segundo le atribuye la condición de sustento del «buen vivir». En ambos es evidente una equiparación entre modernidad y capitalismo, lo cual dista significativamente de la propuesta de Bolívar Echeverría. Otro ejemplo se halla en Fernando Tinajero, «Bolívar Echeverría: un marxismo crítico», en *Bolívar Echeverría, Ensayos políticos*, Quito, Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados, 2011d, p. 25, quien identifica el «valor de uso» como la satisfacción de «necesidades naturales» o «necesidades propiamente humanas»; consideración problemática si se tienen en cuenta que para Echeverría hay una determinación histórica y «cultural» en la relación con lo que define como «objeto práctico», lo cual relativiza una posible naturalidad de las necesidades.

política fundamental de Echeverría que busca devolver radicalidad al discurso comunista de la revolución.

En términos metodológicos nuestra investigación se limita a trabajar con textos de Echeverría y Marx. El hilo conductor de la discusión se articula en torno a las distintas formas en que se expresa el «sentido de contradicción» en el pensamiento de Echeverría y en la comparación con la crítica de Marx en relación con el valor de uso. Dado que nuestro objeto de investigación es el valor de uso y que este se mantiene –sin modificaciones teóricas importantes– como el fundamento de toda la crítica de Echeverría, no prestamos mayor atención a un intento por «periodizar» su pensamiento.

De acuerdo a nuestros objetivos, las fuentes utilizadas para el análisis de la crítica a la modernidad capitalista son: *Las ilusiones de la modernidad* (1995), *Valor de uso y utopía* (1998a), *La modernidad de lo barroco* (1998c), *Vuelta de siglo* (2006a) y *Modernidad y blanquitud* (2010b). En relación con la «forma natural» de la reproducción social se revisaron: «La «forma natural» de la reproducción social» (1984), «El «valor de uso»: ontología y semiótica» (1998a) y *Definición de la cultura* (2010a). En cuanto a la discusión con Marx, se tomaron en cuenta los siguientes trabajos de Echeverría: *El discurso crítico de Marx* (1986), *Circulación capitalista y reproducción de la riqueza social* (1994), *La contradicción de valor de uso y valor en El capital* (1998b) y *El materialismo de Marx. Discurso crítico y revolución* (2011a); en tanto que de la obra de Marx trabajamos con *El capital*,³⁰ señalada como su fuente principal por Echeverría; la *Einleitung*³¹ y los *Grundrisse*,³² dada la importancia de estos en la formulación sobre la forma de «producción en general», y la *Contribución a la crítica de la economía política*.³³

En el capítulo I se analiza la relación entre los conceptos de valor de uso y política en el pensamiento de Bolívar Echeverría; siguiendo el orden que hemos anotado, se intenta una aproximación a esta relación tanto en el ámbito específico de la reflexión sobre la modernidad capitalista como en el de la formulación

30. Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, t. I-III, vol. 1-8, trad. por Pedro Scaron y León Mames, México DF, Siglo XXI, 1975-1977 (ed. alem., *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie*, t. I-III, en K. Marx y F. Engels, *op. cit.*, t. 23-25, Berlín, Dietz, 1962-1964).
31. Karl Marx, *Introducción general a la crítica de la economía política / 1857*, trad. por José Aricó y Jorge Tula, México DF, Siglo XXI, 28a. ed., 2006 (ed. alem., *Einleitung [zu den «Grundrissen der Kritik der politischen Ökonomie»]*, en K. Marx y F. Engels, *op. cit.*, t. 42, Berlín, Dietz, 1983c).
32. Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, vol. 1-3, trad. por Pedro Scaron, México DF, Siglo XXI, 2a. ed., 1982, 1983a, 1983b (ed. alem., *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*, en K. Marx y F. Engels, *op. cit.*, t. 42, Berlín, Dietz, 1983d).
33. Karl Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, trad. por Jorge Tula, León Mames, Pedro Scaron, Manuel Murmis y José Aricó, México DF, Siglo XXI, 9a. ed., 2008 (ed. alem., *Zur Kritik der Politischen Ökonomie*, en K. Marx y F. Engels, *op. cit.*, t. 13, Berlín, Dietz, 1961).

general de la «forma natural». En el capítulo II, ensayamos un contraste de las tesis de Echeverría sobre la dimensión política del valor de uso con las consideraciones específicas que se pueden hallar en la obra de Marx, en particular, enfocamos la discusión en torno a la contradicción fundamental del capitalismo. Finalmente, en el capítulo de conclusiones exponemos los resultados que se derivan de la vinculación entre ambos capítulos.

CAPÍTULO I

La ambivalencia política del «valor de uso» en el pensamiento de Bolívar Echeverría

La problematización del concepto de valor de uso propuesto por Bolívar Echeverría exige distinguir los dos niveles teóricos que lo componen: el de su existencia en la forma histórica concreta de la modernidad capitalista, y el de su abstracción en el esquema general de la «forma natural». Los elementos que delinean lo que denominamos como la ambivalencia política del valor de uso son verificables en ambos niveles, aunque no son necesariamente los mismos, se hallan vinculados por la relación teórica específica existente entre ambos dado que –para Echeverría– la forma natural no tiene consistencia histórica en sí misma, ella solo puede existir en las distintas modalidades que asume su actualización en las diversas formas sociales concretas. El conjunto de esas relaciones entre ambos niveles define el «cuadro completo» del complejo entramado que configura la indagación por el contenido político del valor de uso.

Este capítulo trata de conseguir una primera aproximación a ese conjunto complejo. Para conseguirlo indagamos en la relación entre valor de uso y política, en los dos niveles anotados: modernidad capitalista y «forma natural». Esto nos permite establecer inicialmente la especificidad de la ambigüedad que presenta el valor de uso en uno y otro plano teórico por separado. Sobre la base de este examen intentamos finalmente ponerlos en relación con el propósito de comprender los aspectos que quedan fuera del ámbito específico de aquellos niveles de análisis, para ello ponemos particular énfasis en lo que denominamos «la historia de la forma natural», es decir la sucesión y coexistencia de los distintos proyectos históricos que modelan de múltiples modos concretos a la forma natural.

«VALOR DE USO» Y POLÍTICA EN LA CRÍTICA A LA MODERNIDAD CAPITALISTA

Modernidad y capitalismo –nos dice Echeverría– no son equiparables,³⁴ la modernidad es una totalización histórica y el capitalismo es una parte de ella,

34. Diana Fuentes, «Modernidad y capitalismo en Bolívar Echeverría», en *OSAL*, No. 31, Buenos Aires, CLACSO, 2012, p. 231.

pero esta termina por imprimirle su sentido a la primera (B. Echeverría, 1995: 156-161). Pero no solo eso, la modernidad capitalista contiene una *contradictio in adjecto* puesto que modernidad y capitalismo terminan siendo antagónicos. Para entender el carácter de esta contradicción se debe tener como punto de partida que la modernidad existe de dos maneras: una «esencial» y otra «real». Entendida como «esencia» constituye una «*forma ideal de totalización* de la vida social» (140) cuyo «fundamento» se encuentra en la «revolución neotécnica», una profunda transformación tecnológica que se origina alrededor del siglo XI en Europa (B. Echeverría, 1995: 141; 1998c: 144-145; 2010a: 215-216; 2010b: 22). Mientras que su existencia real está dada por el conjunto de los distintos proyectos o intentos por darle una forma histórica concreta a la nueva situación civilizatoria que esa revolución establece (B. Echeverría, 1995: 141, 161 y 163).

Según Echeverría, la revolución neotécnica abre una posibilidad histórica inédita y extraordinaria, la posibilidad de una vida social basada en la abundancia o la definitiva superación de la «historia de la escasez» (B. Echeverría, 2010a: 121)³⁵ que habría caracterizado a las sociedades neolíticas, de modo que hace posible la instauración de una forma nueva de relación entre «lo social» y «lo natural» ya no mediada por la hostilidad.

De otro lado, está el comportamiento capitalista que –afirma Echeverría– es muy antiguo en el mundo europeo (B. Echeverría, 2009: 24-25; 2010b: 28). El desarrollo de la forma mercantil y su expansión producen una actualización unilateral de las nuevas posibilidades técnicas: la de su dimensión cuantitativa relacionada con la ganancia capitalista. Esto hace que, al tiempo que se expande la neotécnica, esta quede limitada a la lógica de la acumulación capitalista, de la valorización del valor. No obstante, esto mismo permite que esta versión de la modernidad se convierta en dominante (B. Echeverría 1995; 2010a; 2010b). Este proceso determina la ambivalencia de la modernidad capitalista. Por un lado, se sustenta en la posibilidad técnica de la abundancia material, y, por otro, como realización histórica concreta, supone la clausura o traición de esa posibilidad. La modernidad plantea el reto de la superación de la escasez, pero su realización práctica ocurre por el «lado malo» de la historia que corresponde al encuentro de la revolución neotécnica con el capitalismo. La modernidad capitalista debe prolongar la «historia de la escasez», la reproduce esta vez como «escasez artificial». El capitalismo es, entonces, una experiencia inédita en la que predomina la lógica cuantitativa y abstracta del valor, a causa de lo cual se halla imposibilitada de corresponderse

35. Echeverría toma la categoría de Jean-Paul Sartre, *Critique de la raison dialectique*, t. I, *Théorie des ensembles pratiques*, París, Gallimard, 1960, p. 200-305 (ed. esp.: *Crítica de la razón dialéctica*, t. I, *Teoría de los conjuntos prácticos*, Buenos Aires, Losada, p. 280-315). Como es bien sabido, esa idea sartreana alude –a su vez– a la definición que hace Marx de la historia de las sociedades de clase como la «prehistoria de la sociedad humana» (K. Marx, 2008: 6).

con la esencia de la modernidad y su fundamento neotécnico que apuntan, más bien, a una profunda transformación en el ámbito cualitativo del valor de uso. Es por ello que Echeverría encuentra en la crítica de Marx, en particular en su concepto de valor de uso, en cuanto dimensión cualitativa de la vida social, la posibilidad de dar cuenta de este proceso contradictorio (B. Echeverría, 1984: 35; 1998a: 153).

La presencia histórica del capitalismo configura una forma específica de modernidad dominante, pero también define las posibilidades de las otras versiones históricas que coexisten con ella, los otros intentos por dar cuenta de la revolución neotécnica y sus consecuencias civilizatorias.³⁶ La heterogeneidad histórica de la modernidad alude a dos niveles distintos de acuerdo a Echeverría: diversas modalidades de modernidad y distintas formas de modernidad capitalista.³⁷ En el primer caso se trata de distintos proyectos de modernidad en general, el capitalista es uno de ellos y junto a él existen otros no-capitalistas. En el segundo, estamos frente a la diversidad «interna» de la modernidad capitalista (B. Echeverría, 1995: 163).

Esta ambivalencia de la modernidad capitalista –siguiendo a Echeverría– es también política. La política moderna trae consigo nuevas posibilidades de organización de la vida social. Esto es resultado de la secularización o el «desencantamiento» que produce la «segunda muerte de Dios», es decir, la

36. Como señala el propio Echeverría (1995: 137), su interpretación de la modernidad no corresponde a la idea de un proyecto «inacabado» como lo propone Habermas; tiene que ver, más bien, con distintos proyectos cuya existencia histórica es efectiva. No habría que completar ningún proyecto, ellos están «completados» en su diversidad histórica. Ver Jürgen Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1989, p. 9-10.
37. Esta distinción suele pasar inadvertida. Conviene precisar que, siguiendo a Echeverría, no es que las modernidades no-capitalistas no hayan tenido existencia histórica, también formarían parte de la «modernidad realmente existente». Por lo demás, lamentablemente su investigación sobre la heterogeneidad de la modernidad capitalista deja de lado a los «distintos modelos de modernidad» que rivalizaron con ella antes de su imposición histórica, asunto que es apenas mencionado (B. Echeverría, 1995: 161). ¿Cuáles son esos modelos?, ¿corresponden a las sociedades mercantiles anteriores a la transformación del capitalismo en modo de producción dominante?, ¿están más atrás, en la Antigüedad clásica, por ejemplo?, o ¿hay indicios de modernidades no europeas? Estas preguntas no alcanzan a ser resueltas por el análisis circunscrito a la modernidad capitalista. Sin embargo, en sus últimos trabajos sobre la Escuela de Fráncfort, en particular sobre la *Dialéctica de la Ilustración*, Echeverría hace una muy interesante reflexión sobre la presencia de una especie de «sentido de lo moderno» desde la Antigüedad clásica. Cf. Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*, en Theodor W. Adorno, *Obras completas*, vol. 3, Madrid, Akal, 2007 (ed. alem., *Dialektik der Aufklärung. Philosophische Fragmente*, Fráncfort, S. Fischer, 16a. ed., 2006). Inclusive sugiere que ese sentido –consignado en la noción de Ilustración de Horkheimer y Adorno– podría entenderse como un «hecho ontológico fundamental» (B. Echeverría, 2010b: 46-48). Ver también Bolívar Echeverría, «Una introducción a la Escuela de Fráncfort», en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, No. 15, México DF, Jitanjáfora Morelia, 2011b, p. 45-48.

desmitificación de las relaciones sociales (B. Echeverría, 2010b: 14). Lo cual abre las posibilidades de libertad e igualdad, así como, de una nueva forma política ya no gobernada por lo estamental y los esquemas tradicionales de relación social. Se trata de la sustitución de la religión como forma histórica de socialidad (B. Echeverría, 2006a: 41). Sin embargo, la política de la modernidad capitalista contradice esta opción histórica puesto que reinstaura condiciones de desigualdad que obstaculizan el cumplimiento de las posibilidades políticas abiertas. La causa por la cual la politicidad moderna termina siendo desvirtuada para Echeverría no se halla necesariamente en una «forma de gobierno» específica, es decir en un modo de organizar las instituciones de la política en sentido estricto; lo inédito de la política moderno-capitalista radica en que su «legitimidad» no es extra-económica, sino que se realiza en la forma concreta de la reproducción material por efecto de la imposición de la valorización del valor (B. Echeverría, 2006a: 46-48; 1995: 178-179). Dicho de otro modo, para Echeverría la política en la modernidad capitalista existe en las formas institucionalizadas, pero existe fundamentalmente más allá de estas formas (B. Echeverría, 1986: 213-216).

Según Echeverría el fenómeno de la «enajenación» (K. Marx, 2001: 104-120; 1975: 87-102)³⁸ es resultado de este camino antagónico que sigue la modernidad capitalista. El sujeto social pierde y sacrifica su capacidad política en el ámbito de la reproducción material y esto da lugar a la «cosificación» de la política o la «politicidad cósmica». El capitalismo suprime la soberanía del sujeto político, es decir, la capacidad de la sociedad para decidir «conscientemente» sobre la forma específica de organizar la vida social; el lugar de este sujeto político autónomo es ocupado por el capital (B. Echeverría, 1986: 190-192; 1995: 52 y 104; 2006a: 145-146).

Este enfoque de la política moderna permite establecer el significado político del valor de uso en la crítica de la modernidad capitalista que hace Echeverría. En esta forma de modernidad se establece una relación contradictoria entre la tendencia a la enajenación y los restos marginales de autonomía política que contradicen esa tendencia. Dado que la enajenación es el resultado de la imposición de la lógica del valor, la otra esfera de la política, la que contradice a la enajenación, es la del valor de uso; para Echeverría la posibilidad de un «sujeto político autónomo» no enajenado o la recuperación de la «capacidad política <natural> del sujeto social» se hallan en la esfera del valor de uso en cuanto antagoniza con la imposición del «dictadura del capital» (B. Echeverría, 1995: 175; 2006a: 78-79). En cierto modo, en la dimensión del valor de uso pervive el fundamento de

38. Ver además Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase*, trad. del francés, por Federico Dique, La Habana, Ciencias Sociales, 1970, p. 110-230 (ed. alem., Georg Lukács, «Geschichte und Klassenbewußtsein», en *Werke*, t. II, Darmstadt, Luchterhand, 2a. ed., 1977, p. 257-397).

aquel sujeto social «soberano» que ha sido sacrificado por el valor entendido como «sujeto automático» (B. Echeverría, 1986: 186-205; 1995: 172-176; 1998a). Pero, debido a que la enajenación política se explica por la contradicción entre autovalorización del valor y valor de uso, esta forma de la política supone la subordinación violenta de este último. La violencia moderna se debe a la necesidad permanente de reprimir a la «forma natural» o valor de uso; por tanto, la violencia política proviene de la forma misma que adquiere la reproducción de la vida material. La violencia política en el sentido convencional no es más que la versión extrema de esa «violencia estructural» que se halla en el fundamento de la modernidad capitalista (B. Echeverría, 1995: 176-182; 1998a: 94-118; 2006a: 59-80).³⁹

Entonces, la «teoría política de la enajenación» en Echeverría se explica por la violenta expropiación de la autonomía del sujeto social por parte del capital. Esta violencia sustantiva de la modernidad capitalista no la hace saltar en pedazos, no la torna inviable como forma de organización de la vida social, porque en la base de su forma histórica esa violencia se presenta neutralizada por la enajenación, porque esa violencia es «mixtificada» –a diferencia de las sociedades antiguas en que es «administrada»– creando un orden aparente de «armonía» y «paz social». Así es posible lograr la aceptación «de grado, y no por fuerza» de parte de los explotados.⁴⁰ (B. Echeverría, 1995: 177-178) Además, esto produce otro fenómeno determinante de la experiencia enajenada moderno-capitalista: la interiorización subjetiva de la violencia, esta se vuelve «violencia contra sí-mismo» (B. Echeverría, 1998a: 113-114).

La complejidad de la política en la modernidad capitalista para Echeverría radica en que la autovalorización del valor no puede existir en forma «pura», el valor (abstracto) requiere del valor de uso (concreto) para realizarse. Esta especie de «transustanciación» del valor es indispensable para su gobierno sobre la vida social moderna. Es por esto que Echeverría define a la lógica del valor como «parasitaria», siendo una derivación de la «forma natural» o

39. En este sentido, para Echeverría la violencia política fascista no puede ser vista como una anomalía excepcional de la historia moderna; siguiendo la línea de reflexión de la Escuela de Fráncfort, sostiene que aquella forma política es una versión extrema de la violencia política intrínseca a la modernidad capitalista (B. Echeverría, 2006a: 83).

40. A pesar de evidente cercanía de este planteamiento con el concepto de hegemonía de Gramsci, este es un autor completamente ausente en la obra de Echeverría. En nuestra opinión puede haber una razón teórica que lo explica, el concepto de hegemonía difiere sustancialmente del de enajenación; este hace de la objetividad material de la reproducción capitalista el espacio privilegiado del «consenso activo» de los explotados, mientras que el de hegemonía lo ubica en el ámbito de las «ideas», en el campo estricto de lo ideológico. Antonio Gramsci, «Quaderno 12 (XXIX). 1932. Apunti e note sparse per un gruppo di saggi sulla storia degli intellettuali», en *Quaderni del carcere*, Turín, Einaudi, 1977, p. 1833-1877 (ed. esp.: «Cuaderno 12. Apuntes y notas para un grupo de ensayos sobre la historia de los intelectuales», en *Cuadernos de la cárcel*, t. 3, México DF, Era, 1986, p. 353-382).

valor de uso no puede desprenderse totalmente de ella, pero termina subordinándola a su dinámica abstracta (B. Echeverría, 1986: 79). Esta especial condición de «subproducto» que tiene el valor respecto al valor de uso hace que este no pueda ser subordinado de manera total, de ahí el potencial crítico del valor de uso, su posibilidad de «poner en crisis» la dominación del capital.

Estas consideraciones permiten comprender la crítica que Echeverría hace de la teoría de la enajenación de Lukács (1970). Esta conduciría a la idea de que el sujeto político autónomo está anulado o en mera resistencia, para Echeverría la acción práctica da forma a la vida social dejando espacio a la experiencia política autónoma del sujeto social, la cual es reprimida o canalizada por la lógica abstracta del valor, pero no anulada totalmente (B. Echeverría, 1995: 110).

El Estado moderno es precisamente el imperfecto mecanismo social que busca resolver ese hecho contradictorio que determina a la modernidad capitalista. Por esta razón, no puede ser comprendido como la forma política «sin más» de la valorización del valor (B. Echeverría, 1986: 213-221; 1998a: 101-103; 2006a: 76-77 y 146-148). El Estado moderno reconstruye la comunidad política supeditando al valor de uso, no suprimiéndolo. Crea una «empresa de acumulación supraclásista» que busca integrar la «Nación del Estado», algo así como una «nación artificial», pero esta solo puede existir con un contenido histórico y étnico concreto, de ahí su necesidad de configurar esa «Nación del Estado» a partir de lo que Echeverría llama la «nación natural», es decir el conjunto de las «formas naturales» de reproducción social que se supeditan a la valorización del valor en un contexto histórico y geográfico específico (B. Echeverría, 1986: 181-190; 2006a: 148). En este mismo sentido, su ensayo «Lo político en la política» (B. Echeverría, 1998a: 77-93) hace una lectura crítica de la formulación de Hegel acerca de la conformación de la política en tres niveles: «sociedad natural», «sociedad burguesa o civil» y «sociedad política». Echeverría señala que hay una forma política «impura», «informal» o «infrapolítica» que se deriva de las irrupciones que la «sociedad natural» y la «sociedad burguesa» hacen en la esfera de la «sociedad política» –la forma «pura»– de modo directo (91-93). La dinámica política de la modernidad capitalista obliga a una relación «dialéctica» entre el valor de uso y la forma Estado.⁴¹

Ahora bien, hasta aquí el valor de uso aparece como un estrato homogéneo de la vida social que contradice la tendencia política «cósica» del valor. Esa

41. No hay que olvidar que en la orilla opuesta de la política moderna, la «informal», también está en juego la necesidad de resolver aquella contradicción esencial entre el valor y el valor de uso. Ese es el sentido de ese otro concepto imprescindible de Echeverría: el *ethos* histórico. En síntesis, los distintos *ethe* modernos buscan dar cuenta del desajuste al que la enajenación capitalista somete al valor de uso en el ámbito propio de este último, fuera de la «política formal»: la vida cotidiana o el «mundo de la vida» (B. Echeverría, 1995; 1998a).

aparente homogeneidad se hace relativa al indagar por las formas de existencia histórica concreta que el valor de uso tiene en la modernidad capitalista. Echeverría distingue dos: una precapitalista y otra poscapitalista (B. Echeverría, 1986: 193-195). La primera corresponde a las sociedades tradicionales; en tanto que la segunda es propia de la sociedad moderna y está relacionada con la existencia social de los trabajadores, específicamente con sus necesidades «naturales» que se hallan ligadas a la lógica del valor de uso (185-186). Es esto lo que permite hablar de la existencia de un valor de uso «moderno» y otro «tradicional» en las condiciones históricas de la modernidad capitalista (B. Echeverría, 1986: 213-221; 1998a: 64-67; 1998c: 157; 2010a: 219-221). Si bien ambos estarían vinculados por su tendencia «anticapitalista» (B. Echeverría, 1986: 193; 2010b: 235-238), ciertas consideraciones de Echeverría sugieren que sus diferencias no responden exclusivamente a la «diversidad» propia del valor de uso, sino que pueden manifestar un antagonismo fundamental.

Este doble carácter del valor de uso, resultante de su existencia histórica concreta, plantea dos problemas. En primer lugar, al observar detenidamente la reflexión de Echeverría es posible hallar ciertos elementos que hablan de una significativa continuidad entre las sociedades tradicionales, organizadas en torno al valor de uso, y la modernidad capitalista. Dicha continuidad tiene que ver con que la modernidad capitalista no supera el soporte esencial de la técnica arcaica: la experiencia de la escasez; por el contrario, la reproduce –paradójicamente– en el marco de las nuevas condiciones generadas por una técnica en cuyo núcleo civilizatorio está la posibilidad inédita de superar aquella experiencia (B. Echeverría, 1995: 58-61, 157; 2006a: 13; 2010b: 29-32). En las sociedades arcaicas su enfrentamiento con la escasez absoluta de «lo Otro» («la naturaleza») somete su opción identitaria (política) a una forma de universalidad excluyente y violenta respecto de otras identidades (B. Echeverría, 2010a: 199-200). Es lo que Echeverría llama «universalismo abstracto». Con las diferencias históricas obvias, este tipo de universalismo persiste en la modernidad capitalista (B. Echeverría, 1998a: 116). Es por eso que la modernidad capitalista instaure una especie de religiosidad secular, basada en su particular sentido mistificador, la que Echeverría denomina como «la religión de los modernos» que corresponde al «culto» al valor (B. Echeverría, 2006a: 46-48).

En su ensayo «La nación posnacional» (Echeverría, 2006a: 143-154) es posible determinar con mayor precisión cuál es el ámbito de esa continuidad. Allí se señala el actual agotamiento del Estado moderno y la emergencia de identidades «civilizatorias». De acuerdo a Echeverría, el Estado habría dejado de ser el espacio en el que se resolvía la compleja relación política entre el valor y el valor de uso. Sin embargo, lo que resulta enormemente significativo para nuestra discusión es que frente a esa retirada del Estado, por efecto de la mundialización del capital, la identidad de la forma estatal-nacional es sustituida por el estra-

to civilizatorio («usos y costumbres») de las identidades políticas arcaicas (B. Echeverría, 2006a: 143-154; 2010b: 60-62). Esto sucede debido a que el capital logra penetrar el sustrato más profundo de la vida social, el de la «civilización material» según la formulación de Braudel.⁴² Por lo tanto, el encuentro entre el capital global y las identidades arcaicas ocurre en el nivel «civilizatorio», lo que resulta fascinante es que este corresponde al valor de uso.⁴³

En segundo lugar, la diferenciación histórica del valor de uso puede traducirse en antagonismo entre el valor de uso tradicional y moderno. Aunque este carácter contradictorio no aparece con toda claridad en la obra de Echeverría, es posible distinguirlo en algunas de sus reflexiones. Uno de los ensayos en el que esa tensión radical del valor de uso «histórico» se muestra con mayor nitidez es el que trata la relación entre Heidegger y el nazismo (B. Echeverría, 1995: 83-96). En este trabajo propone como clave interpretativa la división de Alemania, en la época de entre-guerras, en las «dos Alemanias», una, tradicional vinculada a la vida en el campo y, la otra moderna, cuyo lugar era el de las grandes urbes. La agudización de la contradicción entre ambas conduce a la salida política ultraconservadora y violenta del nazismo que se afina en la «esencia» de la vida tradicional. En consecuencia, se puede decir que el enfrentamiento que lleva al nazismo radica precisamente en el antagonismo latente entre una politicidad del valor de uso escindida entre su formas tradicional y moderna. Claro, esto no debe conducirnos a la equivocada conclusión de que el nazismo propugnaba sin más una política del valor de uso tradicional; para Echeverría sería la concreción histórica más extrema de la violencia propia de la imposición del valor por sobre el valor de uso en la vida social moderna (B. Echeverría, 2010b: 82-83). Pero, es justamente este hecho el que resulta más significativo, puesto que manifiesta la estrecha relación entre la lógica de la valorización del valor y las formas arcaicas del valor de uso. Se podría decir que este fenómeno pone de manifiesto la existencia de un «campo común» entre sociedad capitalista y esas formas arcaicas; definido por un profundo conservadurismo trascendentalista y metafísico.

Esta posible tendencia antagónica se explica porque el valor de uso moderno, que surge de la revolución neotécnica, es completamente nuevo, establece una ruptura con el valor de uso tradicional (B. Echeverría, 1998c: 157; 2010: 219-221). De hecho, Echeverría señala que esta revolución en el campo de la técnica apuntaría a una transformación radical de «estructura misma de la <forma natural>» que permite superar la relación violenta entre lo humano y lo

42. Ferdinand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, t. I, *Las estructuras de lo cotidiano: lo posible y lo imposible*, Alianza, Madrid, 1984.

43. Conviene recordar que en la comparación que Echeverría hace entre Marx y Braudel encuentra una semejanza sustancial entre los conceptos de «forma natural» y «civilización material» (B. Echeverría, 1995: 111-131).

natural que explica el carácter sacrificial arcaico (B. Echeverría, 1995: 141-142; 2010b: 22-23). Por ello, hay que subrayarlo, Echeverría no adscribe en absoluto a una toma de posición por un «retorno» a formas arcaicas (B. Echeverría, 1995: 69-70, 192; 2010a: 239).

Esto plantea la necesidad de una discusión más detenida sobre la forma natural y la autonomía del sujeto social en términos históricos. Lo que vincula al valor de uso tradicional con el moderno pareciera ser solo su oposición a la politicidad cósmica de la autovalorización del valor y su condición de «lugares» de la soberanía política del sujeto social. Es posible afirmar que en la concepción de Echeverría se vincularían, porque las sociedades tradicionales tienen los límites señalados con respecto a la «voluntad política», dado que esta no ha sido transferida al mundo de las cosas; en tanto que, la posibilidad de una modernidad no capitalista (más precisamente poscapitalista), contenida en el valor de uso moderno, tendría como principio político fundamental la restitución de esa condición en las nuevas circunstancias posteriores a la revolución neotécnica. No obstante, vistas así las cosas, queda algo oscurecido el problema de si efectivamente en las sociedades tradicionales se puede hablar sin más de un sujeto social soberano.

Por tanto, la ambigüedad del valor de uso que puede identificarse en la crítica de Echeverría a la modernidad capitalista estriba –sobre todo– en la complejidad del valor de uso tradicional. Echeverría parece detenerse ante la posibilidad de una crítica absoluta a esas formas arcaicas el valor de uso. Una de las razones parece encontrarse en su crítica a la izquierda y la adscripción de esta al «mito de la revolución», la revolución como creación *ex nihilo* de nuevas formas sociales, que buscaría desprenderse absolutamente del pasado (B. Echeverría, 1995: 43-45; 1998a: 67-70). Sin duda, su actitud teórica frente al valor de uso tradicional guarda coherencia con esta perspectiva. Ciertos elementos como la relación mimética con la naturaleza, la vida comunitaria o el sujeto social orgánico y autónomo que Echeverría identifica en las sociedades basadas en el valor de uso tradicional deberían rescatarse (B. Echeverría, 1995: 72; 2010a: 202-203). Sin embargo, en su dimensión política, la ambigüedad del valor de uso que hemos señalado no parece limitarse estrictamente a la discusión sobre la modernidad capitalista. Precisamente, el complejo tratamiento del valor de uso tradicional sugiere que algunos de los aspectos de la ambigüedad política del valor de uso provienen de la teorización general de Echeverría sobre la «forma natural» de la reproducción social.

EL DOBLE CARÁCTER DE LA POLÍTICA EN LA «FORMA NATURAL» DE LA REPRODUCCIÓN SOCIAL

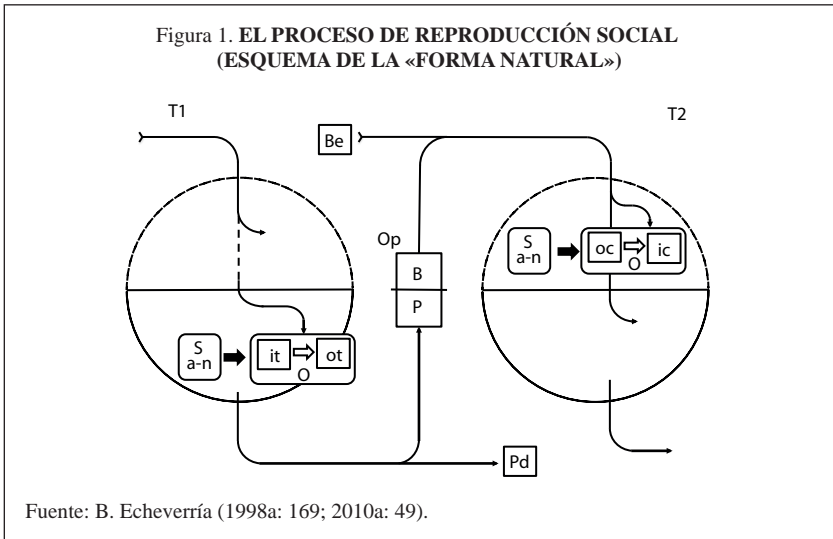
Aunque usualmente aparecen como sinónimos, en el pensamiento de Echeverría el valor de uso y la forma natural no son exactamente lo mismo. Echeverría afirma –en cierto momento– que «el concepto de «forma natural» de la vida social [...] incluye el de «valor de uso»» (1998: 159).⁴⁴ Encuentra que el valor de uso se halla inmerso, o es el resultado, de un *proceso* social determinado. Este proceso, entendido como unidad de producción y consumo, es el que corresponde a la forma «social-natural». En este sentido Echeverría establece un vínculo entre ese «proceso general» y el valor de uso como un elemento del objeto que resulta de ese proceso. La cuestión de la «forma natural» es el aspecto esencial de la crítica de Marx, pero en ella está apenas esbozada según Echeverría; en verdad esa crítica carece de una teoría del valor de uso o la forma natural (B. Echeverría, 1984: 34; 1998a: 159-160). Esto puede interpretarse como una falta de teorización sobre lo que significa la «vida práctica» o *praxis* según piensa Echeverría (S. Gandler, 2007: 285).

Concebida como un intento por desarrollar una elaboración sistemática de ese elemento, apenas esbozado por Marx, la teoría de la «forma natural» de la reproducción social de Echeverría alude a las características generales que son comunes a todas las sociedades; por que ella tiene un carácter transhistórico y supraétnico, aunque únicamente adquiere existencia real cuando se actualiza en un «sinnúmero de situaciones particulares o conjuntos específicos de condiciones étnicas e históricas» (B. Echeverría, 1984: 34; 1998a: 157). La forma natural explica la extendida diversidad de las «opciones civilizatorias» de las sociedades. La objetividad concreta relacionada con el valor de uso en cada contexto histórico, étnico y geográfico específico tiene que ver con las formas concretas de relación con «lo Otro», todo lo cual se halla en la base de la lógica del valor de uso (B. Echeverría, 1984: 46; 1998a: 195-196). Sin embargo, más allá de esta inabarcable heterogeneidad es posible hallar una cierta unidad, ciertos elementos comunes que constituyen algo parecido a la «esencia» de la reproducción de la vida social (B. Echeverría, 2010a: 115-122).

Sobre la base de su interpretación del concepto de «producción en general» de Marx (2006), afirma que en el nivel de la reproducción material la forma natural se constituye por la relación entre un sujeto productor y un sujeto consumidor; la cual ocurre por la mediación del «objeto práctico» (B. Echeverría, 1984: 37-41; 1998a: 168-180; 2010a: 43-69). Esto supone una deter-

44. En la primera versión de este trabajo esta distinción entre forma natural y valor de uso no aparece en este pasaje del texto, allí se habla solamente de forma natural (B. Echeverría, 1984: 34).

minada articulación sistema de «capacidades productivas» y «necesidades de consumo» que es inestable y determina una multiplicidad de formas concretas (B. Echeverría, 2010a: 52-54).



A partir de ahí, Echeverría plantea que existe una «identidad esencial» entre la reproducción material de la vida social y su reproducción semiótica (B. Echeverría, 2010a: 85). Echeverría halla una coincidencia entre el proceso general de producción-consumo esbozado por Marx y el esquema de la comunicación de Jakobson;⁴⁵ así como, entre la estructura del «objeto práctico» y del «signo lingüístico» en las perspectivas de Saussure⁴⁶ y Hjelmslev.⁴⁷ En términos teóricos, el elemento clave que permite esta vinculación es la coincidencia de la relación forma-contenido que Echeverría halla en ambos procesos: productivo y comunicativo (B. Echeverría, 1984: 41-46; 1986: 75-79; 1998a: 180-194; 2010a: 76-85, 90-96). Lo novedoso de su propuesta radica en que ambos son vistos como un mismo proceso, que la reproducción material es al mismo tiempo se-

45. Roman Jakobson, *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Seix Barral, 1975, p. 352-357.
 46. Ferdinand de Saussure, *Cours de linguistique générale*, París, Payot & Rivages, 1995, p. 97-103 (ed. esp.: *Curso de lingüística general*, trad. por Amado Alonso, Buenos Aires, Losada, 21a. ed., 1981, p. 129-130).
 47. Louis Hjelmslev, «Expresión y contenido», en *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1974.

miótica y viceversa.⁴⁸ Aquí se halla el fundamento de su teoría materialista de la cultura. Por lo tanto, la articulación de un sistema de capacidades de producción con un sistema de necesidades de consumo es también la articulación entre un sistema de codificación y un sistema de decodificación.

No obstante, la coincidencia entre producción y semiosis es insuficiente para explicar sobre qué se fundamenta la posibilidad de la forma natural como sustrato de todas las formas sociales concretas. Echeverría encuentra la respuesta en lo que denomina la «transnaturalización»; es decir, la constitución de lo humano, su desprendimiento de la vida animal, de «lo Otro». Esta condición implica separarse de la «naturaleza», pero no abandonarla, permanecer en ella en la medida en que constituye la «sustancia natural» de su existencia social concreta (B. Echeverría, 1984: 46; 1998a: 195; 2010a: 127-145). Las «protoformas» de la naturaleza subsisten convertidas en formas «sociales» (B. Echeverría, 2010a: 110). Por este motivo la transnaturalización posee de suyo un carácter conflictivo:

La forma humana del proceso de reproducción animal implica el apareamiento de una gran ruptura de la armonía de ese mismo proceso en su forma «normal» o natural. Visto desde la perspectiva de lo animal, lo humano, lo social, introduce una «deformación», una clara «perversión» en el cumplimiento de las funciones vitales. Recordemos que Nietzsche hablaba del ser humano como de un «animal enfermo». En efecto, todas las funciones que cumple el animal las cumple también el hombre, pero lo hace de una manera completamente extraña, distorsionada; para éste, la ejecución de esas funciones no tiene un fin en sí misma sino que sólo es el vehículo de la realización de un tólos meta-animal (meta-físico), el de la (re) producción de una figura concreta para la socialidad (130-131).

El fundamento ontológico de la transnaturalización subyace a la diversidad de formas concretas de vida social, cada una de ellas constituye un modo de resolver el conflicto inherente a la transnaturalización, lo que define su identidad específica. Pero dista radicalmente de ser un «núcleo esencial» o «sustancia trascendente», es más bien una condición negativa –por así decirlo– una especie de «vacío» o «sinsentido» puesto que el hecho ontológico de la transnaturalización pone en evidencia el carácter contingente de «lo social» y sus diversas formas concretas (B. Echeverría, 2010a: 110). Estos intentos históricos por «resolver» el antagonismo de la transnaturalización son provisionales e inestables, por eso –y esto es fundamental en la teoría de Echeverría sobre la cultura– la identidad solo

48. Gandler dice que –para Echeverría– el principal sistema es el de la reproducción material y el lenguaje una derivación (S. Gandler, 2007: 327). Su interpretación se aleja del contenido fundamental del planteamiento de Echeverría, puesto que los define claramente como simultáneos; no es que el lenguaje oral es un «subsistema» de la reproducción material, es en sí mismo reproducción material (B. Echeverría, 1984: 45; 1998a: 191-192; 2010a: 98-107).

puede ser «evanescente» (B. Echeverría, 1995: 62-63; 2010a: 150-151).⁴⁹ La condición general de la transnaturalización define al «código de lo humano», mientras que las formas históricas específicas son entendidas como «subcódigos» (B. Echeverría, 2010a: 214).

De esta manera de entender la forma natural se desprende algo más: la cultura y la identidad son, ante todo, políticas. Desde la perspectiva de Echeverría, la cultura y la identidad son políticas en sí mismas. La forma natural, en resumen, supone un primer nivel de «reproducción física» correspondiente a la vida animal del ser humano; pero, además supone un segundo nivel de «reproducción política» que implica la actualización de la identidad o la socialidad. Al reproducir su vida física el ser humano reproduce otra dimensión que se distancia de ese sustrato físico y que es lo propio de lo humano: su vida política. Este viene a ser el «telos característico de la vida social» (B. Echeverría, 1984: 37; 1998a: 167-168; 2010a: 60).

Al plantear la cuestión del fundamento político de la vida social, Echeverría recurre a la concepción de la política planteada por Aristóteles;⁵⁰ es decir, el hombre como «animal político» (*ζῷον πολιτικόν*), la capacidad de conformar un modo de organización de la vida social como su capacidad política (B. Echeverría, 1984: 37; 1998a: 77 y 168). En definitiva concibe a la política como categoría ontológica de lo humano. Es esta condición la que subyace a la tesis de un «sujeto social autónomo» capaz de darse una forma concreta de organización social, ya que la elección que hace corresponde a su capacidad de poner en juego un «proyecto político» determinado. Se trata de la permanente necesidad de «dar forma» concreta a la vida social; es por ello que, como apunta Diana Fuentes,⁵¹ la idea de la política que propone Echeverría se sustenta en el «fundamento ontológico de la libertad» (D. Fuentes, 2012a: 122) que, a su vez, se vincula con su modo de ver la revolución como la posibilidad siempre abierta de configurar nuevas formas de la vida social (D. Fuentes, 2012a).

Ahora bien, este principio político de la forma natural, siguiendo a Echeverría, adquiere dos modos de existencia: «la política» y «lo político» (B. Echeverría, 1998: 77-79; 2010a: 154-158). Estos se definen a partir de la clásica dis-

49. En esto se sustenta la noción de mestizaje cultural propuesta por Echeverría que tiene tanta importancia en su reflexión sobre el *ethos* barroco. Aunque creemos que esta formulación es discutible en varios aspectos, pensamos que el fundamento ontológico sobre el que Echeverría estructura su análisis es poco tratado en las diferentes lecturas que se hacen sobre el *ethos* barroco, lo cual se debe, muy probablemente, a una aproximación fragmentaria y parcial al conjunto de su obra. Este fenómeno es más significativo aun si se tiene en cuenta que la cuestión del *ethos* barroco es quizá el tema sobre el que más se ha escrito en relación con la teoría crítica de Echeverría.

50. Aristóteles, *Política*, Madrid, Alianza, 1998, 1252a y 1253a, p. 45-47.

51. Diana Fuentes, «Desfaciendo entuertos: libertad y revolución en la obra de Bolívar Echeverría», en D. Fuentes, I. García Venegas y C. Oliva Mendoza, *op. cit.*, p. 122.

tinción hecha por la antropología entre el tiempo de lo sagrado y el tiempo de lo profano. Por un lado, está «lo político» que corresponde al momento extraordinario, es decir aquel que alude al momento fundacional de la opción política de una sociedad determinada cuando se instaura una forma determinada de organización de la misma; corresponde a la temporalidad de la vida social vinculada con la guerra o la revolución. Por otro lado, está «la política», o sea el momento ordinario que regula toda la «praxis productivo-consuntiva» y corresponde a la cristalización institucionalizada de aquel orden establecido en el tiempo extraordinario; se trata de su rutinización, la cual se expresa tanto en la «vida profana» como en la esfera propiamente «política», es decir, la de las instituciones y los rituales de la «forma de gobierno».⁵²

Echeverría reformula parcialmente esta distinción general; en su opinión, lo político no se limita exclusivamente al tiempo extraordinario, a la revolución social, sino que puede verse una irrupción de este momento de la vida social en el tiempo cotidiano, en la esfera profana de la vida social (B. Echeverría, 1998a: 78-79; 2010a: 162-163). Claro, esto ocurre en el plano de «lo imaginario» de la vida cotidiana y adquiere cuerpo en expresiones como la fiesta, el juego o el arte (B. Echeverría, 2010a: 175-181). Se trata de una especie de simulacro que emula el tiempo extraordinario y produce una existencia «en ruptura». Sin duda, la mayor plenitud de esta otra experiencia de lo político se concentra en la fiesta (179).⁵³

Los dos modos de existencia del fundamento político de la forma natural no constituyen solamente una descripción fenoménica acerca de la «política formal» y la «política informal». Estos momentos son dos maneras distintas de relacionarse con el conflicto ontológico que se halla en la base de la transnaturalización; dos distintas maneras de enfrentarse a la tensión entre la sustancia formada («lo natural») y la forma («lo social»). «Lo político» evidencia este conflicto, pone en cuestión tanto la necesidad del código como la «naturalidad» del subcódigo, con ello recuerda lo provisional del orden social estable-

52. Se debe anotar que para Echeverría el pensamiento moderno restringe la comprensión de la política solamente a este ámbito, al de la «política pura» (1998a: 79-80).

53. En una entrevista Echeverría aclara algo que prácticamente no aparece en sus trabajos sobre este tema. Preguntado por el sentido de la «fiesta popular» precisa que esta solo «prepara el terreno» de la experiencia propiamente festiva que sería la existencia «en ruptura» de «lo político». Esto que en a primera vista no parece ser del todo claro es dilucidado más adelante cuando afirma que la «cultura popular» es paradójica porque a la vez que afirma lo tradicional, su forma comunitaria, busca emanciparse y superarla. Curiosamente al entrevistador o entrevistadora se le escapa esta sutil diferencia, así como también se le pasa el señalamiento de Echeverría de que la fiesta no es revolución y viceversa; tal vez por su empeño en hallar la «politicidad propia de lo humano» en la fiesta. Bolívar Echeverría, «La fiesta popular. Entrevista a Bolívar Echeverría», en *Anaconda. Arte y cultura*, Quito, Anaconda Comunicación, 2009.

cido; en tanto que, «la política» lo encubre o –cuando menos– lo hace menos evidente, subraya el uso del código solamente.

El examen de la forma natural señala un sentido paradójico intrínseco al valor de uso en la medida en que contiene tanto a «la política» como a «lo político». Aunque este último define lo que sería el «fundamento ontológico» como capacidad de creación de formas y soporte de la libertad que esa condición proteica implica,⁵⁴ no se puede eludir que la «totalidad» de la forma natural se define sobre la base de ambas temporalidades. Aquí el pensamiento de Echeverría presenta cierta indefinición que, en nuestra opinión, puede ser resuelta en dos sentidos. Tomada de modo general la forma natural no puede hacer más que contener a las dos maneras de existencia de su politicidad, entonces tanto «lo político» como «la política» hacen parte de su «lógica interna». Pero, en un sentido más restringido, si el *locus* privilegiado del valor de uso es el tiempo cotidiano, también aquí ambas formas de la política coexisten, puesto que la cotidianidad corresponde tanto al tiempo rutinizado de las prácticas institucionalizadas («la política»), como al tiempo «en ruptura» que interrumpe la rutina («lo político»). En definitiva estas dos temporalidades del fundamento político del valor de uso pueden corresponder a tipos distintos de experiencia subjetiva o existencia objetiva (profana y sagrada), pero en ninguna de las dos estamos por fuera de la dimensión política del valor de uso.

LA CONTRADICCIÓN ENTRE «FORMA NATURAL» Y MODERNIDAD

La «teoría materialista de la cultura» (Gandler, 2007) desarrollada por Echeverría es, a la vez, una «teoría materialista de la política» como hemos tenido oportunidad de mostrar. Pero no solo eso, Echeverría pone en el centro de su conceptualización de la política a la categoría de contradicción, y más específicamente, en la línea de la tradición crítica de Marx, busca determinar las contradicciones «insalvables» que señalan, al mismo tiempo, el fundamento y los límites de la forma de reproducción de la vida social que es la modernidad capitalista. Al poner en relación el sentido político de su crítica a la modernidad y el contenido político de la forma valor de uso es posible ver que la contradicción entre el valor de uso y la valorización está conectada con otras contradicciones o con otras expresiones de ella en distintos niveles.

54. Esta relación unívoca entre «lo político» y la forma natural se puede ver en Jorge Juanes, «La política y lo político en Bolívar Echeverría», en D. Fuentes, I. García Venegas y C. Oliva Mendoza, *op. cit.*, p. 180; e, Iván Carvajal, «En torno a *Definición de la cultura*», en *ibid.*, p. 364.

Hay que subrayar que la teoría de la cultura que esboza Echeverría constituye una crítica a cualquier intento por determinar a la significación como una esfera restringida de la vida social, referida a las actividades del «espíritu»; por el contrario, su propuesta por vincular producción-consumo y semiosis, determina una «relación orgánica» entre cultura y reproducción material de la vida social. De otro lado, su esfuerzo se distancia del tópico de la cultura como mero «reflejo superestructural» de la reproducción material,⁵⁵ lo esencial es tener en cuenta el doble carácter presente en la vida social como un solo proceso «material-cultural» (B. Echeverría, 2010a: 20-21). Pero, como hemos advertido, hay algo más: la cultura para Echeverría es a su vez política. Otorgar una forma determinada al mundo objetivo es, a la vez, dar una forma concreta al mundo subjetivo, y esa elección de forma es una elección política. Política, semiosis y reproducción material tiene una identidad como fundamentos de la vida social. De manera que, el concepto de forma natural, tal como la conceptualiza Echeverría hace posible revincular la política a la reproducción material de la vida social.

Siendo absolutamente coherente con su enfoque general, Echeverría sostiene que la forma específica de la reproducción material en la modernidad capitalista no corresponde a una esfera «técnica» o «funcional» deslindada de lo cultural y lo político; por el contrario, es en sí misma una forma cultural y política. Su recurso al concepto de valor de uso permite no desprender la crítica a la modernidad capitalista del plano de la «objetividad material» en la que se juegan la producción y la semiosis simultáneamente. Con esto Echeverría parece sugerir una crítica a las perspectivas «discursivistas» dominantes que desplazaron el problema de la modernidad al ámbito de los «grandes relatos» o la «razón». En este sentido, es posible decir que ensaya extender el «método crítico» de Marx hacia la semiótica, un intento que busca reconstruir el discurso de esta para, mediante el valor de uso, devolverle su materialidad.⁵⁶

Ahora bien, en este contexto, según se ha podido evidenciar, la formulación de Echeverría permite sugerir que el carácter contradictorio de la modernidad

55. Quizá por ello, entre otras razones, en el pensamiento de Echeverría están ausentes conceptos o categorías «clásicas» del marxismo como superestructura o ideología. Gandler (2008: 453-456) hace una interesante discusión entre el concepto de *ethos* histórico y el de ideología. Según este autor, Echeverría hace una crítica «suavizada» de la ideología con su noción de *ethos*; esto se debería a que Echeverría es renuente a la tesis de Lukács sobre la alienación que cuestiona de modo absoluto la forma mercantil porque su formulación –la de Echeverría– apunta a una forma no-capitalista de producción de mercancías (455).

56. Alejandro Moreano afirma que la posibilidad de un «discurso crítico» contemporáneo puede erigirse sobre la clave teórica de una «crítica a la semiótica», entendiendo a la semiótica como una especie de equivalente de la «economía política» en el siglo XIX, es decir, como el discurso hegemónico actual. En este sentido considera que el señalamiento sobre la materialidad del lenguaje que plantea Echeverría apuntaría en esa dirección (A. Moreano, 2014).

capitalista parece ir más allá del antagonismo entre la forma valor y la forma valor de uso. En términos políticos, esta última presenta también una contradicción «interna», o cuando menos una ambivalencia, no constituye un concepto cerrado o unilateral en la teoría general de la forma natural elaborada por Echeverría. En rigor, se puede decir que este doble carácter de la forma valor de uso existe en tres estratos diferentes: por un lado, en la forma histórica de la modernidad capitalista, como contradicción entre el valor de uso «moderno» y el valor de uso «tradicional»; por otro, en los modos de existencia de la política en la forma valor de uso, es decir, «la política» y «lo político», y finalmente, en el principio político mismo de la forma natural a causa del conflicto inherente a la transnaturalización que enfrenta a «lo natural» con «lo social». Por lo demás, todas se delimitan como «unidades contradictorias». El nexo entre estas tres contradicciones señaladas por el valor de uso y la crítica a la modernidad capitalista en el pensamiento de Echeverría plantea, a su vez, tres aspectos que problematizan el potencial crítico el valor de uso.

Un primer campo de problematización alude a las relaciones entre las formas históricas no-capitalistas y la modernidad capitalista. Para abordar este tema es necesario distinguir dos modos de interpretar el concepto de forma natural al interior del pensamiento de Echeverría. Por un lado, su configuración abstracta como «sustancia» inmanente a toda forma de sociedad⁵⁷ y, por otro, su configuración concreta referida a las formas históricas en que ella se actualiza y cobra existencia real. Si bien, en principio, la formulación de la transnaturalización señala que la forma natural en abstracto no corresponde solo a un «modelo conceptual» o «tipo ideal», sino que se trata –en rigor– del «fundamento ontológico» con el que toda forma histórica se enfrenta; la cuestión que presenta mayores dificultades es que la modernidad capitalista sería una forma histórica que se «separa» de la forma natural, frente a otras que guardarían mayor «coherencia» con ella. Planteada así, esta consideración nos devuelve a la noción de la «forma natural» como una especie de «tipo ideal» con el cual las formas históricas se hallan «cerca» o «distantes» según sea el caso.⁵⁸

Siendo precisos la modernidad capitalista no sería sino un modo histórico específico en el que se actualiza la «forma natural», si pensamos en la formulación más abstracta de este concepto. Vista como una forma política concreta que da cuenta del hecho de la transnaturalización, la modernidad capitalista se enfrenta

57. Siempre en el sentido anotado por Echeverría, es decir, una «sustancia» fundada en la *continencia* de las formas de lo humano frente a la transnaturalización, no en la *necesidad* de un «núcleo sustancial» inamovible de la identidad política.

58. En su reflexión sobre la lectura de Echeverría de *El capital*, Veraza plantea con toda claridad que el examen del argumento de este texto buscaría saber en qué medida la valorización del valor «respeto», «contraviene» o «niega» a la forma natural (J. Veraza, 2012: 237).

con aquel «fundamento ontológico» que es la «forma natural» tal como lo hacen otras formas históricas. Constituye una «variante» de ella en el marco de condiciones históricas determinadas, y no supone necesariamente un trastocamiento de la forma natural que termine por ponerla en crisis. En rigor, la modernidad capitalista es una forma específica de articulación entre un sistema de capacidades y necesidades, constituye un modo determinado de socialidad; pone en juego una politicidad particular que «da forma» a esa socialidad, y conforma un sujeto y un objeto sociales específicos. Que esta forma histórica difiera significativamente de otras sociedades, que presente un aspecto destructivo inédito o que incluso encarge su dimensión política a las «cosas», no quiere decir que no comparta con ellas esas características generales que definen a la forma natural en este nivel general.

Para entender la especificidad de la «puesta en crisis» de la forma natural que provoca la modernidad capitalista, es necesario pasar del plano «sincrónico», que hemos descrito, al «diacrónico» que podemos denominar como la «historia de la forma natural», es decir, la sucesión y coexistencia de las distintas formas históricas concretas en las que la forma natural se «actualiza».

La «historia de la forma natural» puede entenderse a partir de la identificación de tres formas históricas de reproducción social que hace Echeverría. La primera correspondiente a las «formas naturales arcaicas», en las que el proceso social o «político» —que es orgánico y comunitario— determina las condiciones de la relación técnica del sujeto con el objeto de producción-consumo. La segunda, la reproducción mercantil simple que suprime el «principio político» arcaico, lo hace porque «atomiza» al sujeto social configurándolo como un conjunto de «fuerzas productivo-consuntivo privadas» que se relacionan mecánicamente gracias a la esfera de la circulación mercantil; no obstante, en esta forma de reproducción social existe una relación técnica inmediata entre objeto y sujeto. Y, finalmente, la reproducción mercantil capitalista que reintroduce una relación mediada entre objeto y sujeto, pero esta vez es una nueva relación que no está condicionada por proyecto «político» alguno, puesto que tiene lugar una reproducción «automática» de la relación capitalista de explotación (B. Echeverría, 1986: 107-110).

De modo que, la «diferencia específica» de la forma capitalista radica en que mientras las sociedades precapitalistas o arcaicas se organizan sobre un principio «natural», es decir étnico e histórico, el capitalismo agrega otro principio «seudo-natural» que sería el de la organización económica como «sujeto» (B. Echeverría 1984: 33; 1998a: 157-158). Esta diferencia gira en torno a la producción-consumo de valores de uso como el *telos* (τέλος) de la vida social propio de la forma natural. La forma capitalista de la reproducción material altera este *telos*, lo subordina a uno nuevo: la autovalorización del valor. De cierta manera, se puede decir que las formas históricas no-capitalistas guardan mayor correspondencia con la forma natural en la medida en que son sociedades cuyo *telos* es la producción de valores de uso; aunque existan innumerables diferencias y

distancias en relación con la forma natural, estas no ponen en cuestión ese *telos* básico de la socialidad, no rompen con su principio político. Esto se expresa en que estas sociedades «respetan» el trasfondo histórico, geográfico y étnico; en tanto que, para la modernidad capitalista estos factores dejan de ser decisivos a causa de la imposición de la lógica abstracta y cuantitativa del valor.

A pesar de que estas consideraciones explican por qué el valor de uso tradicional se opone a la modernidad capitalista; también permiten una comprensión más precisa de los elementos de continuidad entre ambos. En la segunda digresión de la *Definición de la cultura*, Echeverría (2010a: 197-211) trata sobre las dos grandes alternativas civilizatorias: Oriente y Occidente. Señala que —en su conceptualización abstracta— la forma natural constituye un «forma ideal» de autorrealización política pasada o futura que en términos históricos «no se ha dado en ninguna parte» (199); sin embargo, en la realidad histórica concreta, la determinación de la «escasez absoluta de lo Otro» provoca un desplazamiento «primario» del *telos* de la vida social que termina por privilegiar la producción sobre el consumo, lo que da como resultado un fenómeno común a las dos variantes civilizatorias: el predominio del *productivismo* (199-200). Se diferencian porque en Oriente tiene lugar un «productivismo concreto»; mientras que en Occidente aparece un «productivismo abstracto» (202-207). En suma esto supone algo parecido a una primera «distorsión» histórica del valor de uso.

Dicho de otro modo, aunque las sociedades tradicionales tienen como su objetivo «único» a los valores de uso, no experimentan un mundo abundante de estos y un eventual equilibrio producción-consumo. De ahí el predominio de una politicidad basada en la forma religiosa y el sacrificio derivado de la experiencia de la escasez. Son estas condiciones las que la modernidad capitalista perpetúa artificialmente en lugar de superarlas. Pero, esta formulación pone en cuestión la idea de que es únicamente el valor como *telos* de la vida social el que sacrifica a la forma natural; esta experiencia está presente, de un modo distinto por supuesto, también en formas históricas organizadas en torno a la producción-consumo de valores de uso. Esto relativiza el carácter crítico que el valor de uso tradicional puede tener frente a la modernidad capitalista, y pone en evidencia los límites de un «sujeto político autónomo» existente en las formas históricas tradicionales. Además, ratifica que la forma natural es ante todo una «forma ideal», que en su existencia histórica múltiple se halla «deformada».

Una dificultad distinta se nos presenta en el contexto de la modernidad capitalista: ¿cuál es la forma histórica concreta que asume el valor de uso moderno? Si bien en esta modalidad de reproducción social se impone el principio abstracto del valor, este no puede existir sin el soporte material del valor de uso. Por eso, aunque es más un enigma apenas mencionado antes que una conceptualización desarrollada, Echeverría señala que existe una forma natural moderno-capitalista, que hay un valor de uso capitalista (B. Echeverría, 1998a: 58-60 y

64-65). Obviamente, este es también un valor de uso desfigurado en relación con su «forma ideal», pero su particularidad es que elimina la «contextualidad» concreta (geográfica, étnica, etc.) del valor de uso arcaico volviéndola superflua.

Este valor de uso moderno-capitalista se contrapone al arcaico porque es el resultado histórico del encuentro de la revolución neotécnica con el mercado. Hay que tener en cuenta que para Echeverría ambos son elementos constitutivos de la modernidad en general, no específicamente de la capitalista (B. Echeverría, 1995: 141-192). Los nuevos valores de uso resultantes de la transformación técnica de la forma natural serían la materialización de las nuevas condiciones productivas que aquella genera y que –de cierta manera– vuelven «obsoletos» a los valores de uso arcaicos. Este es el sustrato que potencia al capitalismo tempranamente produciendo una proliferación de valores de uso y una «reconcretización del mundo de la vida» (B. Echeverría, 2010: 219-221).

Sin embargo, hablar de una forma natural capitalista no significa solamente que la producción de valores de uso, dirigidos al consumo, se subsuma a la necesidad de reproducir y acumular valor económico abstracto. Lo que sencillamente se resuelve con la tesis de que la forma natural se halla reprimida por el capital. El verdadero problema es que una forma natural capitalista supone un modo específico de organización de la producción y el consumo. De modo que la forma natural moderna, en el sustrato específico de la reproducción material, equivaldría al modo de producción capitalista; en particular, porque el dominio del capital, en su forma más avanzada, supone la ocupación de la estructura técnica de la reproducción social y su completo trastocamiento.

Es más, según Echeverría, la diferencia entre la reproducción mercantil simple y la capitalista radica en que la primera pone en relación «orbes productivo-consuntivos de valores de uso» (B. Echeverría, 1995: 194), lo que convierte a la esfera de circulación en secundaria y parasitaria de ellos; la circulación capitalista –por su parte– se vuelve constrictiva porque disuelve la integración de la estructura de esas unidades particulares, articuladas sobre la base del valor de uso, introduciendo en ellas la separación sujeto-objeto, transformando al intercambio mercantil en una esfera fundamental u «obligatoria» de la reproducción social (B. Echeverría, 1994: 94; 1995: 194). Además, y esto es muy importante, la «derrota» de las formas naturales arcaicas se debe precisamente a la ocupación de la base técnica, «el santuario más protegido de la identidad arcaica», que lleva a cabo el capital (B. Echeverría, 1995: 59).

En términos históricos, una vez consolidada la modernidad capitalista como dominante, tenemos entonces que el valor de uso «realmente existente» presenta una ambigüedad adicional a las que hemos señalado: la que se da en su relación con la valorización del valor. Es posible hablar de una tendencia no solo a la contradicción del proceso de autovalorización, sino también de una que propende hacia la «adecuación» a ese proceso, la cual está determinada por el productivismo

y el «universalismo abstracto» que están presentes tanto en el valor de uso arcaico como en la forma productiva capitalista que define al valor de uso moderno.

En resumen la complejidad de la contraposición entre el valor de uso tradicional y el valor de uso moderno se resuelve de tres modos distintos. En el primero de ellos, ambos se oponen a la modernidad capitalista, pero el valor de uso tradicional desde una perspectiva antimoderna y conservadora, en tanto que el moderno contiene un sentido «revolucionario». En el segundo, ambos se adecúan a la modernidad capitalista, el tradicional sobre la base de la continuidad de la técnica arcaica y el moderno como soporte de la valorización del valor. Finalmente, en el tercero se producen variaciones y combinaciones de las situaciones anteriores, uno se adecúa en tanto el otro contradice; este es conservador mientras aquel es «revolucionario», etcétera.

Todo este primer campo de problematización hace posible delinear mejor la compleja estructura de la antinomia entre el valor de uso tradicional y el moderno. En principio, la opción crítica podría apuntar a un cuestionamiento radical de la forma capitalista y la forma arcaica dado que ambas sacrifican la realización «completa» de la forma natural. Sin embargo, esta no parece ser la solución teórica planteada por Echeverría y por eso no radicaliza una crítica «absoluta» al valor de uso tradicional. Es posible suponer que no lo hace porque encuentra en el valor de uso tradicional formas comunitarias y autónomas de organización de la vida social que han sido suprimidas o reprimidas por la modernidad capitalista y que deben tomarse en cuenta para la reflexión sobre una posible modernidad alternativa. De igual modo, hallaría en el valor de uso «estropeado» por el capitalismo, ciertos aspectos esenciales que prefiguran también aquella modernidad alternativa. En realidad, Echeverría parece proponer una «solución hegeliana» a esta contradicción en la esfera del valor de uso, dejando de lado —en primer lugar— las posibles conciliaciones que este tiene con la escasez arcaica y la escasez moderna. En suma, una modernidad alternativa implicaría una «síntesis» entre el valor de uso moderno y el valor de uso tradicional (B. Echeverría, 2010a: 239); algo así como la síntesis entre Oriente y Occidente; es más, encuentra un proyecto histórico concreto en el que esta posibilidad habría quedado vagamente bosquejada: el siglo XVII americano, el siglo del *ethos* barroco en América Latina (B. Echeverría, 1995: 72-73; 2010a: 210-211).

El segundo ámbito de problematización se deriva directamente del anterior y está definido por la relación específica entre el valor de uso y «lo político». La necesidad de mantener la «forma ideal» de la forma natural como referente teórico e indagar en las formas históricas concretas que —de un modo u otro— la reprimen, se explica porque Echeverría trata de encontrar los factores que definen la existencia concreta de un sujeto social no enajenado en contraste con Lukács (1970).

El problema que esto plantea es la doble temporalidad política del valor de uso, su vinculación tanto con «la política» como con «lo político». De ahí

que, el contenido «crítico» del valor de uso correspondería exclusivamente a los momentos en que la politicidad del valor de uso conduce explícitamente a una «puesta en crisis» del «subcódigo» histórico de la modernidad capitalista. Sin embargo, incluso si esta dimensión «crítica» entra en juego, no necesariamente implica una radicalización del proyecto moderno dirigida hacia el «universalismo concreto», el despliegue de la neotécnica y su promesa de abundancia; por el contrario, puede convertirse en el sustento de posiciones violentamente antimodernas como en el caso del nazismo.⁵⁹

Si en las formas históricas concretas ha predominado una tendencia –arcaica o moderna– al sacrificio del valor de uso, es lógico que haya predominado «la política» por sobre «lo político», que el ejercicio de la soberanía como «donación de forma» se restrinja al campo imaginario de «lo político» en la vida cotidiana. Todo esto dejaría poco «espacio» histórico para el sujeto político autónomo que estaría en la base de la forma natural. Al respecto Echeverría es concluyente: son prácticamente inexistentes las oportunidades en que el ser humano concreto, individual o colectivamente, ha podido ejercer su soberanía política, puesto que esta ha estado siempre delegada a grupos de poder «extrapolíticos» que se arrojan la capacidad de su ejercicio (B. Echeverría, 1995: 172-173).

En términos teóricos tres consideraciones se derivan de esto. En primer lugar, hay una contraposición entre este argumento y el que señala que, a pesar de la escisión en el sujeto social originada en la expropiación de la capacidad política, las formas naturales arcaicas descansan en un «proyecto político» que la sociedad (sujeto social autónomo) se da a sí misma (B. Echeverría, 1986: 107-108). En segundo lugar, si la enajenación es vista como la pérdida de la soberanía política, no se trata –entonces– de un fenómeno exclusivo de la modernidad capitalista. De tal manera que, tanto la cosificación como el fetichismo de la mercancía pueden ser vistas como las formas específicas, inéditas, que adquiere en la modernidad capitalista el fenómeno más general de la enajenación política. De igual forma, se puede afirmar que la violencia en la que se asienta esa enajenación en sociedades arcaicas no solo es «administrada», sino que también es «mixtificada» en los saberes y las prácticas mágico-religiosas. En tercer lugar, una de las cuestiones más problemáticas, si el fundamento de la enajenación en las formas arcaicas es la «escasez absoluta», y su diferencia con la modernidad capitalista se halla en la «escasez artificial» que esta genera, entonces se podría decir que existe un «principio de necesidad» en la dominación arcaica,

59. Debemos insistir, no es que Echeverría pase por alto esta diferencia; por el contrario, en repetidas ocasiones advierte que la vía «arcaizante» no es la que tiene en mente cuando habla de la modernidad alternativa porque, entre otras cosas, esa sería una alternativa no moderna o anti-moderna; lo que interesa subrayar es que su teorización del valor de uso no está exenta de indefiniciones en relación con la complejidad política que contiene.

mientras que en la dominación moderna rige un «principio de contingencia». Necesaria en los contextos arcaicos, la dominación se vuelve gratuita, superflua, injustificada en la modernidad capitalista.

Por otra parte, desde el punto de vista del valor como seudosujeto político de la modernidad capitalista, algo más se debe tener en cuenta. La enajenación es el resultado de la imposición de la forma abstracta del valor, pero paradójicamente esta forma enajenada de la política solo puede adquirir existencia en la materialidad concreta del valor de uso. Muchos de los fenómenos políticos modernos –sobre todo, los fracasos políticos modernos– para Echeverría se explican por una especie de «culto al valor»; es decir, por la perspectiva «antropolátrica» que traduce la tendencia de «creación absoluta» del valor a la concepción que la humanidad moderna tiene de sí misma, se trata de la crítica al «humanismo» que Echeverría retoma de Heidegger (B. Echeverría, 1995: 149-150; 1998a: 69; 2010a: 232).⁶⁰ Esto supone una *hybris* que exacerba la potencia humana sobre las cosas absolutizándola. La dificultad radica en que este humanismo exasperado y la teoría de la enajenación terminan siendo contradictorios; por un lado, se tiene a un sujeto social «politizado» hasta el paroxismo, convencido de su capacidad ilimitada de «dar forma» a la vida social; por otro, a un sujeto social que ha transferido esa potencia política a las cosas. Esto evidencia de otro modo el carácter contradictorio del valor de uso en la crítica a la modernidad capitalista.

El tercer punto problemático hace referencia a un elemento del concepto de valor de uso de Echeverría que deliberadamente hemos preferido tratar al final. Se trata del «horizonte utópico» que justifica la reflexión sobre el valor de uso. Pensamos que esta perspectiva contribuye a esclarecer la necesidad teórica que otorga al valor de uso su condición crítica privilegiada para Echeverría.

Según su planteamiento la profundidad crítica del comunista Marx en *El capital* radica en que busca la liberación de la forma natural. Esto no supone mirar a la forma natural como un estado paradisíaco de existencia humana o algo semejante; tiene que ver con abrir la posibilidad de un enfrentamiento directo, no cosificado, con el conflicto esencial que ella supone, es decir, el conflicto derivado de la transnaturalización (B. Echeverría, 1984: 46; 1998a: 196). En consecuencia, la crítica teórica y política que se sustenta en el valor de uso es radical puesto que cuestiona la enajenación y hace posible devolver a la sociedad su condición de sujeto político autónomo. No obstante, esto da lugar

60. Ver Martin Heidegger, *Carta sobre el humanismo*, Madrid, Alianza, 2006, p. 15-33, y «La época de la imagen del mundo», en *Caminos del bosque*, Madrid, Alianza, 2010, p. 63-64 (ed. alem., «Die Zeit des Weltbildes», en *Gesamtausgabe*, t. 5, *Holzwege*, Fráncfort, Vittorio Klostermann, 1977, p. 75-76). La tesis heideggeriana de que el humanismo moderno, que incluye tanto a Marx como al cristianismo, es una versión más de la metafísica occidental, es la que fundamenta esta perspectiva.

a nuevas preguntas: ¿qué forma natural es la que Marx busca liberar?, ¿se refiere a la capacidad general de configurar conscientemente un orden para la vida social?, ¿se trata de una forma histórica concreta de actualización de la forma natural general o de una combinación de varias de estas formas históricas?

Haciendo una primera aproximación superficial se puede decir que las posibilidades de una modernidad alternativa derivadas de la crítica cuyo soporte es el valor de uso, supondrían restaurar una continuidad histórica de la forma natural que fue rota o «puesta entre paréntesis» por la modernidad capitalista. En una segunda interpretación, algo más detenida, es posible decir que Echeverría apuesta por una modernidad alternativa que sea capaz de lograr una «síntesis hegeliana» entre las formas naturales arcaicas y la forma natural moderna; una síntesis que busca vincular la soberanía política tradicional –libertad para la donación de forma política– con la revolución de la forma natural que significa la revolución neotécnica. Una tercera posibilidad, es la que se origina en su vistazo panorámico a la historia de la enajenación política expuesta líneas arriba, pero esta supone radicalizar el planteamiento de Echeverría. Si la condición histórica de un sujeto político soberano no ha tenido lugar en la historia, entonces, la realización «total» de la forma natural es una figuración de la perspectiva utópica de una sociedad poscapitalista; está principalmente en el futuro y no en el pasado. Tanto las sociedades tradicionales como la modernidad capitalista apenas esbozan lo que sería la forma natural «empañada»; en unas y otras el sujeto político ha debido existir incompleto, mutilado o sacrificado.

Sin embargo, el hecho de que las sociedades tradicionales, en las que también está imposibilitada la realización del sujeto político autónomo, constituyen formas de organización de la vida social, sobre la base de la producción-consumo de valores de uso, perturba el sentido crítico-utópico del valor de uso. Asimismo, la posibilidad de un valor de uso estrictamente capitalista, es decir, que no ponga en cuestión ni la enajenación ni la «dictadura del capital» restringe también el potencial crítico del valor de uso. La discusión ensayada hasta aquí sugiere que la dificultad radica en la fluidez del «lugar» que tiene el valor de uso en la modernidad capitalista. En lo que puede definirse como un contenido crítico relativo y ambiguo del valor de uso.

De acuerdo a Echeverría, todo el sentido contradictorio de la modernidad capitalista y la importancia crítica del valor de uso se articulan con la contradicción del «hecho capitalista» tal como la formularía Marx en su crítica de la economía política. La relatividad e inestabilidad del sentido crítico del valor de uso hacen necesario desplazar nuestra atención hacia lo que hasta aquí ha sido un presupuesto teórico: la idea de que para Marx la «contradicción fundamental» de la sociedad capitalista es la que opone al valor de uso con la autovalorización del valor. ¿Tiene la crítica de Marx su fundamento incontestable en el valor de uso?

CAPÍTULO II

El problema de la contradicción fundamental del hecho capitalista

En el capítulo precedente hemos planteado un análisis del contenido del valor de uso al interior de la obra de Echeverría. En este capítulo procuramos contrastar ese contenido con su fundamento teórico: la crítica de Marx. Para ello seguimos el hilo conductor de los dos niveles de formulación del valor de uso, es decir, por un lado, el tema del lugar del valor de uso, como elemento constitutivo del «objeto práctico», al «interior» de la forma histórica capitalista y, por otro, la cuestión de una teoría general de la forma natural. En el primer caso discutimos con el concepto de «determinación formal» o «forma social» según Marx, mientras que, en el segundo, recurrimos a los conceptos de «producción en general» y «proceso de trabajo» planteados por Marx y retomados por Echeverría para su teoría general de la forma natural.

En la tercera parte de este capítulo intentamos una «síntesis» sobre la base del sentido general de la contradicción capitalista fundamental. Esta es vista como la categoría en la que se «resuelve» la relación entre ambos planos teóricos en el marco de la discusión planteada en este capítulo. Dicha categoría es particularmente importante puesto que Echeverría retoma de Marx la idea de la política como contradicción, ese es el significado radical que encuentra en la crítica de la economía política. En lo esencial esta tercera parte —que es el resultado del análisis de todo el capítulo— busca determinar si la contradicción valor de uso-valor es, tal como lo propone Echeverría, la contradicción esencial de la crítica al capital que efectúa Marx. Para esto contraponemos la teoría del valor de uso desarrollada por Echeverría con la teoría del plusvalor planteada por Marx.

EL PROBLEMA DE LA «DETERMINACIÓN FORMAL» DEL VALOR DE USO EN MARX Y LA CRÍTICA DE ECHEVERRÍA

El hecho paradójico de que Marx construya todo su discurso en *El capital* con el trasfondo crítico al valor de uso, pero no lo desarrolle teóricamente se explica —según Echeverría— porque en la economía política, criticada por Marx, el concepto de valor de uso había alcanzado un muy escaso desarrollo.

Este se habría convertido en problema teórico cuando la expansión histórica del capitalismo pone en crisis los «milenarios equilibrios locales entre el sistema de las necesidades de consumo y el de las capacidades de producción», hecho que Marx no pudo ver (B. Echeverría, 1984: 34; 1998a: 156). Por otra parte, Echeverría señala otra razón más profunda para el «descuido» de Marx. Siguiendo a la Escuela de Fráncfort, considera que el límite que impide a Marx avanzar en un tratamiento del valor de uso, de la «vida concreta», consiste en que su discurso está «atrapado» en la visión de la *Aufklärung* y el «mito de la revolución», lo cual se expresaría –principalmente– en la confianza de Marx deposita en el desarrollo de las fuerzas productivas (B. Echeverría, 1998a: 64-67).

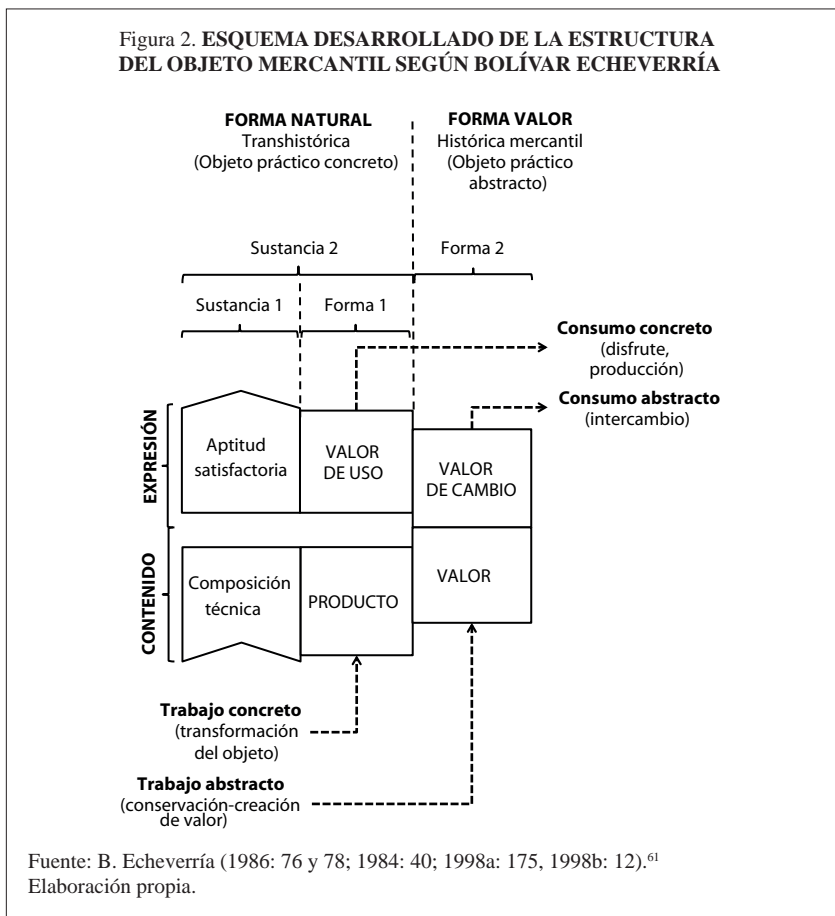
En nuestra «Introducción» vimos que la discusión teórica sobre el valor de uso en Marx gira en torno a la noción de «determinación económica formal». Aunque Echeverría no hace mención a este tema, desde nuestro punto de vista consideramos que poner en relación al concepto de valor de uso con la idea de la «determinación formal» aporta otros elementos para comprender por qué Marx no desarrolla una teoría del valor de uso, al tiempo que contribuye para una aproximación a la complejidad del valor de uso en Echeverría.

La cuestión de la «determinación formal» tiene que ver con lo que Marx señala en la *Contribución a la crítica de la economía política*: «el valor de uso no expresa [...] relación social de producción alguna» (K. Marx, 2008: 10). En los *Grundrisse* aparece también esta idea expuesta más o menos en los mismos términos, allí Marx se pregunta si el valor de uso puede tener una determinación económica formal y señala que su investigación buscará establecer, precisamente, cuándo entra en esa determinación y cuándo queda fuera de ella (K. Marx, 1982: 207-209).

La preocupación de Echeverría no tiene que ver con que si el valor de uso forma o no parte de la economía política, su interpretación va más allá. Para comprenderlo mejor conviene mencionar una idea de Harvey, en su opinión Marx abandona el «sentido universal» del valor de uso en la primera página de *El capital* para retomar al valor de uso en su relación con el valor de cambio en la segunda (D. Harvey, 2006: 6-7). En contrapartida, Echeverría decide quedarse en la primera página y encuentra que allí está el fundamento crítico del valor de uso tal como lo entendería Marx. En definitiva, se puede observar dos momentos teóricos necesarios, en el primero, es necesario desplazarse hacia el campo de mayor abstracción que busca dar cuenta de ese «sentido universal» del valor de uso, ese es el sentido del concepto de forma natural; para luego volver a la «realidad» del capital y señalar el lugar que el valor de uso en su crítica.

Para Echeverría el valor de uso corresponde en sí mismo a una «forma social», la que sería, en estricto sentido, una «forma social-natural»; lo que tendríamos en la mercancía es el «encuentro» de dos formas sociales que –además– se hallan contrapuestas. Por este motivo, Echeverría se refiere a la economía mercantil y a la capitalista como una forma «puramente social» o

«hipersocial», una forma histórica que contradice a aquella otra forma que es el soporte «natural» de la vida social (B. Echeverría, 1986: 84, 90-96).



61. Es en *El discurso crítico de Marx* (B. Echeverría, 1986) donde están más desarrollados los esquemas sobre la composición de la mercancía. En el ensayo «Comentario sobre el punto de partida de *El capital*», se presenta el esquema más completo sobre la estructura de la mercancía sin considerar la sustancia de la forma natural (p. 76). Este factor sustancial aparece en un esquema distinto (p. 78). En «Valor y plusvalor» se introducen dos definiciones importantes, a saber: la forma natural es la «valía social-natural», mientras que la forma valor es la «valía social-comercial» del objeto mercantil, y el doble nexo entre trabajo concreto-forma natural y trabajo abstracto-forma valor (p. 91).

La base sobre la que Echeverría construye su teoría del valor de uso en relación con el «objeto práctico», es el análisis que hace Marx de la mercancía en *El capital*, en particular de su señalamiento de que la mercancía contiene una «forma natural» o valor de uso y otra «forma valor» o valor de cambio (K. Marx, 1975: 58). Desde el punto de vista de Echeverría, la mercancía es —en principio— una forma histórica del «objeto práctico». Según su análisis la mercancía se halla formada por dos tipos de objetividad, una «social-natural» (producto-valor de uso) y otra «de intercambio» (valor-valor de cambio) (B. Echeverría, 1986: 79-80). Pero, la «sustancialidad» del objeto concreto social-natural se descompone también en forma y sustancia. Este paso argumental es decisivo, puesto que establece así que este objeto es ya en sí mismo una «donación de forma» primigenia. De modo que, intentando una síntesis de los distintos esquemas que Echeverría elabora sobre el «objeto natural» y el «objeto mercantil» tenemos la estructura que exponemos en la figura 1.

Este complejo análisis de Echeverría deja ver que en la mercancía existe un proceso básico de «elección formal», el de la forma social-natural. La forma «primaria» es la forma propiamente social (singular y concreta) que se realiza sobre la sustancia «natural» (general y abstracta). Sobre este primer nivel formal se superpone otro, el de la forma valor (histórica). Pero, en este entramado de relaciones, los ejes articuladores son sustancia-forma y expresión-contenido.

Se evidencia aquí otro elemento sustancial del argumento de Echeverría, la forma valor de la mercancía es una forma *derivada*, por eso guarda correspondencia con el objeto práctico en su forma social-natural. Como se puede ver, toda su reflexión sobre el objeto práctico y la mercancía se hace desde el esquema lingüístico de Hjelmslev (1974). Esto le lleva a sostener que el objeto práctico social-natural se diferencia del objeto puramente natural por su condición de «hecho comunicativo» que se da entre el sujeto productor concreto y el sujeto consumidor concreto (B. Echeverría, 1984: 42; 1986: 75-77; 1998a: 181-182; 2010a: 76).

Ahora bien, la dificultad radica en que, para Marx, la materialidad del valor de uso no puede expresar por sí sola lo que él entiende por «determinación formal» o «forma social»: relaciones sociales de producción (K. Marx, 1975: 58-59; 2008: 10). Y en esto es necesario ser muy precisos, esta consideración no significa que Marx niegue la importancia del valor de uso. Tampoco —y esto es sumamente importante— que reduzca todo el contenido del valor de uso a pura funcionalidad y elimine toda su «riqueza cualitativa», de hecho en la *Contribución* dice que el valor de uso no puede expresar aquellas relaciones sociales «[a] pesar de ser objeto de necesidades sociales, y hallarse por ende en un contexto social» (K. Marx, 2008:10). Es decir, Marx está consciente de

que el valor de uso corresponde a toda ese complejo contexto, pero en cuanto objeto no puede expresar cómo fue producido.⁶²

En *El capital* Marx insiste repetidamente en que durante las metamorfosis que sufren tanto la mercancía como el capital, al asumir estos la forma concreta de objeto pierden por entero su «determinación formal», *aparecen* únicamente como un valor de uso (K. Marx, 1975: 58, 62, 248-249, 376). En suma, como objetos aislados, las mercancías no son más que «cosas», valores de uso, y en su materialidad no es posible leer los signos de su condición social de objetos de trabajo humano. El apartado sobre el fetichismo de la mercancía habla de esta difícil condición de los objetos mercantiles, puesto que las relaciones sociales son indescifrables en el modo en que aparecen en el sustrato material (87-113). Pero, decir que son «simples» valores de uso no significa que son objetos «neutros», todo lo contrario, son los enriquecidos objetos materiales propios del capitalismo, esos en los que las relaciones sociales de producción aparecen transfiguradas como si fuesen parte de su «forma natural».

De modo que, se puede interpretar el planteamiento de Echeverría como un desplazamiento en el contenido que la categoría de «determinación formal» tiene para Marx: de las relaciones sociales de producción a las relaciones entre producción y consumo. La cuestión central es que para Marx lo primordial no radica en observar la relación entre el «sujeto productor» y el «sujeto consumidor», sino en lograr establecer cómo está constituido el «sujeto productor», principalmente, ya que este se halla conformado por las relaciones sociales de producción. Echeverría deja fuera de su problematización este aspecto fundamental en beneficio de la vinculación entre reproducción material y semiosis.

Las dificultades que resultan de este ambicioso intento de «universalización» del valor de uso que Echeverría lleva a cabo implican –como se puede ver– una reformulación del problema de la mercancía. En Marx el valor de uso mantiene una relación de «interioridad» con el valor, en rigor, no existen como sustratos separados en términos de la determinación formal, por supuesto esta tiene un doble carácter en sus formas «específicas» natural y valor, pero es su unidad –contradictoria si se quiere– la que explica a la mercancía. Efectivamente, para Marx, la mercancía contiene dos «objetividades», una natural (valor de uso) y otra social (valor), pero solo la segunda puede llamarse propiamente social o correspondiente a la «determinación formal». Por eso Marx no habla de una forma «social-natural», utilizará expresiones como «sustancia natural» o «forma natural» refiriéndose siempre a la materialidad de la mercan-

62. Marx encuentra que los únicos objetos que pueden decir algo sobre esto son los «medios de trabajo», e incluso allí es bastante específico, no cualquier instrumento, sino los de carácter mecánico, puesto que ellos permiten comprender no el *qué* de la producción, sino el *cómo* de ella (Marx, 1975: 218).

cia. Al atribuirle al valor de uso una configuración de «forma social», es decir, de «determinación formal» semejante a la que tiene el valor, este se convierte en una entidad «autónoma» que entra en una relación exterior con el valor y, entonces, puede ser vista como distorsionada, reprimida o sacrificada por este.

Esta especie de condición «fija» que Echeverría le atribuye al valor de uso de la mercancía, limita las posibilidades de observar su carácter «relacional» —como diría Harvey— en el discurso de Marx. En otras palabras, la condición de existencia del valor de uso, para Echeverría, es la de subordinación o subsunción «estructural». Los problemas que esto plantea son ¿cómo se explica la politicidad cósmica (concreta) del proceso abstracto la valorización?, ¿dónde se encuentran la lógica concreta del valor de uso con la lógica abstracta de la valorización?, y —en especial— ¿ese encuentro supone siempre subordinación?

Nos parece que la categoría clave planteada por Marx para aproximarse a algunas respuestas es la de la «materialización» de las relaciones sociales de producción, la cual tiene lugar en el ámbito de la circulación y en el de la producción. En el apartado sobre el fetichismo de la mercancía, Marx lo establece con claridad: lo específico de la relación mercantil es la forma *material* objetiva que asume el carácter social del trabajo que por su naturaleza es abstracto y corresponde al estrato del valor (K. Marx, 1975: 88-89). Al analizar la «forma simple» del intercambio mercantil Marx plantea que al interior de la mercancía no es posible evidenciar la contradicción valor de uso-valor, ya que en su corporeidad es «puro valor de uso», por ello requiere «desdoblarse» y materializar su propio contenido de valor en otra mercancía, requiere mostrarla como externa a su materialidad física. La primera mercancía asume una «función relativa» y se expresa, como valor, en la materialidad de la segunda mercancía, la que adquiere una «función equivalente» (71-72 y 74-76). Todo esto hace que el contenido de valor de la mercancía aparezca como una propiedad material del valor de uso, algo que no es su condición propia, así la forma mercancía proyecta el carácter social del trabajo como carácter material de los productos de trabajo (88).

En su ensayo «Comentario sobre el punto de partida de *El capital*», Echeverría (1986: 64-85) expone claramente este proceso, pero su interpretación añade algo con relación al valor de uso de la mercancía que cumple la función equivalencial, en ella, sobre su forma social-natural se superpone la forma valor y con ello introduce su tesis general de la subordinación de la forma natural. Sin embargo, según Marx, en la función de equivalente la mercancía no tiene dos formas sociales, tiene una sola, la de servir de expresión de valor, puesto que la posible forma «social-natural» en esa específica función queda suspendida, no subsumida necesariamente (K. Marx, 1975: 72-73). Y no solo eso, la función de expresión de valor no consiste en un sucedáneo de la dimensión abstracta que se «superpone», existe («se pone») en la materialidad del valor de uso. Esto se

explica por el doble carácter del valor de uso en Marx, aspecto no tratado por Echeverría, el hecho de que posee un estrato cualitativo y otro cuantitativo. En el primero el valor de uso hace posible la relación social mercantil porque confiere a las mercancías una condición de valor-de-uso-para-otro, es decir, socialmente no pierde su condición de valor de uso, es más, ella es la condición de posibilidad del intercambio; en el segundo, por su parte, la dimensión cuantitativa del valor de uso (cantidad de valores de uso) permite volverse concreta a la magnitud de valor abstracta (Marx, 1975: 65-67; 2007a: 358).⁶³

La confusión de la posible coexistencia de dos formas sociales es producto del tipo de relación mercantil que estamos analizando: la forma simple. Aquí la función del valor de uso es ambigua e inestable porque las mercancías se refieren entre sí indistintamente, la función relativa y la equivalencial cambian de lugar aceleradamente. Es en la forma dinero, es decir la forma más desarrollada de la relación mercantil, según Marx, donde la coincidencia entre forma natural (materialidad de la mercancía, no dimensión «social-natural») y expresión de valor se hace evidente. Así, para Marx, son las propiedades físicas de los metales preciosos los que les permiten convertirse en la mercancía en la que se fija la función equivalente, es decir, su materialidad («forma natural»), contiene la posibilidad de servir como valor de uso que expresa valor (K. Marx, 1975: 109). Además, señala que el apareamiento del «equivalente general» hace que al expresarse el valor en una sola mercancía, las otras difieren su valor no solo de su valor de uso, sino de toda forma de valor de uso (81). Dicho de otro modo, la relación mercantil basada en un equivalente general «suspende» el contenido de valor de las mercancías aisladas y las obliga a «traducirse» a la forma material de ese valor. Como consecuencia de ello –dice Marx– en el «dinero mundial» –la modalidad más desarrollada del dinero– la «forma natural es al mismo tiempo forma directamente social de realización del trabajo humano en abstracto» (174).

Es por eso también que Marx, al indagar por el carácter de fetiche de la mercancía, afirma que la explicación de este no radica ni en el valor de uso, ni en la sustancia de valor ni en la magnitud de valor inclusive; sino en el valor de cambio, es decir la forma valor (Marx, 1975: 87-88). Curiosamente aquí parecen invertirse los términos: el contenido de valor, el carácter social del trabajo, termina subordinándose a la materialidad del valor de uso.

Pasemos ahora al lugar del valor de uso en la producción capitalista. Aquí tiene lugar otro proceso de materialización que hace posible a la relación

63. Una interesante discusión acerca de este «doble carácter» del valor de uso, puede verse en John Clay y Cheol-Soo Park, «The Deep Difference between Labor and Use-Value: Comment/Reply», en *Science & Society*; No. 70-3, Nueva York, Guilford Publications, 2006.

social de producción que enfrenta al capitalista y al trabajador. Se trata de la transformación que tiene lugar entre capital constante y capital variable o, visto como proceso de producción sin más, en la relación entre fuerza de trabajo y medios de producción; «trabajo vivo» y «trabajo muerto», respectivamente (241-254). La única posibilidad real de que el capital pueda extraer plusvalor mediante la utilización del valor de uso de la fuerza de trabajo (creación de valor) consiste en adquirir una consistencia material concreta, es decir en contraponer a la fuerza de trabajo valores de uso (medios de producción). El capital asume la forma natural de un conjunto de valores de uso que están destinados a la producción de valores de uso (K. Marx, 1976b, 103). Por este motivo, si se ve solamente como proceso de trabajo, no es posible descubrir cómo se produce el plusvalor y –principalmente– su apropiación por el capitalista.

Esto nos conduce a un tercer nivel en el que este proceso de materialización de las relaciones sociales implica al valor de uso de manera directa. Se trata de la metamorfosis del capital industrial, es decir, las sucesivas transformaciones que conforman el ciclo del capital: capital-dinero, capital-mercancías y capital productivo (K. Marx, 1976a: 29-116). Este ciclo –según Marx– alude al capital social global, no al capital individual, y supone que debe realizarse en su totalidad para alcanzar la reproducción del capital (K. Marx, 1976b: 52, 66-67, 113). En este ciclo, el capital debe «materializarse» en el valor de uso, sin su existencia en las formas funcionales de capital-mercancías y capital productivo, que es donde se transforma en un «objeto práctico concreto», no es posible que el ciclo se cumpla.

Finalmente al tratar las rentas y sus fuentes, la materialización de las relaciones sociales muestra todo su alcance crítico. Marx insistirá en que la «fórmula tripartita» ganancia-renta de la tierra-salario, tal como la entiende la economía política, no solo habla de una forma de distribución del resultado de la producción, sino que fija ese resultado a fuentes materiales: la ganancia aparece como producida por los medios de producción, la renta por la tierra y el salario por el trabajo. Es decir, en particular en los dos primeros, el contenido de valor se vuelve parte de la materialidad de las cosas, se «autonomiza» de las relaciones sociales que lo hacen posible (1050). Al respecto, en un conocido pasaje, Marx afirma:

En capital-ganancia o, mejor aún, capital-interés, suelo-renta de la tierra, trabajo-salario, en esta trinidad económica como conexión de los componentes del valor de la riqueza en general con sus fuentes, está consumada la mistificación del modo capitalista de producción, la cosificación de las relaciones sociales, la amalgama directa de las relaciones materiales de producción con su determinación histórico-social: el mundo encantado, invertido y puesto de cabeza donde *Monsieur le Capital* y *Madame la Terre* rondan espectralmente como caracteres sociales y, al propio tiempo de manera directa, como meras cosas (1056).

No obstante, el modo en que Marx plantea este problema obliga a ir más allá de la «contradicción básica» contenida en la mercancía e inclusive en la relación mercantil. Si bien, las alusiones al valor de uso y su lugar en la determinación formal son decisivas, lo que se puede ver es que las relaciones sociales de producción capitalista involucran, tanto al valor de uso como al valor, que las metamorfosis del capital se mueven entre uno y otro, y que el capital es ambas cosas. Es más, por esa razón resulta muy complicado reducir el capital o el trabajo a uno de los dos valores en la crítica de Marx. Cuestiones como la relación entre el trabajo objetivizado y el trabajo vivo (en estado de fluidez), o la tendencia a la superproducción hacen difícil atribuir de modo absoluto al valor de uso un carácter contradictorio respecto al capital. En suma, se debe tener en cuenta que la importancia del valor de uso en Marx, proviene de la inusitada importancia que adquiere en el capitalismo, por la forma política particular de este régimen de producción, es decir, su necesidad de materializar las condiciones de dominación, de convertir a la esfera material de la economía en el lugar privilegiado en el que aquellas condiciones adquieren existencia social, a diferencia de las sociedades precapitalistas en las que los valores de uso son transparentes porque aquellas condiciones son sobre todo extraeconómicas.

ENTRE LA «PRODUCCIÓN SOCIAL EN GENERAL» Y LA «FORMA NATURAL» DE LA REPRODUCCIÓN SOCIAL

El esbozo de Marx sobre el que Echeverría construye su teoría de la «forma natural», corresponde a dos categorías que aparecen en distintos momentos de su obra: la «producción en general» y el «proceso de trabajo». La primera se encuentra en la conocida *Einleitung* (Introducción), de 1857 (K. Marx, 2006); mientras que la segunda se desarrolla específicamente en *El capital* (K. Marx, 1975: 215-240).⁶⁴ Ambas son consideradas por Marx como la definición de una forma general de la producción que subyace a todas las sociedades, de sus rasgos comunes. La «producción en general», descrita en la *Einleitung*, hace referencia a un esquema abstracto del conjunto de la reproducción social de la vida material, puesto que Marx intenta una aproximación a las «relaciones generales» entre las distintas esferas de ese proceso de reproducción: producción, distribución, circulación y consumo (K. Marx, 2006: 39-50). En el complejo argumento que desarrolla le asigna un carácter dominante a la producción, aunque dista de reducirlo a un simple mecanicismo productivista:

64. K. Marx, *El capital...*, libro I, sección III, cap. V.

El resultado al que llegamos no es que la producción, la distribución, el cambio y el consumo sean idénticos, sino que constituyen las articulaciones de una totalidad, diferenciaciones dentro de una unidad. [...] Una producción determinada, por lo tanto, determina un consumo, una distribución, un intercambio determinados y *relaciones recíprocas determinadas de estos diferentes momentos*. A decir verdad, también la producción, *bajo su forma unilateral*, está a su vez determinada por los otros momentos (49-50).

Las relaciones recíprocas –dice Marx– que se establecen entre esas esferas configuran un «silogismo» (*Schluss*), la producción constituye la premisa universal, la circulación y la distribución, la particular, y la individual es el consumo (39).⁶⁵

La categoría de «proceso de trabajo», por su parte, establece al valor de uso como su resultado (K. Marx, 1975: 219) y permite ver también otro aspecto, apenas mencionado en el esquema de la «producción en general» de la *Einleitung*, que reviste enorme importancia para la teorización de Echeverría: el metabolismo hombre-naturaleza, de la relación recíproca de subjetivación y objetivación que tiene lugar entre ambos. Marx afirma que el «proceso de trabajo» es, sobre todo, intercambio entre la naturaleza y el hombre, un «cambio de forma» que este efectúa sobre aquella (K. Marx, 1975: 215). Este intercambio metabólico no solo se presenta de modo directo por medio del proceso de trabajo. Este puede interrumpirse para dar paso a la acción de procesos naturales que «completan» el proceso de producción, Marx lo explica así cuando se refiere al tiempo de circulación del capital (K. Marx, 1976a: 144-145). Esta consideración hace posible situar la diferencia puntual entre proceso de trabajo y proceso de producción en el ámbito general y abstracto al que nos estamos refiriendo.

Conviene ahora volver sobre una de las relaciones recíprocas del esquema planteado en la *Einleitung*, a la que Marx presta especial atención: la relación producción-consumo (K. Marx, 2006b: 40-44). Creemos encontrar en esta relación uno de los fundamentos decisivos de la teoría de Echeverría sobre la forma natural. Marx plantea la existencia de una identidad entre ambas que se expresa en una mutua determinación, «la producción es inmediatamente consumo, el consumo es inmediatamente producción» (41). Marx procura mostrar que no se puede pensar en estos procesos como ámbitos aislados con relaciones puramente externas y fortuitas. En este sentido la producción no

65. Evidentemente Marx aplica aquí la noción de «silogismo de la existencia» (*Schluss des Daseins*), desarrollada por Georg Wilhelm Hegel, *Ciencia de la lógica*, trad. por Augusta Mondolfo y Rodolfo Mondolfo, Buenos Aires, Solar, 1968, p. 585-604 (ed. alem., *Die Wissenschaft der Logik*, en *Werke.*, t. 8, Fráncfort, Suhrkamp, 1986, p. 330-350). Es sabido que durante la redacción de los *Grundrisse*, Marx trabajó sobre la base de una relectura de este texto hegeliano, ver «Carta de Marx a Engels. 14 de enero de 1858», en Marx (2006: 83).

alcanza su «realización» hasta que el producto haya sido consumido, hasta que no haya sido disuelta su «forma de cosa»; al tiempo, que el consumo al volverse efectivo obliga a la repetición de la producción, fija la habilidad productiva y con eso constituye al productor y al producto, define así a la producción (K. Marx, 2006: 43). Esta es la razón que diferencia al «producto» del objeto simplemente natural, el producto solo se realiza como tal en el consumo (41).

Esta formulación constituye el soporte conceptual sobre el que Echeverría «completa» el esbozo de Marx, desarrollándolo en dos direcciones. Por un lado, reconstruye el proceso de consumo proyectando hacia él los elementos que Marx propone para el proceso de trabajo, de modo que Echeverría habla de «instrumentos de consumo», «objeto de consumo», etc.; desarrolla además el concepto de «objeto práctico» como unidad de «producto» y «bien o valor de uso». Por otro lado, es sobre este esquema básico que es posible «superponer» el esquema de la comunicación planteado por Jakobson. Además, queda señalada la importancia que en la relación producción-consumo tiene el concepto de «forma» que será fundamental en el desarrollo que hace Echeverría de los indicios dejados por Marx.

En la «Introducción» de 1857, Marx menciona al «animal político» aristotélico. Aparece en el marco del cuestionamiento que Marx hace de la noción del «individuo aislado», presente en la economía política: «El hombre es en el sentido más literal un ζῷον πολιτικόν [animal político], *no solamente un animal social*, sino un animal que solo puede individualizarse en la sociedad» (K. Marx, 2006b: 34), (Subrayado nuestro). Marx hace una distinción —que obliga a pensarla más como una incógnita— entre «animal social» y «animal político». El sentido de esta diferencia apunta a cuestionar la noción de que el hombre en sociedad es la suma de individuos, de que la sociedad es una simple «necesidad exterior» o un medio para la consecución de fines privados y nada más. Esto nos conduce hacia lo que está en la disputa central que plantea ese texto, el concepto fundamental para la crítica de la economía política es el de relaciones sociales de producción; la politicidad de lo humano radica en la forma concreta que adquieren esas relaciones.

Es obvio que Echeverría no elude el concepto clave de Marx que define a la sociedad como política: las relaciones sociales de producción. Este permite pasar de la mera asociación exterior de individuos a comprender que en la individualidad esas relaciones se hallan —por decirlo así— «interiorizadas». Este criterio es fundamental en la manera en que Echeverría entiende al sujeto social y la dialéctica entre el sujeto individual y el sujeto «colectivo» (B. Echeverría, 1984: 39; 1998: 173). Echeverría, al igual que Marx, considera que el sujeto social se define a partir del sistema de relaciones que vinculan a los miembros de una sociedad. El problema no radica en esto, tiene que ver con que ahí donde Echeverría encuentra una posibilidad de avanzar hacia una teo-

ría general, Marx parece detenerse, precisamente por la comprensión política que demanda avanzar más allá en ese nivel de teorización.

La distancia que toma la formulación de Echeverría respecto de la de Marx se pone de manifiesto en un significativo desplazamiento teórico que es señalado con acierto por Gandler: Echeverría pone en el mismo nivel producción y consumo (S. Gandler, 2007: 306, 307 y 333).⁶⁶ Con ello tiende a ver al segundo en situación de «exterioridad» respecto del primero. Es por eso que Echeverría habla de «relaciones de consumo» en un sentido similar al de «relaciones de producción» (B. Echeverría, 1984: 34; 1998a: 158; 2010a: 56), mientras que en el argumento de Marx están ausentes aquellas. Esta «nivelación» de ambos procesos va en sentido contrario a lo planteado por Marx, puesto que su concepto de «producción en general» crítica precisamente la idea de que estos procesos constituyen esferas separadas que se relacionan como exteriores. Pero Echeverría no solo pone en el mismo nivel al consumo, también lo hace –y esto no es señalado por Gandler– con la distribución, y lo hace de tal modo que llega a decir que en la forma natural existe un «proyecto de *distribución*» (B. Echeverría, 1984: 39; 1998a: 172). Y aquí el contraste con Marx es mucho más evidente en relación con el contenido político de las relaciones sociales. Para empezar Marx habla estrictamente de relaciones sociales de producción y se sirve de estas para criticar la noción de que existen «relaciones de distribución» separadas de las primeras. Apunta que la distribución de productos es apenas una manifestación de otra «distribución» que ocurre en la producción y que concierne tanto a la distribución de instrumentos de producción como a la que se ubica a los miembros de la sociedad en distintas ramas de la producción (K. Marx, 2006: 45-46). En otras palabras, esta «otra» distribución es precisamente el contenido de las relaciones sociales de producción. No es una cuestión teórica menor, todo el argumento de la «desmitificación de la realidad» del libro III de *El capital* (Marx, 1976b), como la llama Echeverría (1986: 59-60), está sustentado en esta tesis. Restituir la dinámica de la ganancia, el interés, el salario y la renta al campo de las relaciones de producción es lo que anima la exposición que allí Marx efectúa. En definitiva, más que un «proyecto de distribución» lo que estaría en juego para Marx es un «proyecto de producción».

Por eso la categoría exacta en Marx es la de «producción en general». En rigor, el fundamento de una posible «forma natural» es la producción en el particular sentido que Marx le atribuye, no una relación de «inestables equilibrios» entre la producción y el consumo mediados por la distribución. Mirando

66. Gandler puntualiza esta diferencia en relación con la lectura que Alfred Schmidt hace sobre el valor de uso, remitiendo este concepto a la producción más que al consumo. Señala, además, que llama la atención que Echeverría no haga referencia a Schmidt (Gandler, 2007: 306-307).

con detenimiento se puede decir que la centralidad de la producción para Marx deriva de la condición que tiene como ámbito específico de la constitución de lo humano. El metabolismo hombre-naturaleza tiene como sustrato primigenio al campo de la producción y, más específicamente, al proceso de trabajo. Es este proceso, que puede equipararse al de la producción «bajo su forma unilateral», el que delimita las «condiciones de posibilidad» de una forma social determinada. La transnaturalización –siempre intentando seguir a Marx– ocurre por la intermediación del trabajo. Luego de este, todo es sociedad, la sustancial diferencia con el consumo radica en que, hallándose este en el ámbito general del intercambio metabólico hombre-naturaleza, ocurre ya mediado por el trabajo. Las relaciones de identidad entre producción y consumo deben circunscribirse a esta perspectiva general, no hay mecanicismo en Marx porque entiende que las relaciones recíprocas suponen modificaciones en la producción, porque van definiendo las condiciones tanto del sujeto como del objeto; pero estas relaciones se hallan en el campo establecido por la producción en primer lugar. Ese es el sentido del «silogismo marxiano» que convierte a la producción en la premisa universal; desde esta perspectiva es muy difícil hablar de «relaciones sociales de consumo». Echeverría pone en cuestión ese «silogismo».

Si se quiere hallar una «ontología marxista» el concepto fundamental para ello es el de trabajo, el «proceso de trabajo» más exactamente. El contenido que Marx le da al *zōon politikón* (ζῶον πολιτικόν) es el de las relaciones sociales de producción. Dar «forma política» a la vida social es dar forma a esas relaciones; asimismo, es al interior de esas relaciones sociales que ocurren los procesos de cambio, distribución y consumo. Echeverría no deja de lado el modo en que Marx comprende estas relaciones, como tampoco lo hace con la identidad producción-consumo, el problema es que lo circunscribe a lo que en términos de Marx es el proceso de trabajo, mientras que para este las relaciones de producción estructuran toda la forma específica de reproducción social que asume una sociedad determinada. El intento de Echeverría por poner al consumo en el mismo sustrato «universal» de la producción genera ciertas dificultades teóricas en su concepto de «forma natural». Estas son visibles en el tratamiento del «consumo productivo» y en la cuestión de los «instrumentos de consumo».

Si se mira el diagrama de la reproducción social de Echeverría (figura 1) se puede entender mejor esto, para diferenciar la producción y el consumo utiliza dos círculos *separados* que se vinculan por líneas que grafican el flujo que se da entre ellos por intermedio del objeto práctico (B. Echeverría, 1984: 37; 1998: 169; 2010a: 49). ¿Cómo incluir al «consumo productivo», al que hace referencia Marx, como parte de uno de los niveles en los que tiene lugar la identidad entre producción y consumo? Echeverría lo ubica en el círculo de la producción, dejando para el del consumo exclusivamente al «consumo improductivo». La dificultad radica en que el nivel en que Marx esboza, en la

Einleitung, la referencia a este concepto es el de la «identidad inmediata» entre producción y consumo. En concreto el problema aparece cuando Echeverría se encuentra con que los instrumentos de consumo pueden «confundirse» con los de producción. Más complicado aún, como distingue además la existencia de un «objeto de consumo» –contraparte del «objeto de trabajo» de Marx– el instrumento de consumo puede «confundirse» o «compartir materia» con ese objeto (B. Echeverría, 1984: 41; 1998a: 179; 2010a: 63-67). Esta es quizá la mejor ilustración del problema que plantea la noción de «identidad inmediata» de Marx en el esquema de esferas separadas de Echeverría; da cuenta del núcleo teórico del problema planteado: suponer que el proceso de consumo tiene una estructura similar al de la producción que es una especie de «reflejo especular» de la producción. Esto dificulta comprender la especificidad del consumo y la forma particular de sus relaciones con la producción.

Estas dudas se derivan del contraste con lo planteado por Marx. Pero, esto nos permite pasar al que parece ser el problema central en esta discusión. Se podría decir que Marx entiende que la producción en general está constituida por dos planos. El primero de ellos referido estrictamente al «proceso de trabajo» y el segundo constituido por algo que resulta crucial en su esbozo teórico general: las relaciones sociales de producción. Habíamos dicho, líneas arriba, que Echeverría avanza ahí donde Marx parece detenerse, y este es el punto en que toman direcciones distintas. Tal parece que Marx entiende que pasar al segundo plano no es posible desde una teoría general, puesto que en este se constituyen las «diferencias específicas» (históricas) entre sociedades. Es el componente más importante en su modo de interpretar la sociedad, pero este no puede explicarse desde conceptos abstractos o «simples» (K. Marx, 2006: 50). Esta parece ser la razón por la que al retomar el tema en *El capital* se limita a exponer lo que estrictamente es el «proceso de trabajo». Pero no solo eso, establece con toda claridad que esta formulación abstracta no explica nada acerca de las particularidades de las formas históricas concretas: «[l]a producción de valores de uso, o bienes, no modifica su naturaleza general por el hecho de efectuarse para el capitalista y bajo su fiscalización. De ahí que en un comienzo debamos investigar el proceso de trabajo prescindiendo la forma social determinada que asuma» (K. Marx, 1975: 215). Formulación presente también en los *Grundrisse* (Marx, 1982: 244-245) y la *Einleitung* (K. Marx, 2006: 38).

Es por ello que –dice Marx– su aproximación se limita al hombre como un concepto general, ya que en este plano teórico no cuentan las relaciones que los hombres establecen entre sí para producir. Es más, anota que el capitalismo no tiene diferencia alguna con otras formas sociales en este plano general, que considerado así el proceso de trabajo es indiferente si se realiza para el esclavista, el señor feudal o el capitalista (K. Marx, 1975: 223).

El carácter transhistórico de la forma natural, su condición de código que se actualiza en distintas subcodificaciones históricas, no resuelve este problema teórico, la simultaneidad de producción y significación tampoco lo hace. Todo esto deja por fuera la problematización de la política planteada por Marx, su «completar» al concepto aristotélico: la «selección de forma» (política) que hacen las sociedades es, en primer término, dar forma a las relaciones sociales de producción, no a los objetos; la forma de estos se deriva de la anterior. Y aproximarse desde el materialismo histórico a ese proceso de donación de forma, más precisamente a la dimensión política de ese proceso, supone «elevarse» al plano concreto de lo histórico, no puede conocerse desde el plano puramente abstracto de una «teoría general» de la sociedad.

Por supuesto, esto tiene consecuencias en la interpretación sobre la contradicción entre «forma natural» y «forma valor» en el capitalismo. Desde este punto de vista, las razones que Echeverría alude para explicar por qué Marx no desarrolla el concepto de forma natural resultan insuficientes. Por una parte, el escaso desarrollo teórico del valor de uso en tiempos de Marx requiere precisarse. Marx muestra cómo en el discurso de la economía política no solo estaba claramente diferenciado el doble carácter de la mercancía sino su carácter antagónico.⁶⁷ Para Adam Smith la palabra valor hace referencia tanto a la utilidad de los objetos como a su «poder de compra», establece que esa doble condición corresponde al «valor en uso» (*value in use*) y al «valor en cambio» (*value in exchange*), respectivamente. Ambos son disímiles y pueden tener una lógica inversa para Smith, como el agua que tiene enorme valor de uso pero no valor de cambio.⁶⁸ De todos modos, es visible cierta confusión entre los dos términos en Smith. Es Ricardo quien hace una clara diferenciación entre ambos, definiendo –además– a la «riqueza» como «valor en uso»; su crítica a Smith plantea que las condiciones naturales inciden en el valor de uso, pero no en el valor de cambio (*exchangeable value*).⁶⁹ Marx, según sus propias palabras, no descubre esa contradicción, pero trastoca completamente la forma en que se comprendía esa diferencia (K. Marx, 1976b). Por otra parte, la idea de que los «equilibrios arcaicos» saltaron en pedazos con la expansión del capitalismo y Marx no pudo tenerlos presentes, también puede despertar dudas; primero, porque Marx los presenció y los convirtió en objeto de su crítica al

67. Karl Marx, *Miseria de la filosofía. Respuesta a la «Filosofía de la miseria» de Proudhon*, México DF, Siglo XXI, 10a. ed., 1987.

68. Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, vol. 1, Indianapolis, Liberty Classics, 1981, p. 44-45 (ed. esp.: *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, México DF, FCE, 1958).

69. David Ricardo, *The Principles of Political Economy & Taxation*, Londres, J.M. Dent & Sons, 1912, p. 182-191 (ed. esp.: *Principios de economía política y tributación*, Bogotá, FCE, 1959).

capital (basta ver el capítulo de la «acumulación originaria» en el libro I o el análisis del «capitalismo agrícola» en el libro III de *El capital...*). De hecho Marx entendía cómo se disuelve el origen de la producción cuando los productos entran a la circulación capitalista y se transforman en mercancías o cómo la intensificación de los intercambios mercantiles desestructura la organicidad interna de las comunidades productoras, etcétera.

Pero aquel «olvido» de Marx parece responder a una causa teórica que va más allá de estas consideraciones. Puesto en el nivel abstracto al que corresponde la forma natural, para Marx el capitalismo es una forma histórica de la producción en general —o del proceso de trabajo— y nada más que eso. En rigor, siguiendo a Marx, no hay nada que la distinga de otras formas históricas. De modo que no es posible encontrar una contradicción determinante entre la «producción en general» (o forma natural) y el régimen capitalista porque aluden a dos planos distintos de teorización. En el plano general abstracto tal contradicción no existe, el capitalismo no contradice a la forma natural porque como cualquier sociedad comparte los «rasgos generales» que las definen como sociedades humanas. La contradicción mercantil no habla de esa forma general, habla de una forma histórica específica, del valor de uso *en* el capitalismo, y no solo en el capitalismo, sino en la forma mercantil simple en la que aquel se soporta. Aquí Marx construye una abstracción, sin duda, de ahí su insistencia en que lo que busca en *El capital* es observar el proceso del capital en toda su «pureza»; pero no es una abstracción general similar a la de categorías como producción en general o proceso de trabajo. El nivel de esta abstracción es una especie de «plano intermedio», se trata del nivel abstracto de funcionamiento del capital, por lo que las formas sociales «no-capitalistas» son, se diría, «puestas entre paréntesis». El análisis de estas correspondería a un tercer plano teórico, el que corresponde a lo que ha dado en llamarse «capitalismo histórico»,⁷⁰ en el cual el capital se muestra con todas sus «impurezas»,

70. Immanuel Wallerstein, *Historical Capitalism*, Londres, Verso, 1983 (ed. esp.: *El capitalismo histórico*, trad. por Pilar López Mañez, Madrid, Siglo XXI, 1988). Este autor nos dice que Marx «sabía, lo que muchos no, que hay una tensión en la presentación de su trabajo entre la exposición del capitalismo como un sistema perfecto (que nunca ha existido históricamente) y el análisis concreto de la realidad del día a día del mundo capitalista» (p. 9). Pero Wallerstein ve un límite en lo que en realidad es la potencia radical del pensamiento de Marx tal como la entiende Alejandro Moreano: «[L]a profunda significación de *El Capital* es que no alude a una época o a un proceso histórico sino a una forma y una estructura permanentes que han gobernado y gobernarán la vida humana. El pensamiento crítico de Marx postula la trascendencia revolucionaria en la immanencia del capital. La crítica de Marx se enfila contra el capital como forma pura. Esa es su cualidad central. Y su texto clave es precisamente la negación teórica a la positividad e immanencia del capital». A. Moreano, «Marx, América Latina...», cap. III, p. 31.

sus complejas relaciones con los «valores de uso no-capitalistas»; pero este es un aspecto que Marx no desarrolló porque no era su objeto teórico tampoco.

En otras palabras, Marx no hace ni una teoría general de la sociedad ni una investigación histórica del «capitalismo realmente existente», construye –en estricto rigor– una «teoría crítica del capital». Hemos dicho que Marx encuentra un límite en la posibilidad de una teoría general para explicar las condiciones concretas de la reproducción social. Pero, esto se asienta –además– en el carácter de su proyecto crítico. Marx se empeña en criticar la «naturalización» de las relaciones sociales capitalistas, propia del discurso de la economía política; así como su reduccionismo productivista en el sentido de suponer que toda producción es equivalente a producción capitalista. Se puede decir que lo fascinante de la *Einleitung* de 1857 es la compleja manera en que Marx explica la producción, examen que procura –como vimos– echar abajo la idea de la economía burguesa de esferas separadas; pero, a la vez, el límite que creemos encuentra en esta formulación general proviene de la necesidad crítica que le obliga a exponer al capitalismo en su «diferencia específica», para lo cual una teoría general es poco útil. De ahí su extremo cuidado con la «forma natural».

¿VALOR DE USO-VALOR O CAPITAL-TRABAJO?

Para Echeverría todo el discurso de Marx en *El capital* se soporta sobre el «teorema» central de la contradicción valor de uso (forma natural) y valor (autovalorización del valor), lo que la convierte en la contradicción fundamental del hecho capitalista. Este se convierte, además, en su «teorema básico» para el desarrollo de toda su teoría del valor de uso y de su crítica a la modernidad capitalista. Desde su perspectiva, este planteamiento develaría un plano del pensamiento de Marx que no había sido explorado.

Como hemos dicho en nuestra «Introducción», Echeverría se distancia de otros modos de entender la contradicción fundamental del capitalismo, en particular de aquella que define esta contradicción por la oposición entre capital y trabajo. En la tesis 3 de «Modernidad y capitalismo» (B. Echeverría, 1995: 144-145) define los principales elementos de la «deconstrucción» efectuada por Marx para la problematización de la modernidad, entre ellos no aparece señalada como tal aquella contradicción capital-trabajo. En el mismo sentido, en su trabajo *La contradicción de valor y valor de uso en El capital, de Karl Marx* (B. Echeverría, 1998b) se refiere a las críticas que hablan de la caducidad del pensamiento marxista por efecto de la caducidad del antagonismo capital-trabajo. Pero, Echeverría no pone en cuestión la noción del agotamiento de la antítesis capital-trabajo, sino que sustenta la validez de la crítica

de Marx en la vigencia de la contradicción valor de uso-valor. Esto se aclara en otro de sus trabajos, en el que afirma que el proletariado ha cesado de ser el «lugar» de una vida moderna alternativa porque la totalidad civilizatoria a la que pertenecía ha dejado de existir (B. Echeverría 2006a: 109-110).

Sería un equívoco suponer que la explotación del trabajo no es considerada por Echeverría, esta aparece mencionada en distintos momentos. Lo que diferencia a su interpretación es que la relación capital-trabajo pierde su centralidad, hay un desplazamiento que conduce hacia la contradicción valor de uso-valor como un nivel de la crítica de Marx que le parece tiene un mayor alcance y que permite entender el sentido más radical del discurso marxista al que otras posibles contradicciones podrían estar supeditadas. Es por ello que para Echeverría la categoría de trabajo es una expresión del desarrollo teórico de la categoría valor de uso. Esto porque, desde su perspectiva, los términos de las distintas oposiciones del argumento de *El capital* corresponden a diferentes niveles en los que se expresa la contradicción valor de uso-valor (B. Echeverría, 1986: 56-58; 1998b: 27-28).⁷¹

Lo que hace Echeverría es reconstruir el argumento de la contradicción capitalista a partir de su descubrimiento de lo que considera el teorema básico del texto de *El capital*. Podemos decir que Echeverría entiende que la posibilidad de actualizar o revitalizar al marxismo pasa por «poner de pie» al Marx de *El capital*, es decir inscribir las «otras» contradicciones en el marco más amplio que supone el teorema básico de la contradicción valor de uso-valor. Configurar una relectura que evalúe los alcances de las primeras en función de la segunda, sin perder nunca de vista que ella constituye el trasfondo desde el cual Marx está haciendo su crítica.⁷²

71. Echeverría sostiene que este proceso teórico se efectúa en cinco momentos: a) libro I, cap. 5: la contradicción entre el proceso de trabajo y el proceso de producción de plusvalor; b) libro I, sección 7: la oposición entre el proceso de consumo y el proceso de acumulación de capital (en particular la «ley general de la acumulación capitalista»); c) libro II, sección 1: el enfrentamiento que se da en la forma funcional capital-dinero entre capital productivo y capital improductivo; d) Libro II, sección 3: la antítesis entre, por una parte, valor de uso producido y consumido, y, por otra, valor de cambio que permite ese proceso, y d) libro III, sección 3: el antagonismo entre la tendencia histórica de la acumulación capitalista y la tendencia de la acumulación de capital como crisis a causa de sometimiento del valor de uso (B. Echeverría, 1998b: 27-28).
72. Una muestra de ello se encuentra en su reformulación de los esquemas de la circulación capitalista contenidos en la sección 3 del libro II de *El capital*... Allí Echeverría encuentra que Marx «olvida» su teorema básico y, por lo tanto, se propone reformular dichos esquemas para readecuarlos a la contradicción valor de uso-valor. En concreto, tal como la plantea Marx su reflexión sobre la circulación y, especialmente, el consumo entre trabajadores y capitalistas no permite visualizar del todo cómo se da la subordinación del valor de uso a la valorización del valor (B. Echeverría, 1994).

En definitiva, en su trabajo sobre Marx, Echeverría propone no solo una exégesis (R. Polo, 2012: 255) sino toda una reformulación de la teoría crítica de Marx. Esta operación teórica no revestiría dificultades si, como sostiene Echeverría, trabajo y capital fuesen reductibles a valor de uso y valor; de ser así las relaciones entre valor de uso, valor, trabajo y capital no presentarían mayores problemas teóricos. No obstante, la ambigüedad política del valor de uso planteado por Echeverría sugiere lo contrario, habla de un desajuste entre las «dos contradicciones» definidas por Marx. Veamos algunos de los elementos que ayudan a observar ese desajuste.

Un primer aspecto que requiere analizarse es la relación específica que Marx establece entre valor de uso y valor. De acuerdo a Echeverría la contradicción contenida en la mercancía es «irreconciliable», siguiendo su formulación se convierte en una contradicción «absoluta» al transformarse en la contradicción fundamental del capitalismo. En Marx la contradicción existe, pero no necesariamente se expresa como «absoluta» y este es el ámbito específico de la diferencia con lo planteado por Echeverría.

En las primeras páginas de *El capital* Marx, empieza poniendo en relación al valor de uso con el valor de cambio. Este es su punto de partida, el hecho de que la mercancía aparece como una unidad de ambos, pero, además el valor de cambio aparece como externo a la mercancía, como resultado directo del intercambio mercantil. Esta noción que es propia de la tradición de la economía política y de la «vida de todos los días» es la que debe ser puesta en cuestión, ya que el valor de cambio se origina en la propia mercancía aunque no como tal valor de cambio. El concepto que le permite a Marx poner en cuestión al valor de cambio no es precisamente el de valor de uso, es el de valor (K. Marx, 1975: 45-49). La idea de que la mercancía –a más de trabajo concreto– es trabajo abstracto, «trabajo socialmente necesario», permite comprender que el valor de cambio no es más que una expresión cuantitativa y relacional del valor.

Marx señala que el valor contiene dos estratos, uno correspondiente a su substancia y otro a su magnitud (p. 47-48). Es decir, al valor le corresponde un nivel cualitativo y otro cuantitativo; se trata de la sutil diferencia entre el trabajo social necesario y el *tiempo* de trabajo social necesario. Si se quiere, el valor como substancia es la inversión «no cuantificada» de trabajo social. Sobre la base de esto se puede decir que el valor de cambio encubre el contenido de valor de la mercancía (p. 58), es decir, entre el contenido de trabajo abstracto y su forma expresión que busca «traducirlo» a las formas concretas de los valores de uso, hay –cuando menos– una tensión.

La importancia del valor para Marx es decisiva, el lugar que tiene este concepto lo convierte en una suerte de «fundamento» de la mercancía. En *El capital* aparece desarrollada –y quizá no suficientemente explicitada– una idea que Marx deja planteada en los *Grundrisse*, en dónde se pregunta si es posible

concebir al valor como la «unidad de valor de cambio y valor de uso» (K. Marx, 1982: 207-208). Esto significa que Marx atribuye al valor una importancia que solo puede explicarse por la estructura teórica «jerárquica» que existe entre los tres conceptos. El fundamento para comprender esta estructura radica nuevamente en los «coqueteos» de Marx con Hegel. En el pasaje citado de los *Grundrisse* afirma que el valor podría entenderse como «substancia general» porque se localiza en el campo de la universalidad, en tanto que el valor de uso y el valor de cambio corresponden a la dimensión de la particularidad. Al vincular esto con lo expuesto en *El capital* y en la *Einleitung* a propósito de la relación entre producción, cambio y consumo, es posible afirmar que la complejidad «silogística» de las relaciones contenidas en la mercancía se debe al orden teórico que hace del valor lo universal, del valor de cambio lo particular y del valor de uso lo individual. Al definir Marx a la mercancía como su concepto básico, parece establecer en ella una relación *inmediata* –en el sentido hegeliano⁷³ entre el valor de uso y el valor, la cual está mediada por el valor de cambio. Esta estructura teórica define la complejidad de las relaciones entre las tres categorías. En *El capital* dice: «un valor de uso, o un bien [...] sólo tiene valor porque en él está *objetivado* o *materializado* trabajo abstractamente humano» (K. Marx, 1975: 47). Mientras que en las *Glosas a Wagner*, afirma:

[y]o no hablo en parte alguna de *la sustancia social común del valor de cambio* digo, por el contrario, que los valores de cambio (pues el valor de cambio sólo existe cuando hay por lo menos dos) representan algo que *les es común*, algo «en absoluto independiente de sus valores de uso» (es decir, aquí, de su forma natural), a saber: el «valor» (K. Marx, 1976: 171).

Se desprende de este análisis que en la mercancía existe una contradicción que es propia de la relación dialéctica entre lo universal y lo individual. Incluso se podría hablar de una subordinación entre los dos términos. Pero esta se vuelve una contradicción de otro tipo por la mediación del valor de cambio en cuanto es lo particular. Cuando Marx es enfático en hablar de contradicción es en relación con el desdoblamiento al que la forma de valor o valor de cambio obliga en la mercancía, la ruptura espacial y temporal que provoca entre el valor de uso y el valor que, como hemos visto, tienen como característica inherente su unidad. No es ni siquiera el carácter cuantitativo del valor, su magnitud, la que

73. Es decir una relación que solo puede volverse «visible» por la intermediación de un «tercer término» (la particularidad). Hegel dirá que en ese estado inmediato lo individual es universal, pero, además ambos configuran una unidad contradictoria pero no necesariamente «irresoluble» (G. W. Hegel, 1968: 588-591). Nos parece que la idea de Marx de que en las sociedades no-capitalistas el valor de uso es «directamente social» hace clara referencia a esta relación inmediata.

provoca esa escisión; es –en todo rigor– la necesidad de referir esa magnitud a la corporeidad material de otra mercancía, a su valor de uso. En consecuencia, la distinción entre valor de cambio y valor resulta crucial para entender el «carácter social» de la dinámica capitalista.

Siendo precisos, para Marx, esta ruptura no se consolida con la relación mercantil, sino con el apareamiento de la forma capitalista que trastoca el fin de la circulación mercantil. En la relación mercantil simple el fin sigue siendo el valor de uso (K. Marx, 1975: 183-187), incluso Marx señala que el valor de cambio no se *realiza* en la circulación mercantil simple, no se contraponen al valor de uso y es por esta razón que este último es «indiferente» frente al primero (183). Con la circulación capitalista ocurre lo contrario, valor de uso y valor de cambio se contraponen porque este último se convierte en su objetivo, pero, además, esto hace que el valor de uso deje de ser indiferente porque se convierte en «valor de uso para el capital» (K. Marx, 1982: 209-210, 358-359).

Pero el concepto de capital desplaza el plano teórico de la contradicción mercantil, puesto que corresponde a otra relación social, ya no mercantil, sino de producción. De hecho, es el paso del análisis de la «apariencia» a la «esencia» señalado por Echeverría (1986: 56) El concepto que engarza ambas esferas y ambos niveles de contradicción es el de plusvalor. Si se asume –como lo hace Echeverría– que entre la contradicción inherente a la mercancía y la contradicción propia del capital hay una continuidad «esencial», es posible concluir que el capital va por el lado del valor y el trabajo por el del valor de uso. No obstante, esto no parece ser lo que sostiene Marx, en *El capital* el paso al plusvalor, implica trasladarse a una contradicción distinta y hasta encubierta por el sentido contradictorio mercantil. Este paso parece explicarse mejor en los *Grundrisse* cuando Marx habla de la diferencia entre el modo simple y capitalista de la circulación, señala que frente al capital los valores de uso distan de serle hostiles, es más, las mercancías como tales no le son antitéticas puesto que el capital las «habita» como sus formas concretas. Anota lo siguiente:

El capital es dinero, por definición, pero dinero que ya no existe en forma simple de oro y plata, ni ya tampoco dinero como dinero en contraposición a la circulación, sino bajo la forma de todas las sustancias: mercancías. Hasta aquí, pues, el capital no entra en contradicción con el valor de uso, sino que, fuera del dinero, sólo existe precisamente en los valores de uso. Estas sustancias tuyas son ahora [...]. Desde este punto de vista lo contrario del capital no puede ser otra vez una mercancía particular, pues en cuanto tal no constituye una antítesis con el capital, ya que la sustancia de este mismo es valor de uso; no es esta mercancía o aquella, sino toda una mercancía. La sustancia común a todas las mercancías, vale decir, su sustancia no como base material, como cualidad física, sino su sustancia común en cuanto *mercancías* y por ende valores de cambio consiste en que son *trabajo objetivado*. Lo único diferente al trabajo *objetivado*

es el *no objetivado*, que aún se está objetivando, el *trabajo* como *subjetividad*. [...] Por cuanto debe existir como algo temporal, como algo vivo, sólo puede existir como *sujeto vivo*, en el que existe como facultad, como posibilidad, por ende como *trabajador*. El único *valor de uso*, pues que puede constituir un término opuesto al capital, es el *trabajo* (K. Marx, 1982: 212-213).

Por lo tanto, no se puede encontrar una dimensión crítica absoluta del valor de uso en el modo en que Marx aborda su relación con el capital. La única mercancía que contradice estructuralmente al capital es la fuerza de trabajo.⁷⁴ La respuesta definitiva acerca de la «determinación económico formal» del valor de uso está aquí, para Marx el trabajo es no-capital (232), es negación del capital, por cuanto es «valor de uso puro», carece de valor en tanto es puro trabajo subjetivo, no objetivado (235). Esto esclarece el carácter de la contradicción capital-trabajo, lo que diferencia sustancialmente al valor de uso de todas las mercancías con el del trabajo es que esta última carece de objetivación material, es pura potencia creadora o puro proceso fluido de creación; cuando se convierte en trabajo objetivado ha abandonado la esfera estricta del trabajo abstracto, se ha convertido en la forma material del capital. Es por ello que la separación del trabajador y su producto (valor de uso) es una condición histórica *sine qua non* del capitalismo. Por esta razón Marx afirma:

Sólo si se busca algo contrapuesto al capital, es posible ocuparse de esta sustancia económica (social) de los valores de uso, o sea de su función como contenido, a diferencia de su forma (pero esta forma es valor por ser una determinada cantidad de ese trabajo). En lo tocante a sus diferencias naturales, ninguna de éstas impide al capital asentarse en ellas, convertirlas en su propio cuerpo, ya que ninguna excluye la determinación de valor de cambio y de mercancía (K. Marx, 1982: 213).

En cuanto a la contradicción valor de uso-valor entendida como contradicción entre proceso de trabajo y proceso de valorización (B. Echeverría, 1986; 1998b), la «diferencia específica» del proceso capitalista de producción –según Marx– presenta una complejidad mayor; en realidad, no son dos sino tres los procesos que se conjugan en ella. Marx habla de un «proceso de trabajo» (*Arbeitsprozeß*), otro de «formación de valor» (*Wertbildungsprozeß*) y uno más de «valorización» (*Verwertungsprozeß*). Estos dos últimos se distinguen porque la valorización supone la «prolongación» del proceso de creación de valor. De modo que si el proceso de producción es la unidad de proceso de trabajo y proceso de formación de valor nos encontramos en el ámbito de la

74. Hay que tener en cuenta que en los *Grundrisse*, Marx aún no ha desarrollado esta categoría como tal, por eso se refiere a ella simplemente como «trabajo».

producción de mercancías; esta se convierte en producción capitalista cuando no se limita a la formación de valor, sino que transforma a esta en valorización (K. Marx, 1975: 226-240).⁷⁵

Uno de los elementos centrales de este análisis es que tanto el proceso de trabajo destinado a valores de uso como el de formación del valor son el *mismo* proceso de trabajo (K. Marx, 1975: 236-237). Esto se vincula con la idea de que existe una identidad o relación inmediata entre el trabajo abstracto y el trabajo concreto. La ruptura ocurre cuando el capital determina el proceso de materialización en el valor de uso que implica la relación de valor (forma valor). Es por ello que este «dominio materialista» del capital descansa sobre la conversión del trabajo, como creador de valor, en fuerza de trabajo, es decir, en el único modo en que esta puede materializarse, a saber: en la corporeidad del trabajador (207-210).

Consecuentemente, el paso de la teoría del valor a la del plusvalor significa en Marx un cambio de plano que nos lleva a una contradicción distinta, que –sin duda– se soporta sobre la contradicción valor de uso-valor, pero no es la misma. Nos encontramos frente a la contradicción trabajo-capital que supone una compleja relación entre valor de uso y valor. La finalidad del régimen capitalista es la producción de plusvalor, pero el mecanismo que hace posible cumplir esta finalidad es el dominio del trabajo abstracto en «estado puro» mediante los valores de uso. Esto tanto en la producción como en el cambio y el consumo. Cuando Marx habla del proceso de trabajo en *El capital* distingue el trabajo como «dinamismo» y como «quietud», el proceso de trabajo como tal es fluidez, su resultado, el producto, es fijación. Esta distinción es la que se halla en la base de la contradicción capital-trabajo, el capital domina sobre la objetividad del producto y con ello puede subsumir al trabajo como fluidez. Es precisamente a esto a lo que alude la esencial categoría de la relación entre «trabajo vivo» y «trabajo muerto» (K. Marx, 1975: 219). De hecho, la característica que define al capital variable como tal no tiene que ver con las posibles variaciones cuantitativas de su magnitud, sino con su capacidad de formación de valor (252). Desde este punto de vista, el carácter cuantitativo del valor, convertido en valor de cambio y objetivado en valor de uso, sirve de dispositivo para la subsunción de la sustancia de valor.

El capital es ante todo valor y no deja de serlo en ningún momento dice Marx en los *Grundrisse* (K. Marx, 1982: 252), pero en él todos sus elementos son producto de trabajo ajeno, en cuanto es trabajo objetivado como dominio o poder sobre el trabajo vivo, y esta objetividad del trabajo se convierte en el

75. J. Veraza (2012: 252) se aproxima mucho al problema que tratamos de plantear. Menciona estos tres componentes del proceso de producción capitalista y considera que el valor (trabajo abstracto) es parte de la forma natural; pero no encuentra ninguna tensión entre estos señalamientos y la interpretación de Echeverría.

no-ser del trabajo, en su negación (414-415). Esta condición de objetividad hace que, a través de medios de subsistencia, que son ajenos para el trabajador, la posibilidad de reproducción de la fuerza de trabajo se realice solo como producción de más plusvalor (K. Marx, 1975: 209-210; 771-808; 1976: 33-37; 2000: 102; 2007a: 416).

De modo que, el concepto crítico central para Marx es el trabajo y –en particular– el trabajo abstracto, el trabajo no materializado, el trabajo en proceso de realizarse. El plusvalor como el concepto central de la contradicción capital-trabajo obliga a trasladarse al ámbito del valor como el lugar en que esa contradicción existe. Tanto el análisis que hace Marx del plusvalor absoluto como del plusvalor relativo hablan de que la especificidad del conflicto entre capital y trabajo tiene que ver con la contraposición entre «trabajo necesario» y el «plustrabajo» (K. Marx, 1975: Secc. 3, 4 y 5). En rigor, se trata de un conflicto relacionado con las magnitudes abstractas contenidas en el tiempo que socialmente se destina a la creación de valor, por una parte, y a la valorización, por la otra. Aquí está el núcleo de la diferencia con el antagonismo valor de uso-valor: la explotación del trabajo; esta no puede comprenderse desde el ámbito del valor de uso, esta solo puede evidenciarse en el ámbito del valor, en la contraposición entre trabajo necesario y plustrabajo. Y en esta contraposición es el valor de uso el que hace posible la explotación.

Conviene añadir un elemento importante en estas consideraciones relacionado con el excedente de trabajo o plustrabajo. Marx aclara que la existencia de este excedente no es propia del capitalismo, puesto que existe también en otras sociedades no-capitalistas. En todas las formas sociales existe un trabajo necesario que se destina al consumo de los productores y un trabajo excedente a las necesidades de la «sociedad en general» (K. Marx, 1975: 261; 1976b: 1111). En este sentido, se pueden hacer dos puntualizaciones. En primer lugar el plusvalor es la categoría que da cuenta de la forma específica en que la apropiación de ese excedente ocurre en el régimen capitalista de producción. En segundo lugar, la existencia de trabajo excedente haría parte de la «forma natural» planteada por Echeverría. Esto es fundamental dado que, bajo esta perspectiva, la producción de valores de uso como *telos* implica la posibilidad de apropiación de ese trabajo excedente. La idea de que en las sociedades tradicionales esta apropiación se impone sobre la base de las «relaciones personales» o mediante mecanismos extraeconómicos significaría que las relaciones sociales de producción no requieren del particular mecanismo de materialización sobre el que se asienta el «despotismo del capital». Por supuesto, para Marx esto no significa que la dominación tradicional no se halle asentada en condiciones materiales de producción específicas.

Pero no solo eso, si se contrasta el paso hacia el plusvalor con el análisis de Marx sobre el valor en la mercancía, es posible observar que el valor no es

una categoría exclusiva del capitalismo, que ella existe en todas las sociedades bajo distintas formas. La relación dialéctica entre valor de uso y valor hace parte de los «rasgos comunes» de toda forma de producción. En las *Glosas a Wagner* esta particularidad es expresada con claridad, según Marx el «fiador» del *vir obscurus*⁷⁶ no solo olvida la importancia del valor de uso en su análisis:

si Rodbertus hubiera analizando ulteriormente el valor de cambio de las mercancías [...] ya que éste existe solamente allí donde el término *mercancía* aparece en plural, vale decir donde existan distintas clases de mercancías— habría encontrado detrás de esta forma fenoménica al «valor». Si hubiera continuado su análisis del valor, habría encontrado además que aquí la cosa, el «valor de uso», vale como pura y simple *objetivación* de trabajo humano, como *gasto de una fuerza igual de trabajo humano* y que por ello este contenido es presentado como el carácter *objetivo* de la *cosa* [...]. Habría hallado, pues, que el valor de la mercancía no hace más que expresar, bajo una forma que se ha desarrollado en el transcurso de la evolución histórica, lo que se presenta igualmente bajo todas las demás formas sociales que nos muestra la historia, aunque bajo *otra forma*, es decir bajo la forma del carácter social del trabajo, en cuanto *gasto de la fuerza de trabajo «social»* (K. Marx, 1976b: 182-183).

Es por ello que la ausencia del concepto de valor en la teoría de la forma natural de Echeverría resulta problemática dado que vuelve unilateral el concepto marxista de «producción en general».

De otro lado, es sabido que el análisis del plusvalor sustenta, a su vez, los conceptos de «subsunción formal» y «subsunción real» expuestos tanto en las secciones sobre el plusvalor de *El capital*, como en el capítulo VI, inédito, de esta obra.⁷⁷ Estos revisten particular importancia en la interpretación que

76. La expresión *vir obscurus* es utilizada por Marx para referirse a Adolph Wagner, quien lo critica por haber «omitido» el valor de uso en su análisis de la mercancía. En esa parte del texto Marx aclara la importancia que tiene el concepto en su interpretación y advierte que solamente alguien que «no haya entendido ni una palabra de *El capital*» puede sostener que no es así (Marx, 1976b: 177-178). El «fiador» de Wagner es Rodbertus. La referencia al *vir obscurus* es citada tanto por Rosdolsky (2004: 103 y 104) como por Echeverría (1986: 64).

77. Karl Marx, *Libro I, capítulo VI, inédito. Resultados del proceso inmediato de producción*, trad. por Pedro Scaron, México DF, Siglo XXI, 25a. ed., 2000. Echeverría hace la traducción de varios extractos de este manuscrito de Marx, a los que antepone un muy interesante comentario; existen dos publicaciones de este trabajo: Karl Marx, «Subsunción formal y subsunción real del proceso de trabajo al proceso de valorización», trad. por Bolívar Echeverría, en *Cuadernos Políticos*, No. 37, México DF, Era, 1983e, p. 5-14, y Karl Marx, *La tecnología del capital. Subsunción formal y subsunción real del proceso de trabajo al proceso de valorización (Extractos de los manuscritos 1861-1863)*, trad. por Bolívar Echeverría, México DF, Itaca, 2005. Echeverría antepone un breve comentario en el que explica con mucha claridad la importancia que tiene este texto en su formulación de la contradicción entre la forma natural y la forma capitalista.

Echeverría hace de la contradicción valor de uso-valor, puesto que la subsunción real significaría –desde su punto de vista– la definitiva subordinación del valor de uso al valor. Para Echeverría este proceso ocurre porque el capital se introduce en la base técnica de la producción y con ello genera una «técnica propia» que mantiene plena continuidad con la lógica de la valorización del valor.⁷⁸ Con ello los trabajadores y los valores de uso que producen pierden enteramente sus posibilidades de autonomía. En su opinión, esta es el resultado más significativo del desarrollo de aquel teorema básico contenido en la contradicción de la mercancía y se convierte en uno de sus argumentos centrales en su crítica al «marxismo de las fuerzas productivas», puesto que no bastaría con la superación del control capitalista de la técnica, ya que esta técnica en su propio diseño se corresponde con la subsunción del valor de uso.

Pues bien, siguiendo el argumento que tratamos de ensayar, Marx habla de una subsunción del *trabajo* que, como hemos visto, no necesariamente es coincidente con el valor de uso. El proceso que conduce a la subsunción real constituye el avance más «radical» de la objetivización del valor que lleva a cabo el capital, con ello la objetividad del capital cobra plena autonomía respecto del trabajo subjetivo, pero como este puede realizarse solamente en su relación con ese «objeto autónomo» queda plenamente sometido a la reproducción del capital, se vuelve –entonces– su componente subjetivo (K. Marx, 1975: 451, 461-462, 469-470; 1983: 9 y 13; 2000: 23-25). Pero es difícil derivar de este proceso, determinante para Marx, la subordinación del valor de uso. El capital subordina el trabajo en dos pasos, el primero la separación del producto, el segundo la separación de los medios de producción. Esta última alcanza su mayor desarrollo cuando el campo instrumental del capital logra sustituir la cooperación y la división del trabajo de la manufactura mediante la objetivación de ellas en el sistema de la maquinaria. Esto es decisivo, lo que el capital logra con la subsunción real no es subordinar el trabajo concreto como tal, lo esencial es que consigue convertir la forma de asociación que los trabajadores –bajo el mando del capital– han ido generando desde la manufactura; lo cual quiere decir que logra volver objetiva la forma de organización del trabajo social, la potencia colectiva del trabajo abstracto, la sustancia del valor. El principio técnico que objetiviza en el sistema de máquinas –no solamente en

78. El tema de la técnica en Bolívar Echeverría merece un tratamiento específico que queda fuera del alcance de nuestra investigación. Sin embargo, creemos que uno de los aspectos más relevantes de este tema se relaciona con la relación entre Heidegger y Marx en el pensamiento de Echeverría. Luis Arizmendi intenta una aproximación a este complicado asunto; en nuestra opinión no logra explicarlo, su texto termina siendo confuso. Luis Arizmendi, «Bolívar Echeverría o la crítica a la devastación desde la esperanza en la modernidad», en D. Fuentes, I. García Venegas y C. Oliva Mendoza, *op. cit.*

la máquina aislada– la fuerza productiva del trabajo se vuelva efectivo como un proceso social generalizado.

La cuestión de la técnica y la subsunción real evidencia la relación dialéctica entre el capital y el trabajo. Es decir, para Marx la técnica de la objetivación definitiva del trabajo no solo responde a la implacable lógica del capital sino que es resultado del trabajo social que debe someterse a él. De ahí la ambigüedad que puede verse en su concepción de la técnica capitalista. Antes que una especie de omnipotencia unilateral del capital, el paso del plusvalor absoluto al plusvalor relativo pone de manifiesto no solo una dinámica técnica exclusiva del capital. El extenso capítulo acerca la «jornada de trabajo» (K. Marx, 1975: 277-365) y la sección sobre la producción conjunta de plusvalor absoluto y relativo (615-649), ponen en evidencia que el desplazamiento del capital hacia la intensificación y la productividad del trabajo es un resultado directo de la lucha de clases. La lucha por la jornada de trabajo analizada por Marx pone un límite «político» a la tendencia extensiva que prolonga el tiempo de trabajo excedente. De igual modo, en la manufactura el capital debe enfrentarse con la «insubordinación de los asalariados» que limita su predominio ya que su reproducción depende de la «pericia manual» de los trabajadores (447-448).⁷⁹ El resultado lógico de esta dialéctica entre capital y trabajo es la búsqueda de autonomía técnica total del capital. Pero esto solo se produce –como dijimos– al transferir al campo instrumental lo que venía desarrollándose bajo la forma del «trabajador colectivo» que empieza con la subsunción formal y concluye con la subsunción real.

El sentido paradójico de la técnica para Marx se define porque si bien ella es resultado de la fuerza social del trabajo, esto ocurre bajo la forma social de su explotación por el capital. Y esto se explica porque –para Marx– la técnica está subordinada a la dialéctica de las relaciones sociales de producción.⁸⁰ En este sentido, el paso al plusvalor relativo o la subsunción real del trabajo expresa de la forma más acabada la contradicción capital-trabajo porque, por una parte, debido a la objetivación de la fuerza productiva del trabajo crea las condiciones para la emancipación del trabajo, su progresiva disminución; pero, por otra, la necesidad del capital por generar plusvalor obstaculiza la realización efectiva de esas condiciones transformándolas en mecanismos de la explotación (K. Marx, 1982: 375). Aquí radica el sentido de «contradicción

79. Por supuesto, el sentido del concepto de «lucha de clases» que se deduce de la compleja comprensión de la política que subyace a la crítica al capital de Marx, obliga a liberarlo de las visiones restringidas de «lucha política» –es decir, limitada a la formalidad institucional– que suele adquirir.

80. Dista mucho de la concepción de Marx la idea del «automatismo» de la técnica. Así por ejemplo, cuando explica el avance de la maquinaria bajo el régimen capitalista señala que la técnica propiamente capitalista no podía desarrollarse sin el antecedente de las condiciones productivas de la manufactura (Marx, 1975: 464-466).

fundamental», puesto que esta antítesis pone en cuestión el principio sobre el que se sostiene todo el régimen capitalista ya que la disminución del tiempo necesario que provoca la técnica capitalista genera una tendencia que hace que el plusvalor vaya volviéndose superfluo dado que el *tiempo* de trabajo como medida de la riqueza social va perdiendo consistencia. Lo esencial es que el «trabajo inmediato» deja de ser necesario y lo que predomina es el *general intellect* como fuerza productiva inmediata, cuya posibilidad de volverse efectiva radica en la «automatización» del trabajo (K. Marx, 1975: 469-470; 1982: 227-230). Esta tesis se desarrolla meticulosamente en el libro III de *El capital* y cobra cuerpo en la conocida «ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia» (K. Marx, 1976b). De ahí que para Marx las condiciones técnicas sean la base para una realización autónoma del sujeto individual y colectivo, ese es el «lado positivo» que, sin embargo, se halla bloqueado por la necesidad de explotación del trabajo del capital (K. Marx, 1983c: 13-14).

Por lo tanto, estas consideraciones sugieren que Marx no reduce las fuerzas productivas a la pura objetividad autónoma, ellas son ante todo fuerza productiva del trabajo social, y no solo eso, son una forma social específica que se halla –en el caso del capitalismo– supeditada a la forma social dominante. El régimen capitalista se sustenta en una forma de asociación de los trabajadores, en una forma histórica del trabajador colectivo, cuya especificidad es su condición de trabajo abstracto. Sobre ella se impone otra forma privada que la domina y expropia; tanto su capacidad puramente abstracta como su producto se hallan bajo el dominio del capital. De modo que ocurre el enfrentamiento entre una forma social de propiedad y otra privada.

Asimismo, sin querer decir que cierto determinismo y evolucionismo no estén presentes en Marx, es importante tener en cuenta que la idea de que el plusvalor se vuelve superfluo permite hacer una distinción determinante en Marx que, por lo menos pone en cuestión el supuesto de que su reflexión adscribe a un industrialismo desenfrenado derivado de la Ilustración, puesto que concibe a la técnica dentro del régimen capitalista como un hecho antagónico y, en principio, la necesidad del plusvalor es un obstáculo para el desarrollo total de la técnica que ha creado. Y tampoco supone un crecimiento *ad infinitum* del aparato técnico del capital, es lo que se deriva de su planteamiento de las posibilidades de emancipación del trabajo. Lo que esto parece sugerir es que la utopía de Marx no se afirma en un crecimiento de la producción mediante la expansión del trabajo productivo; por el contrario, busca sustento en las condiciones concretas del aparato técnico que han creado las posibilidades para detener ese proceso que se debe más bien al predominio del plusvalor y la acumulación de capital. Más aún es muy significativo el hecho de que Marx no parece referirse a una lejana posibilidad que se realizará mucho después; aunque no es del todo claro, se puede decir que tiende a considerar esa como

una posibilidad latente en las condiciones sociales ya existentes en su contexto histórico, al menos, en la forma histórica más avanzada del capitalismo que observa en Inglaterra.

La relación entre fuerzas productivas y relaciones de producción tiene un componente esencial: su dimensión política. En síntesis, Marx dista de concebir que la sola autonomía de la técnica productiva –que como hemos visto es solo uno de los lados de las fuerzas productivas– pueda llevar a cabo la transformación de la forma histórica capitalista. Esto lo ubicaría en el más acendrado estructuralismo. La política como antagonismo entre clases es determinante para entender las posibilidades de esa transformación. No de otro modo se puede entender el lugar teórico que tiene el concepto de relaciones sociales de producción en Marx. Sin embargo, este es un tema que Marx no alcanza a desarrollar en sus textos de crítica al capital, aunque subyace todo su argumento; no parece ser casual que el manuscrito del libro III de *El capital* se interrumpa en el apenas iniciado capítulo sobre las clases sociales.

El esbozo que hemos presentado para diferenciar la contradicción valor de uso-valor y la contradicción capital-trabajo en Marx no busca negar la existencia de una y afirmar la centralidad de la otra, como tampoco creemos que lo haga Echeverría. El enfoque de la discusión radica en que mientras para Echeverría la segunda contradicción es una expresión de la primera, los elementos que hemos referido nos permiten decir que en Marx ocurre lo contrario, es la contradicción capital-trabajo la determinante. Pero el aspecto más relevante es que esta última difiere sustancialmente de la contradicción valor de uso-valor, de lo cual da cuenta la complejidad de las relaciones entre capital, valor de uso y valor.

De otro lado, esta diferencia sustancial entre ambas formas de comprender el fundamento del régimen capitalista implica formas distintas de plantear el problema de la dimensión política del valor de uso. Al no mantener una condición permanente de antagonismo con el capital en el pensamiento de Marx por las razones teóricas anotadas, se relativiza la posibilidad de asignarle algo así como una «esencia» crítica. Por supuesto, la cuestión no es si Echeverría se atiene o no a la «literalidad» de Marx sino en qué medida su teoría del valor de uso da cuenta del fundamento radical de la crítica de Marx. Por eso creemos que en realidad Echeverría propone una reformulación de la tesis central de Marx acerca de la contradicción capitalista; lo cual no sería un problema en sí mismo, creemos que las dificultades se relacionan con que Echeverría traslada los mismos efectos que se derivan de la subsunción del trabajo al capital a su planteamiento de la subordinación del valor de uso a la valorización del valor. Es por eso que esa reformulación da lugar al carácter ambiguo de la politicidad del valor de uso desarrollada por Echeverría.

Conclusiones

La «tensión interna» del valor de uso en el pensamiento de Echeverría, que se halla presente de diversos modos a lo largo de su obra, se deriva de su intento teórico de «universalización» del valor de uso sobre la base de la crítica de Marx. La discusión ensayada en esta investigación ha procurado realizar una primera aproximación a esa ambivalencia política del valor de uso localizándola en el espacio teórico que media entre la formulación desarrollada por Echeverría y el fundamento conceptual de esta que se halla en el discurso crítico de Marx.

Una primera conclusión señala que Echeverría no se limita a completar, interpretar con originalidad o profundizar un aspecto de la crítica de Marx; su planteamiento lleva a cabo una reformulación de esta teoría que consiste en la recomposición de la relación existente entre capital y valor de uso en Marx. La ambigüedad del valor de uso en Echeverría resulta de esta redefinición teórica.

El complejo proceso de la materialización del valor que soporta la reproducción del capital, según Marx, deja ver con toda claridad que existe una tendencia a la adecuación del valor de uso al capital, que el valor de uso no puede ser dueño de un contenido crítico absoluto respecto del capital. La idea sostenida por Echeverría de que el valor de uso constituye un «trasfondo» crítico, apenas esbozado en todo el argumento crítico de *El Capital* de Marx, impide aproximarse a los distintos lugares específicos que el valor de uso ocupa en ese argumento. Además, el planteamiento de que el núcleo teórico del argumento de Marx está en la contradicción de la mercancía (valor de uso-valor) establece una continuidad entre esta y la contradicción contenida en la teoría del plusvalor: trabajo-capital. La tesis de Marx de que el factor antagónico del capital es el trabajo y no el valor de uso, señala que entre ambas contradicciones existe una diferencia sustancial, puesto que corresponden a planos teóricos distintos. Se podría decir en contra de esta consideración que Echeverría consigue desanudar los límites en los que se hallaba atrapado el discurso de Marx para radicalizar su propuesta. Sin embargo, el problema es que la ambigüedad de su concepto de valor de uso es el resultado de una suerte de trasposición de la contradicción capital-trabajo a la contradicción valor-valor de uso. En consecuencia, lo que resulta de la subsunción de la sustancia social del valor (trabajo abstracto) en Marx, aparece como producto de la subsunción del valor de uso (trabajo concreto) en Echeverría.

Esta reformulación establece cierta relación de «exterioridad» entre valor de uso y capital, mientras que para Marx se trata de una relación de «interioridad».⁸¹ Se puede decir que para Echeverría el valor de uso existe dentro del régimen capitalista, es indispensable para este por ser el soporte de su reproducción, pero no establece una relación «orgánica» con el capital. Es por esta razón que en ocasiones se puede decir que existe algo así como una forma natural «no distorsionada», «equilibrada» o «autónoma» a la que el capital deforma, mutila o sacrifica, y que existe por fuera de la realidad del capital que parece reducirse a la lógica del valor valorizándose.

Esta escisión entre los términos de la contradicción existente entre el valor de uso y el valor dificulta entenderlos como términos que se influyen mutuamente, dialécticamente se diría, en la medida en que el capital aparece como puro valor valorizándose, condición que efectivamente lo define pero que tiende a ocultar la materialidad intrínseca del capital que –además– es fundamental en el proceso de su realización. El capital como valor «puro» aparece casi yuxtapuesto a la forma natural, como un factor que únicamente la destruye, la deforma o la refuncionaliza.

La otra cara de la destrucción de los valores de uso es la compulsión excesiva hacia la creación de valores de uso que presenta el capitalismo, aspecto este que está presente en la argumentación de Marx. Y esta capacidad de creación de necesidades nuevas, de valores de uso nuevos, está vinculada con las tendencias del proceso productivo, por lo tanto, se trata –siempre de acuerdo a Marx– de necesidades socialmente determinadas.⁸² En este sentido, se puede decir que la revolución comunista planteada por Marx busca liberar la capacidad de donación de forma en la producción, es decir, la libertad como capacidad autónoma de «dar forma» a la vida social entendida como emancipación del trabajo enajenado, no del valor de uso o la forma natural enajenados.

La segunda conclusión alude a que el concepto de forma natural, como proceso transhistórico, referido estrictamente al valor de uso, no problematiza

81. A pesar de que en su comentario a su traducción de los extractos de los *Manuscritos de 1861-1863* de Marx, señala que el proceso de trabajo no sale «intocado» luego del proceso de subsumición real al capital (Marx, 1983e: 2), nos parece –por lo expuesto en esta investigación– que este tema queda sin desarrollarse teóricamente.

82. Por lo demás, creemos que aquí está el límite de la crítica que intenta Baudrillard (1989), al reducir la concepción del valor de uso de Marx a la mera funcionalidad del objeto, pierde de vista la importancia que revisten las relaciones sociales de producción en la «determinación formal» de toda la reproducción social. Quizá el ejemplo que mejor ilustra esto en Marx se encuentra en el libro II de *El capital...*, específicamente en la diferencia que establece al interior del sector II, el de medios de consumo, entre un subsector de artículos «de lujo» y otro de artículos de medios de vida (Marx, 1976: 472-503). Al final de cuentas, Baudrillard también equipara producción y consumo.

la especificidad del valor como posible componente suyo, aspecto que –por el contrario– está presente en los conceptos de «producción en general» y «proceso de trabajo» planteados por Marx. La inclusión de este aspecto permite ampliar la discusión sobre «la política» y «lo político» como elementos constitutivos de la forma natural.

El análisis de la mercancía realizado por Marx deja ver que si se abstrae al objeto mercantil de la relación social que lo define como tal, nos queda un objeto práctico como cualquier otro, un «producto» en su acepción general; ¿es este producto solo un valor de uso? Para Marx el contenido de trabajo abstracto (valor) que posee ese objeto mercantil aislado no es externo a este y, más bien, forma parte constitutiva del objeto práctico en general. Lo cual contrasta con la idea de Echeverría de que el objeto práctico está formado únicamente por trabajo concreto. Es la forma de valor, entendida como forma social histórica, la que diferencia el doble carácter del trabajo que contiene el producto u objeto práctico; en otras palabras, es el tipo de relación mercantil entre productos la que provoca la escisión, poniendo a los dos componentes en una relación contradictoria general (Marx, 1975: 75-76). Es absolutamente indispensable, además, tener en cuenta la diferencia que Marx establece entre sustancia y magnitud de valor.

Echeverría establece un vínculo entre el valor de uso y el proceso de trabajo. Sin embargo, lo que hemos señalado determina que en Marx el proceso de trabajo, que es supeditado por el proceso de valorización, no está conformado solamente por la «lógica» del valor de uso sino también por la del valor. El núcleo teórico sobre el que Marx define esta relación se encuentra en la relación entre el «trabajo vivo» y el «trabajo materializado». El proceso de trabajo se compone de estos dos momentos, uno que corresponde al momento de «fluidez» del trabajo, cuando está en juego la transformación o el cambio de forma, y otro que corresponde al resultado de ese proceso, cuando la forma del objeto se estabiliza o se materializa. La importancia del trabajo abstracto en Marx tiene que ver con que el contenido universal del trabajo radica en ese momento de «fluidez», en esa condición de *trans-formación*. Esta constituye la sustancia del valor; es decir, su condición de trabajo social general. De otro lado, conviene tener en cuenta que Marx introduce una diferencia entre el proceso de valorización y el «proceso de creación de valor», separación esta que sería resultado de la disociación entre valor de uso y valor que introduce la relación mercantil.

Ahora bien, en nuestra opinión esta distinción establecida por Marx arroja nuevas luces sobre la relación entre «lo político» y «la política», puesto que permite relacionarla con el fundamento de la reproducción de la vida material que propone Echeverría. En el esquema abstracto de la forma natural, el fundamento político de esta no es solo existencia «en ruptura» (lo político) es también conservación de la forma social (la política) y, por principio, esto no es exclusivo de la modernidad capitalista. En otras palabras, el «cultivo

crítico» de la identidad, que efectúa lo político, puede servir para terminar ratificándola, no necesariamente para transformarla cualitativamente. Si bien la libertad —como posibilidad de «dar forma» a la vida social— se halla en la base misma de la condición de lo humano, las diversas formas históricas de la vida social combinan un momento «crítico» o «metasémico» que recuerda la contingencia del código que la define con otro que lo reproduce «automáticamente» y le otorga un principio de necesidad. Ninguno de los dos puede volverse absoluto y anular al otro.

La ambigüedad de la dimensión política del valor de uso se deriva de esta doble condición de la politicidad que para Echeverría define a la forma natural. Esto nos pone frente al carácter antagonico del principio político en cuanto *telos* de la vida social y al sentido que asume el sujeto social en relación con esa dimensión antagonica. A pesar de que el sujeto político del valor de uso o forma natural puede ser entendido unilateralmente como referido exclusivamente a «lo político», en él se opera una dialéctica entre la fijación y la dilución de la forma social. De algún modo, este sustrato antagonico se deriva de la transnaturalización, la necesidad de crear una forma social que trasciende a la forma animal, para luego mantenerla. Recrearla o trastocarla daría cuenta de la dualidad del proceso político. La disputa política ocurre entre la tendencia a conservar esa forma social y la tendencia a transformarla.

Resulta evidente que este doble carácter político de la forma natural esbozado por Echeverría guarda relación con la dualidad del trabajo (concreto y abstracto) que presenta el proceso de trabajo en Marx. En el campo de la reproducción social es verificable una tendencia que fija la forma social de la producción y otra que la «pone en crisis» en cuanto la trans-forma. Sin embargo, creemos que el componente de trabajo abstracto del objeto práctico y del proceso de trabajo señala algo más: en cuanto es trabajo social «puro», su «espacio de objetividad» corresponde a las relaciones sociales de producción. Es el que define la «universalidad» de la producción apuntada por Marx, frente a la «individualidad» del consumo, más relacionada esta con la forma social «fija» que se expresa en la diversidad cualitativa del valor de uso concreto. Las dificultades que plantea la ambigüedad política del valor de uso en la formulación de Echeverría se deben a que la disputa política corresponde a las relaciones sociales de producción, a la forma social entendida como el modo de organizar el trabajo social. En otras palabras, se trata de la objetividad propia de esas relaciones que no puede interpretarse como un sucedáneo de la objetividad de los valores de uso. Esto significa que el antagonismo político del sujeto social tiene como su campo fundamental a las relaciones sociales sobre las que se asienta la «voluntad de forma» de cada sociedad. Como hemos señalado, pensamos que esta es la razón por la que Marx no desarrolla una teoría del valor de uso como «forma social», puesto que esta forma correspondería,

propiamente, al estrato del trabajo abstracto; incluso, se puede decir que por este motivo Marx insiste en que el proceso general de producción no dice nada sobre las diferencias específicas entre las sociedades.

Desde esta perspectiva es posible observar de otro modo el «evolucionismo» de Marx en relación con el desarrollo de las fuerzas productivas. Se trata del significado específico de la «historia de la escasez» o la «prehistoria» humana que representa la historia de una larga y persistente forma de existencia del sujeto social antagónico: las sociedades de clase. Para Marx el desajuste entre relaciones de producción y fuerzas productivas corresponde a la historia de este tipo de sociedades, no es una «ley general» inamovible (Marx, 2008: 5-6). Esto plantea un problema en relación con la teoría de la forma natural de Echeverría y las formas históricas precapitalistas que la actualizan: la ausencia de una específica conceptualización sobre el sujeto social como un sujeto antagónico de clase en las formas históricas, sobre todo tradicionales, en que la forma natural se concreta sin abandonar la producción de valores de uso en Echeverría.

Nuestra tercera conclusión se refiere a la relación política entre valor de uso y modernidad capitalista. El sentido contradictorio que asume el valor de uso en la modernidad capitalista, expresado en la existencia de un valor de uso «moderno» y otro «tradicional», no puede explicarse solamente desde la subsunción del valor de uso; es necesario vincular estas formas del valor de uso con el planteamiento de la subsunción del trabajo por el capital desarrollado por Marx, en particular, con la noción de la subordinación del trabajo abstracto. A su vez, desde esta perspectiva, la teoría política de la enajenación, la «politicidad cósmica» moderno-capitalista, responde principalmente a la supeditación del trabajo abstracto.

En el ámbito general de la formulación de Echeverría, el valor de uso se contraponen al capital, esto es común a su forma tradicional y moderna. Este antagonismo aparece cuando se examinan las formas históricas. Pero, como hemos visto, este antagonismo se torna intrincadamente complejo por las distintas formas que puede asumir la relación del valor de uso con la modernidad capitalista.

El contraste con Marx, contribuye a una explicación sobre esta compleja relación al interior del plano del valor de uso en la modernidad capitalista. En primer lugar, como se ha dicho, el valor de uso no necesariamente se contraponen estructuralmente con el capital. En segundo lugar, si volvemos sobre la idea de que el valor hace parte del proceso de trabajo en la medida en que este contiene al trabajo abstracto, es posible decir que la continuidad entre la forma moderno-capitalista y las formas tradicionales se explica porque comparten –en términos generales– un modo de organización del trabajo abstracto que genera una desigualdad en la apropiación de sus resultados (valores de uso).

En definitiva, la contraposición entre el valor de uso tradicional y el moderno –en contraste con la crítica de Marx– no es verificable en el estrato específico del valor de uso, por el contrario, ahí radica su continuidad. La di-

ferencia específica puede explicarse en el estrato del valor debido al vínculo de este con la forma histórica concreta que vincula a las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Claro, hay que tener en cuenta que la categoría de trabajo abstracto, como parte del proceso de trabajo, tampoco «dice nada» sobre la forma social histórica, pero es la categoría que permite dar el paso teórico hacia ellas desde la formulación general. Para Marx el contraste con las sociedades tradicionales le permite esclarecer la forma específica del capitalismo, pero no se puede perder de vista que aquellas comparten con este su pertenencia a la «historia de la escasez» porque establecen relaciones de producción sustentadas en la división de clase, lo cual relativiza la particularidad de las sociedades tradicionales como productoras-consumidoras de valores de uso. Echeverría tiene en cuenta esto cuando señala que la soberanía política prácticamente no se ha concretado históricamente, el problema es que esto no se convierte en un planteamiento desarrollado en relación con su concepto de forma natural o valor de uso.

Todo esto guarda relación con la teoría política de la enajenación. Desde nuestra perspectiva, otro de los aportes más significativos de Echeverría es la recuperación de este concepto. La ambivalencia del valor de uso se expresa aquí en la doble función que adquiere, por un lado, es subsumido o sacrificado por la imposición del valor económico abstracto, por otro, es el centro de la dominación del capital que requiere «transustanciarse» en cosa, en objeto dotado de propiedades «mágicas». Una vez más, la ambigüedad se sustenta en la transferencia de los efectos de la subsunción del trabajo a la subordinación del valor de uso al valor. De acuerdo con Marx la enajenación estrictamente capitalista no es resultado solamente de la subsunción del trabajo concreto (valor de uso) sino –principalmente– del trabajo abstracto (valor) por parte del capital (autovalorización del valor), lo cual hace que el trabajo abstracto aparezca como propiedad material, «natural», del trabajo concreto. Lo que encubre la enajenación es la substancia social del trabajo creador de valor y lo supedita al primer plano del valor de uso. La politicidad contenida en el concepto de enajenación se relaciona directamente con el antagonismo político de las relaciones sociales de producción planteado por Marx. Y esto señala la diferencia con la teoría de Echeverría sobre la forma natural, puesto que para Marx la «determinación formal» o «forma social» consiste en el modo histórico que adquieren esas relaciones.

Si «lo político», el momento extraordinario –real o imaginario– en que el código instituido de la forma social entra en crisis, se halla atado al valor de uso; la posibilidad que hemos mencionado de pensar al capital como portador de una «voluntad de forma» propia, pone en cuestión ese vínculo intrínseco entre ambos conceptos. En primer lugar, esto indica que la necesidad política –en el sentido propuesto por Echeverría– que el capital tiene, de darse a sí mismo un valor de uso específico, responde a su necesidad de materializarse para garantizar su repro-

ducción, y que la creación de forma contenida en el valor de uso capitalista, responde más bien a «la política», es decir, la cristalización de la forma social. Esto da cuenta de la paradoja del hecho capitalista, la creación de formas objetivas, valores de uso, es llevada al paroxismo pero la «institucionalidad» de la dominación capitalista se profundiza dramáticamente; su condición histórica particular es la «revolución permanente» y exacerbada del «mundo del valor de uso», sin una contraparte política que revolucione las relaciones sociales de producción que lo sostienen. Lo cual, sin duda –como lo afirma Echeverría– conduce a la destrucción de valores de uso, pero en la medida en que estos se hallan vinculados –sobre todo– a las condiciones de vida de los trabajadores.

En suma, la rigurosa crítica a la modernidad capitalista elaborada por Echeverría permite establecer con precisión la relación entre modernidad y capitalismo. Con ello plantea la discusión en el nivel del sentido civilizatorio que adquiere esa relación y, más precisamente, en el carácter de crisis que el capitalismo le confiere. En nuestra opinión, en esto radica lo novedoso del planteamiento de Echeverría. No obstante, consideramos que el desplazamiento de la contradicción capital-trabajo, a la de valor de uso-valor, como el fundamento crítico para la comprensión del hecho capitalista, no permite determinar las relaciones de «interioridad» que establecen el valor de uso y el capital, lo cual pone en tensión la aproximación al sentido crítico que Echeverría le atribuye al valor de uso.

La tesis de que la libertad y la revolución constituyen el «fundamento ontológico» del ser humano en el pensamiento de Echeverría (D. Fuentes, 2012a), hace referencia a la posibilidad del «cultivo crítico» de la forma social; es decir, al hecho de que la sociedad siempre abre un espacio para su redefinición, para volver a «dar forma» a su configuración concreta. Es más, su profunda indagación por el valor de uso, tiene que ver con la necesidad de fundamentar teóricamente a la transformación radical de la modernidad capitalista hacia la emancipación. Es indudable que la profundidad del proyecto teórico de Echeverría en relación con la política –y uno de sus aportes teóricos más significativos–, radica en la vinculación del concepto de libertad planteado por la ontología existencialista con la crítica de la economía política y el sentido de la revolución comunista derivado de ella. Este es un cuestionamiento implícito a las interpretaciones deterministas de la crítica de Marx que no dejarían espacio para la libertad, Echeverría consigue relacionar ambas dimensiones y encuentra en Marx un claro contenido teórico vinculado con esa libertad de lo humano.

En un contexto signado por la «crisis del marxismo» como discurso teórico de la revolución, tal como lo identifica el propio Echeverría, su pensamiento busca generar una apertura teórica que le devuelva la radicalidad contenida en el discurso crítico de Marx bajo el presupuesto de que las condiciones fundamentales que sostienen a la vida moderna aún están marcadas por la presencia objetiva del capitalismo. La decisiva contribución de Echeverría

consiste en recuperar las posibilidades críticas de Marx llevándolo a los campos en los que supuestamente «no tiene nada que decir»: la cultura, la identidad, la vida cotidiana, la ontología o la cultura política.

En este sentido, consideramos que el planteamiento teórico fundamental de su propuesta se halla en su conceptualización acerca de la «identidad esencial» entre la vida material y la vida cultural. Como hemos podido observar el núcleo de su análisis, que se convierte en el eje que articula su pensamiento, es su teoría del valor de uso que él encuentra esbozada en Marx.

Sin abandonar el sentido de «apertura» que Echeverría introduce en la crítica de Marx, hemos intentado mostrar que es posible «ir de vuelta» sobre este fundamento crítico para avanzar en el acercamiento al campo de problematización que Echeverría deja planteado y –sobre todo– poner en evidencia sus límites. Esto porque pensamos que su búsqueda por el valor de uso parece estar atrapada en el «síndrome del Ángel de la Historia» –la figura de Benjamin, repetidamente citada por él– su intento por mirar la posibilidad de la emancipación en las condiciones existentes (el pasado), contrasta con su categórica afirmación de que la soberanía política no ha tenido nunca existencia histórica y que es –más bien– un «horizonte utópico» (el futuro).

Este campo de problematización se define principalmente por la posibilidad de una crítica a la semiótica y a la «teoría política» desde el discurso crítico de Marx. La ambivalencia y los posibles límites de la teoría del valor de uso de Echeverría parecen derivarse de la vía tomada en relación con ese ambicioso proyecto, la cual puede definirse como una readecuación del esquema de reproducción social esbozado por Marx a las teorías de la semiótica. La posibilidad de revincular esta discusión a los conceptos de trabajo y relaciones sociales de producción podría conducir a una radicalización de la crítica a la semiótica desde la identidad producción-significación formulada por Echeverría, permitiendo llevar adelante el «segundo paso» de esa crítica: la puesta en cuestión en sus fundamentos teóricos desde la crítica de la economía política. A más de ello, siguiendo la tesis de Echeverría sobre la identidad existente también entre semiosis y política, ese «segundo paso» puede contribuir a profundizar la crítica a la política que tiene por fundamento la crítica de Marx. Sus últimos trabajos nos hacen pensar que este es el rumbo que su pensamiento tomó, una especie de retorno al sentido del comunismo como utopía política. En cualquier caso, los resultados preliminares de la discusión que hemos planteado nos incitan a decir que para lograr una profundización de la crítica política que deja abierta el pensamiento de Echeverría es necesario introducir el principio antagónico de la política de clase a la que el hecho capitalista pertenece.

Bibliografía

- Aristóteles, *Política*, Madrid, Alianza, 1998.
- Arizmendi, Luis, «Bolívar Echeverría o la crítica a la devastación desde la esperanza en la modernidad», en Diana Fuentes, Isaac García Venegas y Carlos Oliva Mendoza, comp., *Bolívar Echeverría. Crítica e interpretación*, México DF, UNAM / Itaca, p. 141-163, 2012.
- Barreda, Andrés, «En torno a las raíces del pensamiento crítico de Bolívar Echeverría», en Bolívar Echeverría, *Antología. Crítica de la modernidad capitalista*, La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, p. 19-64, 2011.
- Baudrillard, Jean, *Crítica de la economía política del signo*, México DF, Siglo XXI, 1989.
- Benjamin, Walter, *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, trad. por Andrés E. Weikert, México DF, Itaca, 2003.
- Bidet, Jacques, *Exploring Marx's Capital: Philosophical, Economic and Political Dimensions*, Boston, Brill, 2007.
- Braudel, Ferdinand, *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, t. I, *Las estructuras de lo cotidiano: lo posible y lo imposible*, Madrid, Alianza, 1984.
- Breilh, Jaime, «La subversión del buen vivir. Rebeldía esclarecida para el siglo XXI: una perspectiva crítica de la obra de Bolívar Echeverría», en *Salud Colectiva*, septiembre-diciembre, Buenos Aires, Universidad Nacional de Lanús, p. 389-397, 2011.
- Callois, Roger, *El hombre y lo sagrado*, México DF, FCE, 2006.
- Carvajal, Iván, «En torno a *Definición de la cultura*», en Diana Fuentes, Isaac García Venegas y Carlos Oliva Mendoza, comp., *Bolívar Echeverría. Crítica e interpretación*, México DF, UNAM / Itaca, p. 359-374, 2012.
- Clay, John, y Cheol-Soo Park, «The Deep Difference between Labor and Use-Value: Comment/Reply», en *Science & Society*, No. 70-3, Nueva York, Guilford Publications, p. 375-380, 2006.
- Chakrabarty, Dipesh, *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 2008.
- De Saussure, Ferdinand, *Curso de lingüística general*, trad. por Amado Alonso, Buenos Aires, Losada, 21a. ed., 1981.
- *Cours de linguistique générale*, París, Payot & Rivages, 1995.
- Echeverría, Bolívar, *Antología. Crítica a la modernidad capitalista*, La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2011e.
- *Circulación capitalista y reproducción de la riqueza social. Apunte crítico sobre los esquemas de Karl Marx*, México DF-Quito, UNAM / Nariz del Diablo, 1994.
- *Definición de la cultura*, México DF, FCE / Itaca, 2a. ed., 2010a.
- *El discurso crítico de Marx*, México DF, Era, 1986.

- *El materialismo de Marx. Discurso crítico y revolución*, México DF, Itaca, 2011a.
- *Ensayos políticos*, Quito, Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados, 2011d.
- *La contradicción de valor y valor de uso en El capital*, de Karl Marx, México DF, Itaca, 1998b.
- *La modernidad de lo barroco*, México DF, Era, 1998c.
- *Las ilusiones de la modernidad*, Quito, UNAM / El Equilibrista, 1995.
- *Modelos elementales de la oposición campo-ciudad. Anotaciones a partir de una lectura de Braudel y Marx*, edit. Jorge Gasca Salas, México DF, Itaca, 2013.
- *Modernidad y blanquitud*, México DF, Era, 2010b.
- *¿Qué es la modernidad?*, México DF, UNAM, 2009a.
- *Valor de uso y utopía*, México DF, Siglo XXI, 1998a.
- *Vuelta de siglo*, México DF, Era, 2006a.
- «Comentario sobre el punto de partida de *El capital*», en *El discurso crítico de Marx*, México DF, Era, 1986, p. 64-85.
- «Crítica a «La posibilidad de un teoría crítica» de György Márkus», en *Mundo Siglo XXI*, No. 20, México DF, Ciecás, p. 9-12, 2010.
- «Discurso de recepción del Premio Libertador Simón Bolívar al pensamiento Crítico», en *Bolívar Echeverría. Teoría crítica y filosofía de la cultura*, Caracas, 24 de julio de 2007, en <<http://www.bolivare.unam.mx/miscelanea/Discurso%20Caracas%20Julio%202007.pdf>>. Fecha de consulta: 22 de diciembre de 2011.
- «Introducción. Arte y utopía», en Walter Benjamin, *La obra de arte en la época de su reproducibilidad técnica*, trad. por Andrés E. Weikert, México DF, Itaca, p. 9-30, 2003a.
- «Introducción. Benjamin, la condición judía y la política», en Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, trad. por Bolívar Echeverría, México DF, Itaca / UACM, p. 9-30, 2008.
- «La fiesta popular. Entrevista a Bolívar Echeverría», en *Anaconda, Arte y cultura*, No. 23, Quito, Anaconda Comunicación, p. 62-67, 2009b.
- «La «forma natural» de la reproducción social», en *Cuadernos Políticos*, No. 41, México DF, Era, p. 33-46, 1984.
- «Multiple modernity», ponencia presentada en el Coloquio sobre el siglo XVII en México, Nueva Orleans, Loyola University, 2001, en Bolívar Echeverría, *Teoría crítica y filosofía de la cultura*, <<http://www.bolivare.unam.mx/ensayos/Multiple%20modernity.pdf>>. Fecha de consulta: 22 de diciembre de 2011.
- «Potemkin Republics. Refections on Latin America Independence», en *New Left Review*, No. 70, Londres, New Left Review Ltd., p. 150-179, 2011f.
- «Presentación», en Max Horkheimer, *Estado autoritario*, trad. por Bolívar Echeverría, México DF, Itaca, p. 9-26, 2006b.
- «Presentación», en Walter Benjamin, *El autor como productor*, trad. Bolívar Echeverría, México DF, Itaca, p. 11-16, 2004.
- «Una introducción a la Escuela de Fráncfort», en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, No. 15, México DF, Jitanjáfora Morelia Ed., p. 19-50, 2011b.
- «Una lección sobre Walter Benjamin», en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, No. 15, México DF, Jitanjáfora Morelia Ed., p. 51-62, 2011c.

- «Valor y plusvalor», en *El discurso crítico de Marx*, México DF, Era, p. 86-101, 1986.
- Eiss, Paul K., y David Pedersen, «Introduction: Values of Value», en *Cultural Anthropology*, No. 3, s. 1., American Anthropological Association, p. 283-290, 2002.
- Foucault, Michel, *Las palabras y las cosas*, México DF, Siglo XXI, 33a. ed., 2007.
- *Les mots et les choses*, París, Gallimard, 1966.
- Fuentes, Diana, «Desfaciendo entuertos: libertad y revolución en la obra de Bolívar Echeverría», en Diana Fuentes, Isaac García Venegas y Carlos Oliva Mendoza, comp., *Bolívar Echeverría. Crítica e interpretación*, México DF, UNAM / Itaca, p. 121-130, 2012a.
- «Modernidad y capitalismo en Bolívar Echeverría», en *OSAL*, No. 31, Buenos Aires, CLACSO, p. 229-232, 2012b.
- Fuentes, Diana, Isaac García Venegas y Carlos Oliva Mendoza, comp., *Bolívar Echeverría. Crítica e interpretación*, México DF, UNAM / Itaca, 2012.
- Gandler, Stefan, *Marxismo crítico en México: Adolfo Sánchez Vásquez y Bolívar Echeverría*, México DF, FCE / UNAM / FFyL / UAQ, 2007.
- «Bolívar Echeverría y la 'Tercera generación de la Escuela de Fráncfort'», en Diana Fuentes, Isaac García Venegas y Carlos Oliva Mendoza, comp., *Bolívar Echeverría. Crítica e interpretación*, México DF, UNAM / Itaca, p. 207-224, 2012.
- «Reconocimiento versus ethos», en *El discreto encanto de la modernidad. Ideologías contemporáneas y su crítica*, México DF, Universidad Autónoma de Querétaro / Siglo XXI, 2013.
- García Barrios, Marco Aurelio, «Sobre el concepto de <cultura política> en Bolívar Echeverría», en *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, No. 42, Quito, FLACSO Sede Ecuador, p. 33-46, 2012.
- Gramsci, Antonio. «Cuaderno 12. Apuntes y notas para un grupo de ensayos sobre la historia de los intelectuales», en *Cuadernos de la cárcel*, t. 3, México DF, Era, p. 353-382, 1986.
- «Quaderno 12 (XXIX). 1932. Apunti e note sparse per un gruppo di saggi sulla storia degli intellectuali», en *Quaderni del carcere*, Turín, Einaudi, p. 1833-1877, 1977.
- Habermas, Jürgen, *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1989.
- Harvey, David, *The Limits to Capital*, Londres, Verso, 2006.
- Hegel, Georg Wilhelm, *Ciencia de la lógica*, trad. por Augusta Mondolfo y Rodolfo Mondolfo, Buenos Aires, Solar, 1968.
- *Die Wissenschaft der Logik*, en *Werke*, t. 8, Fráncfort, Suhrkamp, 2a. ed., 1989.
- Heidegger, Martin, *Carta sobre el humanismo*, Madrid, Alianza, 2006.
- *Die Zeit des Weltbildes*, en *Gesamtausgabe*, t. 5, *Holzwege*, Fráncfort, Vittorio Klostermann, p. 75-113, 1977.
- *La época de la imagen del mundo*, en *Caminos del bosque*, Madrid, Alianza, p. 63-90, 2010.
- Hilferding, Rudolf, «Böhm-Bawerk's Criticism of Marx», en Paul Sweezy, edit., *Karl Marx and the Close of His System by Eugene von Böhm-Bawerk & Böhm-Bawerk's Criticism of Marx by Rudolf Hilferding*, Nueva York, Augustus M. Kelley, p. 121-196, 1949.

- Hjelsmlev, Louis, «Expresión y contenido», en *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos, p. 73-89, 1974.
- Horkheimer, Max, y Theodor W. Adorno, *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*, en Theodor W. Adorno, *Obras completas*, vol. 3, Madrid, Akal, 2007.
- *Dialektik der Aufklärung. Philosophische Fragmente*, Fráncfort, S. Fischer, 16a. ed., 2006.
- Iclán, Daniel, Mágara Millán y Lucía Linsalata, «Apuesta por el <valor de uso>: aproximación a la arquitectónica del pensamiento de Bolívar Echeverría», en *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, No. 42, Quito, FLACSO Sede Ecuador, p. 19-32, 2012.
- Jakobson, Roman, *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Seix Barral, 1975.
- Juanes, Jorge, «La política y lo político en Bolívar Echeverría», en Diana Fuentes, Isaac García Venegas y Carlos Oliva Mendoza, comp., *Bolívar Echeverría. Crítica e interpretación*, México DF, UNAM / Itaca, p. 173-181, 2012.
- Lukács, Georg, *Geschichte und Klassenbewußtsein*, en *Werke*, t. II, Darmstadt, Luchterhand, 2a. ed., p. 257-397, 1977.
- *Historia y conciencia de clase*, trad. del francés por Francisco Duque, La Habana, Ciencias Sociales, 1970.
- Marcuse, Herbert, *Reason and Revolution. Hegel and the Rise of Social Theory*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 2a. ed., 1955.
- Márkus, György, *Language and Production. A Critique of the Paradigms*, Dordrecht, Reidel, 1986.
- «El legado de Marx –una respuesta–», en *Mundo Siglo XXI*, No. 20, México DF, CIESAS, p. 13-18, 2010.
- «La posibilidad de una teoría crítica», en *Desacatos*, No. 23, México DF, p. 179-200, CIESAS, 2003.
- Marx, Karl, *Contribución a la crítica de la economía política*, trad. por Jorge Tula, León Mames, Pedro Scaron, Miguel Murmis y José Aricó, México DF, Siglo XXI, 9a. ed., 2008.
- *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie*, t. I, *Der Produktionsprozeß des Kapitals*, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Werke*, t. 23, Berlín, Dietz, 1962.
- *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie*, t. I, *Der Produktionsprozeß des Kapitals*, Hamburgo, Otto Meissner, 1867.
- *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie*, t. II, *Der Zirkulationsprozeß des Kapitals*, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Werke*, t. 24, Berlín, Dietz, 1963.
- *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie*, t. III, *Der Gesamtprozeß der kapitalistischen Produktion*, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Werke*, t. 25, Berlín, Dietz, 1964.
- *Einleitung [zu den «Grundrissen der Kritik der politischen Ökonomie»]*, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Werke*, t. 42, Berlín, Dietz, p. 15-45, 1983c.
- *El capital. Crítica de la economía política*, t. I, vol. 1-3, *El proceso de producción del capital*, trad. por Pedro Scaron, México DF, Siglo XXI, 1975.
- *El capital. Crítica de la economía política*, t. II, vol. 4-5, *El proceso de circulación del capital*, trad. por Pedro Scaron, México DF, Siglo XXI, 1976.
- *El capital. Crítica de la economía política*, t. III, *El proceso global de la producción capitalista*, trad. por León Mames, México DF, Siglo XXI, 1977.

- *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, vol. 1, trad. por Pedro Scaron, México DF, Siglo XXI, 2a. ed., 1982.
- *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, vol. 2, trad. por Pedro Scaron, México DF, Siglo XXI, 2a. ed., 1983a.
- *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, vol. 3, trad. por Pedro Scaron, México DF, Siglo XXI, 2a. ed., 1983b.
- *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Werke*, t. 42, Berlín, Dietz, p. 47-768, 1983d.
- *Introducción general a la crítica de la economía política / 1857*, trad. por José Aricó y Jorge Tula, México DF, Siglo XXI, 28a. ed., 2006.
- *La tecnología del capital. Sunsunción formal y subsunción real del proceso de trabajo al proceso de valorización (Extractos del Manuscrito 1861-1863)*. trad. por Bolívar Echeverría, México DF, Itaca, 2005.
- *Libro I, capítulo VI, inédito. Resultados del proceso inmediato de producción*, trad. por Pedro Scaron, México DF, Siglo XXI, 25a. ed., 2000.
- *Manuscritos de economía y filosofía*, trad. por Francisco Rubio Llorente, Madrid, Alianza, 2001.
- *Miseria de la filosofía. Respuesta a la «Filosofía de la miseria» de Proudhon*, México DF, Siglo XXI, 10a. ed., 1987.
- «Carta de Marx a Engels. 14 de enero de 1858», en *Introducción general a la crítica de la economía política / 1857*, trad. por José Aricó y Jorge Tula, México DF, Siglo XXI, 28a. ed., p. 83, 2006.
- «Glosas marginales al «Tratado de economía política» de Adolph Wagner», en Maurice Dobb, *et al.*, *Estudios sobre El capital*, trad. por José Aricó, Ofelia Castillo y Juan José Real, Madrid, Siglo XXI, p. 169-183, 1976b.
- «Subsunción formal y subsunción real del proceso de trabajo al proceso de valorización», trad. por Bolívar Echeverría, en *Cuadernos Políticos*, No. 37, México DF, Era, p. 5-14, 1983e.
- «Zur Kritik der Politische Ökonomie», en Karl Marx y Friedrich Engels, *Werke*, t. 13, Berlín, Dietz, p. 4-160, 1961.
- Moreano, Alejandro, «Bolívar Echeverría, entre Marx y el barroco», en Mabel Moraña, edit., *Para una crítica de la modernidad capitalista. Dominación y resistencia en Bolívar Echeverría*, Quito: UASB-E / Corporación Editora Nacional / DGE El Equilibrista, p. 123-151, 2014.
- «Marx, América Latina y la mundialización», Quito, mimeografiado, s. f.
- Ortega Esquivel, Aureliano, «El pensamiento teórico-filosófico de Bolívar Echeverría en el contexto del marxismo mexicano», en Diana Fuentes, Isaac García Venegas y Carlos Oliva Mendoza, comp., *Bolívar Echeverría. Crítica e interpretación*, México DF, FFyL / UNAM / Itaca, p. 183-202, 2012.
- Peña, Julio, «Dinámicas del capitalismo: escisión metabólica y sacrificio del valor de uso», en *Letras Verdes*, No. 9, Quito, FLACSO-Ecuador, p. 35-47, 2011, *Letras Verdes*, <<http://revistas.flacsoandes.edu.ec/letrasverdes/article/view/902/863>>. Fecha de consulta: 6 de febrero de 2012.
- Polo, Rafael, *La crítica y sus objetos. Historia intelectual de la crítica en Ecuador (1960-1990)*, Quito, FLACSO-Ecuador, 2012.

- «Crítica, política, modernidad. Bolívar Echeverría y el marxismo», en *Ecuador Debate*, Quito, CAAP, p. 149-153, 2010.
- Ricardo, David, *Principios de economía política y tributación*, Bogotá, FCE, 1959.
- *The Principles of Political Economy & Taxation*, Londres, J. M. Dent & Sons, 1912.
- Rosdolsky, Roman, *Génesis y estructura de El capital de Marx*, México DF, Siglo XXI, 7a. ed., 2004.
- Sartre, Jean Paul, *Crítica de la razón dialéctica*, t. I, *Teoría de los conjuntos prácticos*, Buenos Aires, Losada, 1963.
- *Critique de la raison dialectique*, t. I, *Théorie des ensembles pratiques*, París, Gallimard, 1960.
- Sierra, Wladimir, «Teoría crítica ex-céntrica. Valor de uso, modernidad barroca y utopismo. Aproximaciones al pensamiento de Bolívar Echeverría», en *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, Quito, UASB-E/Corporación Editora Nacional, p. 81-103, 2010.
- Sigüenza, Javier, «Aproximaciones al discurso crítico de Bolívar Echeverría», 2011, en *Rebelión*, <<http://www.rebellion.org/noticia.php?id=122810>>. Fecha de consulta: 17 de marzo de 2012.
- Smith, Adam, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, vol. 1, Indianapolis, Liberty Classics, 1981.
- *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, México, FCE, 1958.
- Spivak, Gayatri, «Scattered Speculations on the Question of Value», en *In Other Worlds. Essays in Cultural Politics*, Nueva York, Methuen Press, 1987.
- Sweezy, Paul, *Teoría del desarrollo capitalista*, México DF, FCE, 1945.
- *The Theory of Capitalist Development. Principles of Marxian Political Economy*, Londres, Dobson Books, 1946.
- Tinajero, Fernando, «Bolívar Echeverría: un marxismo crítico», en *Bolívar Echeverría. Ensayos políticos*, Quito, Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados, p. 9-33, 2011.
- Veraza, Jorge, «La lectura de *El capital* de Bolívar Echeverría», en Diana Fuentes, Isaac García Venegas y Carlos Oliva Mendoza, comp., *Bolívar Echeverría. Crítica e interpretación*, México DF, UNAM / Itaca, p. 225-254, 2012.
- Wallerstein, Immanuel, *El capitalismo histórico*, trad. por Pilar López Mañez, Madrid, Siglo XXI, 1988.
- *Historical Capitalism*, Londres, Verso, 1983.
- Weber, Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Península, 13a. ed., 1994.
- Young, Gary, «The Fundamental Contradiction of Capitalist Production», en *Philosophy & Public Affairs*, No. 2, Nueva Jersey, Princeton University, p. 196-234, 1976.

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

La Universidad Andina Simón Bolívar es una institución académica de nuevo tipo, creada para afrontar los desafíos del siglo XXI. Como centro de excelencia, se dedica a la investigación, la enseñanza y la prestación de servicios para la transmisión de conocimientos científicos y tecnológicos.

La Universidad es un centro académico abierto a la cooperación internacional, tiene como eje fundamental de trabajo la reflexión sobre América Andina, su historia, su cultura, su desarrollo científico y tecnológico, su proceso de integración, y el papel de la Subregión en Sudamérica, América Latina y el mundo.

La Universidad Andina Simón Bolívar es una institución de la Comunidad Andina (CAN). Como tal forma parte del Sistema Andino de Integración. Fue creada en 1985 por el Parlamento Andino. Además de su carácter de institución académica autónoma, goza del estatus de organismo de derecho público internacional. Tiene sedes académicas en Sucre (Bolivia), Quito (Ecuador), sedes locales en La Paz y Santa Cruz (Bolivia), y oficinas en Bogotá (Colombia) y Lima (Perú). La Universidad tiene especial relación con los países de la UNASUR.

La Universidad Andina Simón Bolívar se estableció en Ecuador en 1992. En ese año la Universidad suscribió un convenio de sede con el gobierno del Ecuador, representado por el Ministerio de Relaciones Exteriores, que ratifica su carácter de organismo académico internacional. En 1997, el Congreso de la República del Ecuador, mediante ley, la incorporó al sistema de educación superior del Ecuador, y la Constitución de 1998 reconoció su estatus jurídico, el que fue ratificado por la legislación ecuatoriana vigente. Es la primera universidad del Ecuador en recibir un certificado internacional de calidad y excelencia.

La Sede Ecuador realiza actividades, con alcance nacional e internacional, dirigidas a la Comunidad Andina, América Latina y otros ámbitos del mundo, en el marco de áreas y programas de Letras, Estudios Culturales, Comunicación, Derecho, Relaciones Internacionales, Integración y Comercio, Estudios Latinoamericanos, Historia, Estudios sobre Democracia, Educación, Adolescencia, Salud y Medicinas Tradicionales, Medio Ambiente, Derechos Humanos, Migraciones, Gestión Pública, Dirección de Empresas, Economía y Finanzas, Estudios Agrarios, Estudios Interculturales, Indígenas y Afroecuatorianos.

Últimos títulos de la Serie Magíster

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

- 185** Andrés Mogro, *LAS NEGOCIACIONES DE CAMBIO CLIMÁTICO: ¿qué deben hacer los países en desarrollo para despertar?*
- 186** David Cordero, *LA LETRA PEQUEÑA DEL CONTRATO SOCIAL: Legitimidad del poder, resistencia popular y criminalización de la defensa de los derechos*
- 187** Ernesto Flores Sierra, *HETEROGENEIDAD Y ESQUIZOFRENIA EN LOS UNIVERSOS LITERARIOS DE JORGE ICAZA Y JOSÉ DE LA CUADRA*
- 188** Sylvia Benítez Arregui, *VOCES DE MUJERES DE LA PLEBE EN EL HOSPICIO DE QUITO: 1785-1816*
- 189** Hugo González Toapanta, *EL PERIÓDICO LA ANTORCHA Y LOS INICIOS DEL SOCIALISMO EN QUITO: 1924-1925*
- 190** María Isabel Mena, *LA BARONESA DE WILSON Y LAS METÁFORAS SOBRE AMÉRICA Y SUS MUJERES: 1874-1890*
- 191** Raúl Zhingre, *LA PARTICIPACIÓN CONSERVADORA EN ALIANZA DEMOCRÁTICA ECUATORIANA: 1943-1944*
- 192** Fernando López Romero, «DIOS, PATRIA Y LIBERTAD»: *ARTESANOS QUITENOS Y POLÍTICA (1929-1933)*
- 193** Katerinne Orquera Polanco, *LA AGENDA EDUCATIVA EN EL PERÍODO LIBERAL-RADICAL: 1895-1912*
- 194** Silvana Sánchez Pinto, *PARTICIPACIÓN SOCIAL Y CONTROL PREVIO CONSTITUCIONAL EN EL PROCEDIMIENTO LEGISLATIVO*
- 195** Stalin Herrera, *DE LA LUCHA POR LA TIERRA A LA MODERNIZACIÓN CONSERVADORA*
- 196** Miguel Ángel Bohórquez, *MASCULINIDAD Y TELENOVELA: Entre la identidad y el estereotipo*
- 197** Edgar Zamora, *LA «POLÍTICA EXTERIOR» DE BOGOTÁ EN EL SIGLO XXI: Agenda política e institucionalidad para la internacionalización (2001-2013)*
- 198** David Chávez, *VALOR DE USO Y CONTRADICCIÓN CAPITALISTA: Una aproximación al pensamiento de Bolívar Echeverría*

Para Bolívar Echeverría la importancia del «valor de uso» se deriva de su «lugar privilegiado» para la crítica radical a la modernidad capitalista. Este es, sin duda, su principal aporte al llamado «marxismo crítico» y constituye el centro de su reflexión teórica.

El carácter de fundamento teórico que el «valor de uso» tiene en la obra de Echeverría ha sido reconocido ampliamente. Sin embargo, la exploración acerca del potencial crítico y los posibles límites del concepto está poco desarrollada en las interpretaciones sobre su pensamiento. Ciertamente, se ha prestado mayor atención a otros planteamientos suyos como los de «modernidad capitalista», «*ethos* histórico» o el concepto de cultura. El descuido sobre el valor de uso resulta más significativo si se tiene en cuenta que todas estas formulaciones se sustentan en la idea que Echeverría tiene sobre el «valor de uso» o «forma natural» de la reproducción social.

Este libro hace una aproximación inicial a esa discusión necesaria. Para ello, se interroga acerca de las posibles «tensiones internas» del concepto, llegando a identificar cierta ambigüedad en la teoría del valor de uso de Echeverría. Sobre la base de esta constatación, se discuten las posibles razones teóricas de esa ambigüedad, poniendo en relación la interpretación de la contradicción capitalista que propone Echeverría con el planteamiento de Marx sobre esa contradicción.



David Chávez (Quito, 1975) es Licenciado en Sociología y Ciencias Políticas (2005) por la Universidad Central del Ecuador, Quito (UCE), y Magíster en Estudios Latinoamericanos, con mención en Política y Cultura (2013) por la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, Quito.

Actualmente, es docente de las carreras de Sociología y Política de la UCE. Ha publicado varios artículos en la Revista de Ciencias Sociales y en Malaidea: Cuadernos de reflexión.

ISBN: 978-9978-84-896-8



9789978848968